

# Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Noviembre, 1989

466

◆ Luis Cardoza y Aragón:  
*Humanismo y pintura*

◆ *Memorias de Alejandro Gómez Arias*

◆ *Un poema de Ernesto Cardenal*



(21) 6805: The Cathedral, greatest of Mexican churches, N.W. from National palace roof, City of Mexico. Copyright Underwood & Underwood.

VIEJA  
REVOLUCIÓN

Una encuesta a la Academia

¿NUEVA

HISTORIOGRAFÍA?

# Biblioteca de Letras: La mejor crítica universitaria



**Universidad de México**

*Director:* Fernando Curiel *Editor en Humanidades:* León Olivé *Editor en Ciencias:* Miguel José Yacamán

*Consejo Editorial:* José Luis Ceceña, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitó, Arcadio Poveda, Luis Villoro

*Secretario de Redacción:* Vicente Quirarte *Producción:* Héctor Orestes Aguilar *Corrección:* Adriana Pacheco *Asistente de Producción:* Leticia Santín  
*Promoción:* Martha Huízar *Administración:* Humberto Rodríguez *Relaciones Públicas:* Silvia Ruiz-Vázquez *Asistente Editorial:* Natalia Henríquez Lombardo

*Diseño:* Bernardo Recamier *Fotografía de portada:* Jorge Pablo de Aguinaco

*Coordinación de Humanidades*

*Oficinas:* Edificio anexo de la antigua Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Primer piso. Ciudad Universitaria. Apartado Postal 70288, C. P. 04510 México, D. F.  
Tel. 550-5559 y 548-4352. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC - Núm. 061 1286 Características 22 866 11212

*Fotocomposición y formación:* Redacta, S.A. *Impresión:* Acuario Editores, S.A., Eje 2 Norte 590-D. Col. Atlampa, México, D.F.

**Precio del ejemplar:** \$ 2 500.00. **Suscripción anual:** \$ 25 000.00 (U.S. \$80.00 en el extranjero). Periodicidad mensual. Tiraje de seis mil ejemplares.  
Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto

# Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Volumen XLIV, número 466, noviembre 1989

## ÍNDICE

### 3 Presentación

Ernesto Cardenal 4 Estrellas y luciérnagas



Álvaro Matute 10 Los actores sociales de la Revolución Mexicana en 20 años de historiografía (1969-1989)

Encuesta a 18 Vieja Revolución

Arnaldo Córdova, Gastón García Cantú, ¿Nueva historiografía?

Javier Garciadiego, Alan Knight,

Carlos Martínez Assad, Álvaro Matute,

Eugenia Meyer, Lorenzo Meyer,

Enrique Semo y Gloria Villegas

Luis Cardoza y Aragón 41 El humanismo y la pintura mural mexicana

Alejandro Gómez Arias 49 Infancia y adolescencia de un hijo de la Revolución



Axel Ramírez 57 La Revolución Mexicana y su impacto en la comunidad chicana

Leticia Santín del Río 61 Independencia cultural en la Revolución Mexicana

Evodio Escalante 65 Los laberintos de la dialéctica en las novelas de José Revueltas

### Miscelánea

Hugo Padilla 69 Tentaciones de la ciencia

Sergio Monsalvo 71 La mujer sin disimulos

Federico Patán 72 El libro como objeto y escritura

José Homero 73 En ofrenda de mí mismo a mí mismo

José Francisco Conde Ortega 75 Una consulta indispensable

Salvador Ávila Gil 76 Poesía trágica y decadente

77 Correspondencia





## Presentación

De los grandes movimientos sociales que han sacudido a México, la Revolución es, por cercanía cronológica, el más próximo a nuestra memoria histórica y a nuestra vida cotidiana. En dos décadas más, esa revolución cumplirá cien años. Resurgirá entonces la polémica entre la historia broncínea y aquella que pretende explicar los hechos con objetividad. En el momento actual, se trata de una revolución casi octogenaria, pero joven por su novedad en el mundo académico; lo confirma la abundancia de nuevos estudios y valoraciones. Para demostrarlo, varios especialistas, nacionales y extranjeros, se dan cita en este número para responder a las preguntas que académicos y políticos, estudiantes y actores sociales en general, se hacen en torno a la Revolución Mexicana. Además de ensayos que marcan su impacto en diversos terrenos, completan esta aproximación un fragmento de las memorias de Alejandro Gómez Arias, uno de los protagonistas de la cultura heredera de la Revolución, y la visión apasionada y lúcida que Luis Cardoza y Aragón hace del muralismo. Este noviembre, José Revueltas hubiera cumplido 75 años de edad. No podíamos dejar de celebrar críticamente —como corresponde a los auténticos homenajes— a uno de nuestros escritores más comprometidos. ♦

# Estrellas y luciérnagas

Ernesto Cardenal

La energía de su unión  
transformada en calor y luz  
eso son ellas.  
¡El Universo encendido  
por miles de galaxias de miles de millones de estrellas!  
Yo miro ese Universo  
y soy el Universo que se mira.  
La finísima retina del Universo mirándose a sí mismo,  
eso somos.  
Aquella primera vez que se vio desde la Tierra  
a través de vidrios el cielo,  
cuando con arena convertida en lente  
Galileo vio Venus en cuarto creciente y los cráteres de la Luna:  
el mundo mirándose a sí mismo.

Luciérnaga en el suelo.

Inútil lumbre de la hembra en el suelo  
sin que el compañero de luz  
baje del cielo.

Está muy clara la Vía Láctea  
esta noche de verano en Solentiname.

(300 000 millones de estrellas)

gardumen de pescados plateados.

¡Nuestras estrellas vecinas!

Pero la Tierra inobservable desde ellas,  
lo que la hace como inexistente.

Uno que está solo en este planeta Tierra  
quisiera de alguna manera remontarse hacia esas luces  
y nunca más volver.

Él tenía 20 años.

Luciérnaga en el suelo.

¿Y habrá sido después de todo un desposorio con un Ser impersonal?

Solo, en un radio de 100 000 años luz  
ardiendo de amor.

Ningún cuerpo al lado en la cama  
ni en la arena.

Ansiando la venida del reino de los cielos a la Tierra.  
Y al final del espacio-tiempo  
el coito eterno.

Seres esencialmente cósmicos:

No podemos excluir a la Tierra de la eternidad.

Esas luces allá arriba, la Jerusalén Celestial.

Si en matemáticas son infinitos los números,  
los pares y los impares

¿por qué no una belleza infinita y un amor infinito?

Es una constante en la naturaleza  
la belleza.

De ahí la poesía: el canto y el encanto por todo cuanto existe.

La Tierra podría haber sido igual

de funcional, de práctica,

sin la belleza. ¿Por qué pues?

Todo ser es suntuario. ¿Necesario acaso que dieras

tan lujosísimas joyas

a tan efímeros peces

saltando este atardecer en el plan del bote?

Ámame, y si soy nada,

seré una nada con tu belleza en ella refractada.

Al fin y al cabo de la nada nació todo, nada vacía llena toda ella

de la urgencia de ser.

Amor ciertamente fuera de este mundo sublunar.

Con esta vocación de algunos de un amor sin cromosomas.

Tu belleza te permite ser tirano.

Mirando en la noche esos mundos lejanos,

lejanos también en el pasado.

Estrellas del pasado. (Y el tiempo

es distinto para cada una de ellas.)

Alfa de Orión 5 000 veces más brillante que el Sol

Tal vez estrellas que ya no existen.

Alfa de la Lira a 300 000 años luz.

Y a 200 millones las nebulosas del Boyero.

El viaje de la luz en las tinieblas.

¿Por qué viaja la luz? ¿Y hacia dónde va?

Mirando en la noche.

La inmensa cantidad de Tierras allá arriba.

La coincidencia de estar el hombre en tamaño intermedio

entre el planeta y el átomo.

Y que en un planeta del tamaño del nuestro

sea imposible un ser *ágil* más grande que el hombre.

O la pregunta por qué es tan grande el Universo:

no habría inteligencia humana

en un universo más pequeño o más joven.

“Un científico es la manera del átomo de entender el átomo.”

Y yo que odié tanto la física con el Padre Muruzábal  
y más todavía el álgebra del Padre Stella.

Habitantes de este cuerpo celeste,  
los gigantescos espacios cósmicos  
actúan sobre nuestras células. Como toda molécula de la Tierra  
atrae a la Luna, al Sol y las estrellas.  
Hasta en las piedras hay mareas de la Luna

imperceptibles.

Polvo de muy lejanos puntos del cosmos cae sobre nosotros.  
Gases de la Tierra van por todo el cosmos.

La hermandad de todo.

Elementos de nuestras lágrimas existieron en otros seres.

La unidad de todos.

La espiral de la galaxia la copia el caracol.

“Un ser vivo sin constante intercambio con el medio  
es impensable.”

Como el rumor del mar ha quedado en la oreja del caracol.  
¿Pero no es que al caracol lo ha enrollado el ritmo del mar?  
Como los cocoteros necesitan oír el rumor del mar, se dice,  
para crecer.

Las miramos en la noche, y tal vez ya no existen.

Un día el Sol no existirá,

y su luz aún llegando a estrellas lejanas.

Pero

como cada molécula atrae toda otra molécula del Universo  
todo el Universo es una sola estrella.

Como los astros no son sino concentración de materia intersidereal,  
todo es una estrella.

La materia es movimiento.

El Universo, transformación.

Las velocidades dentro de los átomos

son como las del cielo.

En continua danza la materia.

Las nubes de hidrógeno en rotación  
engendrando estrellas en rotación  
que engendran planetas en rotación,  
y las galaxias en discos, esferas o espirales,

también girando.

Expandiéndose todo (además)

al mismo ritmo.

¿Y cuál es su razón de ser?

¿Cómo fue su creación?

¿Y nosotros por qué estamos?

¿Y quiénes somos?

¿Tendrá el Universo un alma

y somos nosotros esa alma

con todo el cosmos por cuerpo,

aun los gases más distantes, nuestro cuerpo?  
Así el cosmos se conoce a sí mismo por nosotros.

“Conócete a ti mismo”.

Conciencia de uno mismo, uno también lo es del todo.  
El secreto de la ciencia rebasa lo científico.

(La unidad e interrelación de todo  
del *Avatamska Sutra*.)

“Durante una hora trató de llamar la atención de ella  
que comía diligentemente sin ni siquiera mirarlo.  
Al final dejó de comer y pareció mirarlo.  
Animado, él comenzó a bailar frente a ella.  
Ella todavía comía unos bocados,  
y él aceleró la danza; se fue acercando.  
Ella como hipnotizada contemplaba el lomo azul de él.  
Él acarició suavemente con su pata la pata de ella  
y ella hizo lo mismo.  
Se separaron un momento. Él volvió a acariciarla.  
Ella parecía seducida.  
Él se alejó un poco de ella. Ella lo siguió.  
Y ya no los vimos más.”

El fuego que creó a las estrellas y nosotros.  
Lo que en la Tierra llamamos la naturaleza humana  
hija de procesos de reacciones nucleares.  
No se cree que las estrellas nacen solas.  
Aunque ahora se ve solo al Sol, al Sol solo,  
(nosotros con él)  
surgimos como miembros de un gran grupo.  
El cielo en Solentiname esas noches era claro  
y me acosté con la cabeza llena de estrellas  
rumiando el ser hijo del creador de todas ellas. Pero  
una quiebraplata en el pasto tenía más compañía  
y ante un amor físico en la arena de la ensenada  
el firmamento no vale nada, valdría lo que un reloj Seiko  
de números fluorescentes,  
lo que un reloj Seiko de números fluorescentes  
en la muñeca de un amante con su amada en la ensenada.  
Yo solitario entre las estrellas.

Igual que Safo y aquellas Pléyades de ella.

¿La corriente del tiempo va del pasado hacia el futuro  
o del futuro hacia el pasado?

¿O no fluye el tiempo y es todo presente?

Es la otra dimensión que miramos allí arriba en el firmamento.

No pasa el tiempo.

Tan sólo espacio, tan sólo un espacio permanente  
comprendiendo la totalidad del tiempo.

El tiempo no es como un reloj en constante tic-tac

presente-pasado presente-pasado sino  
como un reloj que se ha quedado parado.

No pasa el tiempo,  
pero nosotros pasamos.

Ah, compañero San Agustín.

Son nuestras vidas que pasan

lo que parece darle movimiento al tiempo

como los postes que desde un tren parece que pasan

(postes de aquel tren a Nápoles, a los 25 años, que pasaron  
y nunca más volvieron).

Luces de la pista del aeropuerto que corren veloces

y miramos después inmóviles desde arriba, el avión ya volando.

El cow-boy al galope, el disparo, el beso,  
todo inmóvil enrollado en el carrete.

Un lugar en el espacio es el tiempo.

Como los horarios de trenes...

¡Distintas horas en distintas estaciones para el mismo tren!

Vamos en el espacio-tiempo como en un tren en la noche.

Y con telescopios miramos el pasado en el espacio:

2 000 millones de años atrás tras el cristal,

galaxias como existieron hace esos millones de años.

Aquel viejo reloj de La Merced a medias iluminado  
que señalaba las 8, la hora de la visita a ella

—y hora en que la vieja María Cabezas al fondo de la casa  
en su vieja butaca empezaba su primer rosario—

ahora que escribo estos versos, tantos años después,

¿estará marcando esta hora de ahora, o estará descompuesto

parado en cualquier hora, tal veces las 8 de la noche

de muchos años atrás

inútilmente?

Mirando este cielo estrellado tan callado

y sin embargo poblado de millones de civilizaciones.

250 000 millones de soles sólo en nuestra galaxia

en un radio de cien mil años luz.

Millones allí de civilizaciones, planetas compañeros.

Los cielos.

Estrellas mucho más antiguas que el Sol,

sociedades muchísimo más avanzadas que nosotros.

¿O acaso como los monstruos extraterrestres de Hollywood?

Los astrónomos han mirado hasta muy lejos en el espacio,

y muy lejos en el tiempo,

15 000 millones de años luz.

Haciendo ahora nuestra Tierra un cuerpo celeste.

Un conjunto de galaxias, la metagalaxia.

Acaso la metagalaxia tenga forma de disco

y gire en torno a su eje,

y haya agrupaciones de metagalaxias...

Tras el mundo más lejano otro más lejano todavía,

el pasado más remoto aún tiene otro pasado,  
y todo futuro otro futuro.

La luz de una estrella visible puede ser 1 000 años luz  
pero aquella espera frente a la casa iluminada  
era un tiempo demasiado largo.

El reloj redondo de La Merced llenando toda la noche  
y no dando nunca las 8.

Nosotros, seres vivos todavía, con la habilidad de exportar  
entropía.

Palabra que no es de nuestro hablar cotidiano:

Entropía.

Todavía está ese vago rumor en el cosmos  
que viene desde la creación.

La Segunda Ley: que lo frío no pasa a ser caliente.

El Sol poniente de Solentiname bañaba de luz un pelo castaño  
y el viento del bote lo revolvía. Ensartado pelo castaño  
que será castaño sólo por unos años.

El mío era negro.

Sobre nosotros esos agujeros negros de los que no se vuelve.  
Y donde el espacio y tiempo se acaban. ¿Es que es inevitable  
el colapso gravitatorio total del Universo  
hacia el olvido?

Sea como sea:

el gran discurso cóncavo,  
la gigantesca antena, enfoquemos  
en dirección al Amor. ♦



# LOS ACTORES SOCIALES DE EN 20 AÑOS DE (1969)

Álvaro Matute

Si algo puede caracterizar a la historiografía sobre la Revolución Mexicana producida después de 1968, ello es el rescate de sus actores sociales, es decir, de los individuos y grupos que la hicieron posible mediante su participación. No se trata de un propósito único, y en más de un caso es obvio que es intencionado, pero el caso es que la aportación fundamental del veintenio se funda en ese logro.

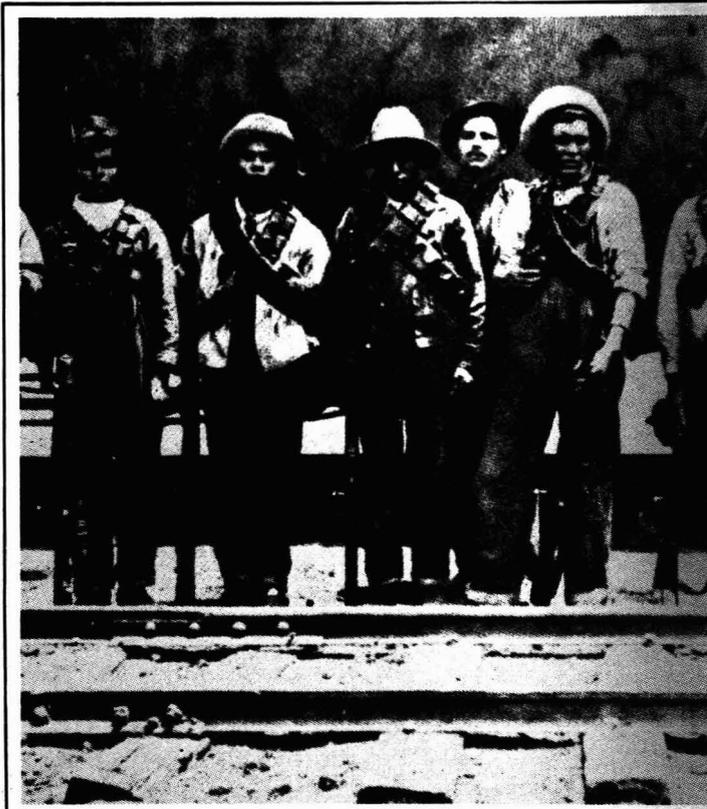
Después de 1968 hubo un cambio radical en las preguntas acerca de la Revolución. Todavía en los sesenta, la obsesión era establecer la naturaleza revolucionaria del movimiento, su radicalidad y su "clase" o filiación. Se discutía si era burguesa o "social" y, por lo general, se partía de esquemas más o menos rígidos a la vez que simplistas. En los últimos veinte años, en cambio, se ha respondido de manera amplia a la pregunta sobre quiénes hicieron la Revolución, de dónde venían, qué los impulsó a la lucha y qué fue lo que hicieron dentro de ella. El conjunto de respuestas es rico y abundante. La Revolución fue un objeto frecuente de los estudios historiográficos, aunque existan institutos que prácticamente no la cultiven. La cosecha es mayor en ese campo de estudios que en cualquier otro. No ha habido, ni en calidad ni en cantidad, un repertorio equivalente de estudios sobre otras épocas como la prehispánica, la colonial y el siglo XIX, aunque sobre ellas sí hayan aparecido estudios notables. El único género, parcela o área de especialización que rivaliza en cantidad-calidad con la Revolución —y que a veces la implica y viceversa— es la historia regional. Este es el otro auge historiográfico del veintenio. Y a diferencia del relativo a la Revolución, sigue abierto, mientras que el referido a aquélla puede llegar a la saturación. Sociedad y región se conjugaron en una serie de trabajos que hoy son objeto de una evaluación, como todas, provisional por lo cercana.

Reste sólo plantear una pregunta particular: ¿hay relación entre el movimiento estudiantil-popular de 1968 y la historiografía de la Revolución? La respuesta es definitivamente ambigua: sí y no. En algunos casos lo es: en otros, esa historiografía se hubiera producido con o sin la experiencia del movimiento. En lo que éste sí resulta una presencia actuante es, más que en el productor o emisor del mensaje, en el receptor. El movimiento de 68 dio un gran contingente de lectores a la historiografía sobre la Revolución y propició que se consolidara y extendiera y que sus productos inmediatos llevaran a los lectores a elaboraciones de instancias más lejanas. Obsérvese este proceso más de cerca.

## 1969: el impacto de Womack

La historiografía *scholar* o académica norteamericana había hecho de la Mexicana la "Revolución preferida" según frase de Stanley Ross. Hubo, en efecto, aportaciones valiosas por parte de la generación de discípulos de Frank Tannenbaum, pero sus obras pecan de un cierto tradicionalismo formal académico. En 1969, John Womack, un joven doctor de Harvard, propuso algo enteramente novedoso dentro del discurso académico sobre la Revolución de 1910: su libro *Zapata y la Revolución Mexicana* publicado en inglés y en español de manera casi simultánea. Pronto fue devorado por los lectores de ambas lenguas.

¿En qué descansaba su novedad? Era un libro sobre los zapatistas, que no propiamente sobre Zapata, y que, después de un riquísimo epígrafe de Erik Erikson, espetaba: "Este es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución..." Es



Obreros de los "Batallones Rojos", en *Historia del movimiento obrero*, de Luis Araiza

# DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

## DE HISTORIOGRAFÍA

1989)

obvio que después de eso, el lector ya no soltara el libro. A lo largo de él nos enterábamos de quién era Zapata y quiénes eran Genovevo de la O, Montañó, Amézcua y todos los demás, pero sobre todo, el campesino morelense —o de las zonas próximas de Puebla, Estado de México, el sur “profundo” del Distrito Federal y aun Tlaxcala. El libro combina una ágil narrativa con una sólida base documental, y un enfoque propio de la historia social que no había echado raíces muy profundas en el medio mexicano y que no se había empleado en el estudio de la Revolución. (González Navarro lo había hecho con el Porfiriato.) La obra de Womack seguía siendo monografía como los *Maderos* de Ross y Cumberland o la *Convención* de Quirk, pero era otra clase de monografía que rebasaba la esfera tradicional del conjunto mencionado. En ella se recuperaba al grupo, a la masa, a sus líderes, a sus elementos pensantes junto a la comunidad actuante y su “asabiya”, como dijera Ibn Jaldún. El nuevo monografismo proponía un binomio que proseguiría por el veintenio que aho-

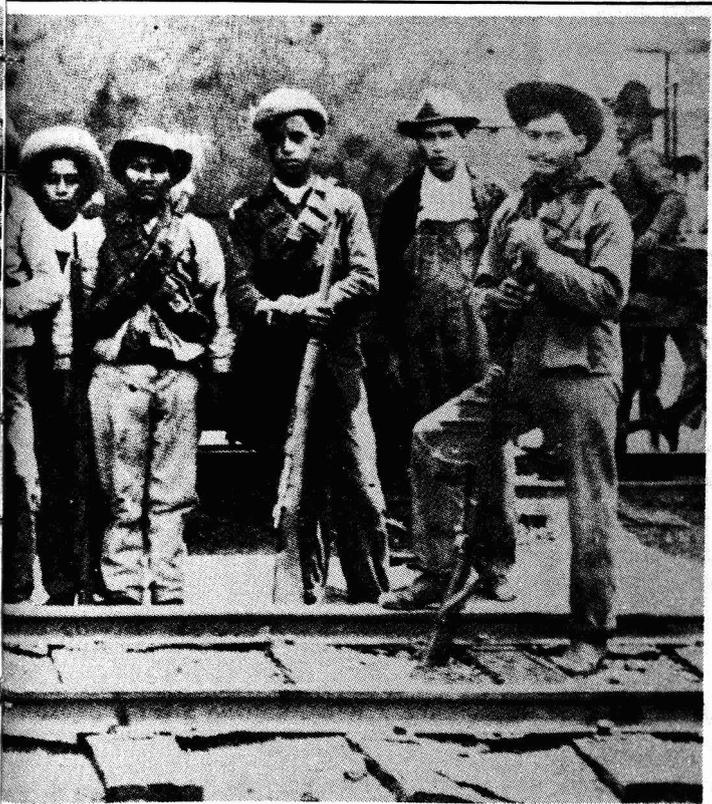
ra concluye: sociedad y región, grupo y medio, hombre y ambiente. ¿Regreso a Taine? Sí y no otra vez. Finalmente la historia es la interacción humana en su entorno natural. Los zapatistas lo ejemplificaron, como también lo hicieron unos contemporáneos a la escritura del libro de Womack: los vietnamitas. *Zapata y la Revolución Mexicana* respondió a muchos prejuicios históricos sobre el zapatismo al entender a la gente que lo formó como el resultado de una experiencia colectiva de la cual el líder principal era expresión y vanguardia.

Womack, en suma, al recrear a la comunidad zapatista, abría muchas perspectivas a los historiadores en ciernes y a los lectores: rescatar uno, dos, tres, muchos Zapatas era la consigna.

### *La Revolución interrumpida*

Fechado en la cárcel de Lecumberri el 18 de julio de 1971 apareció un libro que, como el anterior, se convertiría en uno de los *best-sellers* del veintenio: *La revolución interrumpida*. Su autor, un escritor argentino, Adolfo Gilly, quien entonces se encontraba recluido, no por haber participado en el movimiento de 68, sino desde antes, cuando un grupo de militantes trotskistas fue detenido y acusado de querer subvertir el orden dorado de los ya lejanos sesenta. Por el título y la factura del libro se podría pensar en uno o más de aquéllos destinados a discutir si la Revolución tuvo continuación y vigencia o se había perdido en la noche de los tiempos. Además, era —otra vez— una historia general y ya para entonces sabíamos que las verdaderas aportaciones, para serlo, tenían que ser monografías. Ya no queríamos interpretación, queríamos narración bien documentada. Por si ello fuera poco, las limitaciones que enfrentaría Gilly en Lecumberri, de carácter bibliográfico y documental, hacían al texto sospechoso de no descansar en una buena base de datos. La inteligencia del autor y su estilo fueron derrumbando poco a poco los prejuicios y conquistando a los lectores. Una de sus claves la da en el apéndice, donde cita a Trotsky: “La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos.”

La obra en cuestión es la historia de la irrupción violenta de las masas campesinas, que en un momento de su trayectoria pudieron gobernar sus destinos, pero que fueron sometidas por una minoría que recuperó el mando e interrumpió



un proceso real y tangible. Gilly puso el acento en los factores campesinos y en sus expresiones y realizaciones. El libro es especialmente atinado en el tratamiento de zapatistas, villistas, Convención. Con una prosa clara, atractiva, se ganó a los lectores, que con su libro sustituyeron el oficialismo izquierdista de don Jesús Silva Herzog y el stalinismo también oficializante de José Mancisidor, cuya solemnidad ya no atraía al público lector. Éste requería una obra crítica que hiciera justicia a una memoria histórica más acorde con el mito. Las explicaciones brillantes y sagaces de Gilly lo conquistaron.

### *La reivindicación de los vencidos*

En 1973 aparecieron dos libros de un joven historiador francés —Jean Meyer— que había radicado en México varios años y que en 1969, en el importante congreso celebrado en Oaxtepec, presentó una importante ponencia sobre la historia social, llena de sugerencias y propuestas interesantes. En 1973, pues, salieron en París el primero y en México el segundo: *La Révolution Mexicaine* (mal traducido al español? el mismo año en Barcelona) y el muy esperado *La Cristiada*, dispuesto en tres volúmenes de breve formato y abundante paginación.

El primer libro es fácilmente calificable de "incómodo". Su heterodoxia es grande. Privan los puntos de vista adversos al proceso revolucionario, pero comprendidos dentro de él y como expresión de los distintos grupos de vencidos que arrojó el saldo revolucionario. No sólo es eso: es, más que nada, una nueva síntesis de la historia social de la Revolución, que antes no había sido intentada. No obstante su heterodoxia, la reacción contraria que causó fue la de ser acusado de plagiar unas páginas de Francisco Bulnes que no aparecieron debidamente entrecomilladas. Lo que no se dijo es que Meyer era original en sus interpretaciones y que no entrecomillar a don Francisco en nada restaba peculiaridad a su interpretación. En fin, si algo habría que repararle a su libro era la espantosa traducción que perpetró un Luis Flager y las erratas al por mayor que destrozan la edición. La obra es fresca y recuperable.

Pero la aportación mayor de Jean Meyer es *La Cristiada*. A fines de los sesenta Alicia Olivera había publicado un trabajo sólido y serio, pero breve, acerca del conflicto religioso. La gran investigación de Meyer la rebasaba por atender principalmente a los cristianos como sujetos de la historia. Los hombres concretos que se levantaron bajo el lema de ¡Viva Cristo Rey! Esto es, no buscando tierras ni reivindicaciones materiales, sino amparados por la protección del redentor. Largo tiempo dedicó Meyer a conversar y extraer información en el Bajío, los Altos y todas las zonas de mayor preponderancia cristera. No olvidó el marco político ni la participación de los grupos urbanos, pero el rescate fundamental se dirigió a los campesinos del Occidente y Centro-norte que de 1926 a 1929 se rebelaron contra el gobierno.

Womack y Meyer, de este modo, se convertían en los dos pilares de la nueva historia social de la Revolución. Sus aportaciones enriquecieron el panorama historiográfico y trajeron a las regiones a un primer plano del interés histórico e historiográfico.

### *La desmitificación ideológica: Córdoba*

Por fin un mexicano. Parecía que las investigaciones serias tenían que requerir el patrocinio externo y obedecer a la corriente de la historia social harvardiana (Oscar Handlin) o a la *Nouvelle histoire* francesa. Por fin un joven politólogo michoacano, que trabajó con rigor, primero en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y después en Italia, realizó una aportación de primer nivel: *La ideología de la Revolución Mexicana*, también de 1973.

El libro cubre casi dos decenios, del final porfiriano a los veinte y, tras agotar fuentes y analizarlas con agudeza y rigor, liquida un problema vigente en la década anterior acerca de la naturaleza ideológica de la Revolución, los orígenes sociales de quienes expresaron sus ideas en la misma Revolución y de cómo las experiencias e ideas ahí descritas conformaron el "nuevo régimen". Por fin un mexicano contribuía con uno de esos textos insoslayables. Su aportación iba dirigida fundamentalmente a esclarecer la naturaleza del Estado mexicano, pero sin caer en la abstracción jurídica, sino a partir de lo histórico-concreto, de los participantes en la Revolución. Alguien ha llamado "clásico" a este estudio. Lo es.

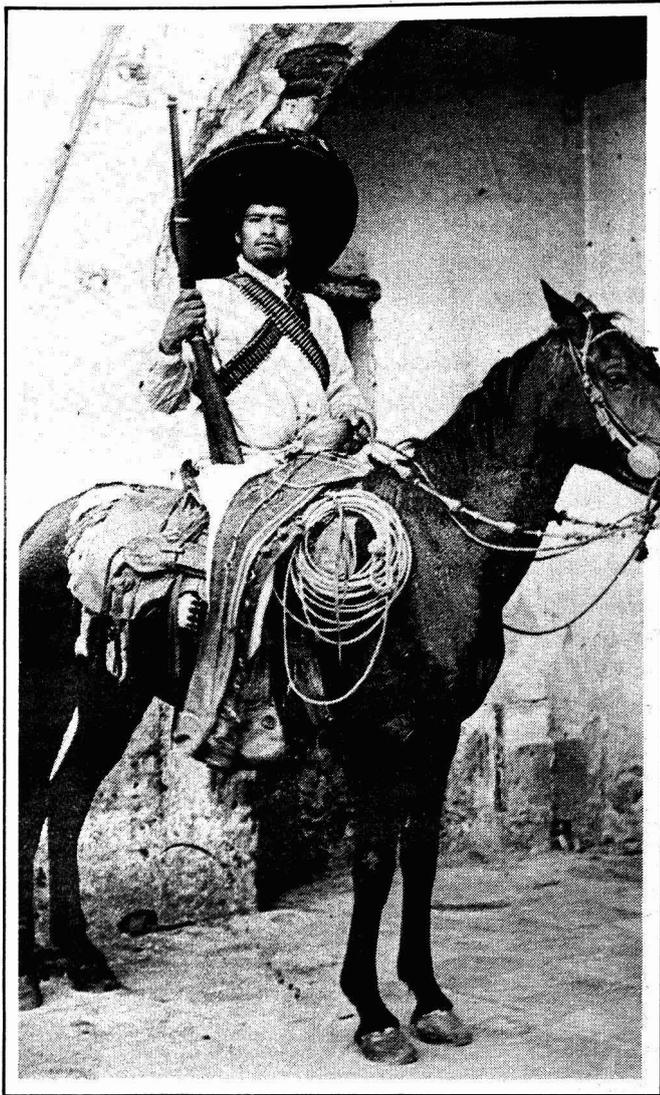
### *Interlúdico: Fuentes Mares*

Dos años antes de la aparición de libros tan serios como los de Córdoba y Meyer, esto es, en 1971, un gran historiador dio a las prensas un espléndido divertimento sobre la Revolución: don José Fuentes Mares, con *La Revolución Mexicana: memorias de un espectador*, obra en la cual un narrador imaginario cuenta en primera persona su visión de las cosas. Libro antisoemne, expresa una subjetividad radical que rompe los moldes oficialistas y desbanca a los "héroes" al colocarlos en su dimensión humana. Asimismo, la subjetividad manifiesta o abierta le permite ofrecer una *doxa* que hace del tratamiento de la Revolución algo que no vale la pena leer en letras de bronce. Si no hay aportación en cuanto a investigación, es un libro más que estimable. La Revolución no podía ser más objeto de culto. La hicieron personas como usted o yo.

### *Hacia la gran visión de conjunto: la Historia Colmex*

En rigor, Arnaldo Córdoba no era el único mexicano a la altura de las posibilidades de escribir una historia de la Revolución con solidez y profundidad. Dos investigadores del Colegio de México ya lo habían hecho, gracias en gran medida al magisterio de don Daniel Cosío Villegas. Se trata del entonces muy joven Lorenzo Meyer y de la maestra Berta Ulloa. Los dos dieron a conocer sendos trabajos de historia diplomática: *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero* (1968) y *La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos (1910-1914)*, (1971). Se trata de dos excelentes monografías, producto de una alta especialización académica y que tratan temas que los mexicanos recuperaban de una manera más cabal que los extranjeros.

El Colegio de México tenía, pues, el material humano para llevar a cabo una empresa cultural de índole mayor: una historia de la Revolución Mexicana que abarcara de las pos-



Campeño zapatista

trimerías porfirianas al pasado entonces inmediato, esto es, la época del sonriente López Mateos. Tal vez llamar "Revolución Mexicana" a un periodo tan largo resulta excesivo. Había, en todo caso, alguien muy capaz de conducir a un posible equipo de historiadores. Se trataba de un viejo lobo de los mares de la historia: Daniel Cosío Villegas, a quien el presidente Echeverría otorgó el presupuesto necesario para levantar una auténtica fábrica de historia, cuyos superintendentes fueron Luis González y Luis Muro. Ellos componían el Estado Mayor y proveían del detall a los brigadieres encargados de conducir la investigación histórica correspondiente.

El equipo fue algo heterogéneo en lo que corresponde a edades y formaciones. La división *senior* la componían Luis González mismo, Rafael Segovia, Berta Ulloa y Eduardo Blanquel. En un punto intermedio se puede colocar a Olga Pellicer de Brody y la división *junior* —hoy cuarentona— quedaba formada por Jean Meyer, Lorenzo Meyer, el binomio Luis Medina-Blanca Torres, José Luis Reyna y Álvaro Matute. Luego, a la hora de las redacciones finales, fueron ascendidos varios coroneles: Alicia Hernández, Victoria Lerner, Enrique Krauze y, posteriormente, Gloria Villegas.

Los resultados aún no llegan al público en su totalidad debido al retraso producido por el finado —y siempre bien

recordado— maestro Eduardo Blanquel, cuya obra continúan Gloria Villegas y Álvaro Matute, quien está muy próximo a poner punto final a su texto sobre su tocayo Obregón.

La obra es irregular, como todo trabajo colectivo. Algunos ponen los acentos mayores en los aspectos políticos y otros en lo que resulta de sus obsesiones —especialidades— propias. Por ejemplo, Victoria Lerner hizo un volumen sobre la educación socialista, mientras que Blanca Torres no pierde de vista los aspectos internacionales. Don Luis González da rienda suelta a sus gustos por la historia generacional; Segovia, L. Meyer, Medina y Pellicer-Reyna insisten en los aspectos políticos. J. Meyer y Krauze aportan elementos socioeconómicos. En fin, quedó claro que la obra no seguiría los mismos derroteros que la *Historia moderna de México*, dado que don Daniel aportó su gran experiencia, pero dejó en libertad a los directores de equipo de llevar sus naves por el rumbo que consideraran indicado.

Con esa línea, cada uno siguió su derrotero, pero sin dejar de atender los temas políticos, sociales, económicos e internacionales. Resulta difícil —y parcial— reseñar cada uno de los volúmenes publicados. Cabe sólo precisar que es un intento serio de captar una totalidad histórica que abarca medio siglo de acontecer.

#### *Dos cronopios de la historiografía: Krauze y Aguilar Camín*

Ninguno de los dos estudió la licenciatura en Historia. Uno es ingeniero y el otro comunicólogo. Ambos coincidieron en la misma promoción del doctorado en Historia del Colegio de México. Después, los dos produjeron libros de muy buena aceptación, resultantes de sus tesis doctorales, los dos buenos escritores y los dos se identifican con cada una de las principales revistas culturales de México: *Vuelta* y *Nexos*. Podría agregar a la lista de paralelismos que son casi de la misma edad y que, por consiguiente, andaban por los 22 o 23 años en 1968 y que el movimiento los impactó de manera profunda. También, los dos son muy altos.

Entrando en materia, su obra se refiere a grupos. La del uno a los intelectuales y la del otro a los civiles sonorenses devenidos militares y a la manera en que unos y otros participaron en la Revolución y la secuela que dejaron.

La obra de Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, es la biografía juvenil de un grupo de intelectuales que conformaron una generación fundamental de la historia mexicana: los hombres de 1915 o generación de los Siete Sabios, guiados a su vez por los caudillos mayores del Ateneo. Krauze logró amalgamar la historia social con la intelectual, superando la historia de las ideas, a través de la biografía. Este género fue revitalizado por él en nuestro medio, en el que sólo Fuentes Mares había propuesto modelos acabados. Krauze abrió ruta y la continuó con un texto complementario a su libro señalado: *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual* (1980).

Por su parte, Héctor Aguilar Camín logró un trabajo de absoluta interdisciplinaria. En *La frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana* (1977) hay antropología, política, sociedad, biografía, historia militar e historia regional. En suma, una historia lograda de manera excelente, con penetra-

ción y desenfado, en la que destaca el papel desempeñado por los protagonistas sonorenses de la Revolución: De la Huerta, Calles, Obregón, Cabral, Hill, Alvarado, en fin, los *winner*s de la Revolución. En este renglón, Aguilar Camín recuperó un conjunto de personas y a unos actores sociales fundamentales, ya que la aceptación popular de los grandes perdedores hacía a los sonorenses prácticamente desconocidos.

Con estas dos obras, el conocimiento de la Revolución ganaba enormidades.

### *El cine y la novela: dos miradas a la sociedad*

En los años de 1978 y 1981 fueron publicados dos estudios que, formalmente, no observan ninguna similitud, salvo en el hecho de que los dos tienen como objeto final conocer la sociedad mexicana del final del antiguo régimen y de la Revolución a través de fuentes distintas a las que son comúnmente propias del historiador: la novela y el cine. Se trata de los libros del profesor oxoniano John Rutherford, *La sociedad mexicana durante la Revolución* (aparecido en inglés en 1971) y el de Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México (1896-1930). I. Vivir de sueños (1896-1920)*.

La novela y el cine son recreaciones de la realidad, específicamente de la realidad social, a la que observan a través de la subjetividad del escritor y del cineasta. Las visiones que proponen contienen dosis de imaginación y realidad, utilizando ésta de manera distinta a como lo hace el historiador, quien si bien hace recreación, sus reglas del juego son distintas a las del novelista y a las del cineasta. Pero el caso es que ambos observan y recogen datos de la sociedad y la muestran a los demás ya elaborados bajo la estructura de un discurso escrito o visual.

Con esas fuentes, Rutherford y De los Reyes se acercaron a la sociedad coetánea a la Revolución y la mostraron, el primero, a través de una rigurosa clasificación de tipos y estratos; el segundo, a su vez, toma del cine los datos para ver a la sociedad, pero también plantea cómo el cine modifica la sociedad al influir en ella. Es un estudio circular en donde una fuente alimenta a la otra en una rotación perpetua.

El historiador inglés muestra cómo son necesarios —uno para el otro— el historiador y el crítico literario. Aurelio de los Reyes, por su parte, nos sensibiliza acerca de la importancia mayúscula del gran medio del siglo XX y de su lenguaje para conocer la realidad. Ya por 1930 Gilberto Loyola decía que el cine sería la epigrafiada moderna. Lo dos, sin hacer a un lado la política, ponen su mirada en la gente, retratándola o tipificándola y enriqueciendo las posibilidades de lectura de testimonios del pasado.

### *La Revolución en las regiones*

Ya quedó establecido, al comentar los trabajos de Womack y J. Meyer, que hay una estrecha vinculación entre sociedad y región. La historia regional, es obvio, tiene credenciales más antiguas. Sin embargo los dos autores indicados la destacaron. Otro historiador, mexicano y muy experimentado, había dado a conocer obras muy importantes en ese campo, las cuales rebasaban los límites cronológicos del movimiento re-

volucionario de 1910. Es Moisés González Navarro, quien en su libro *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén* (1970), hizo un panorama general de la historia social de la península yucateca. Obras como esa, como *La Cristiada*, el *Zapata*, algunas partes de la *Historia del Colegio de México*, llegaron a mostrar que no era fácil aceptar generalizaciones “nacionales” en ámbitos muy distintos; que la Revolución no tuvo el mismo significado en Oaxaca que en Coahuila; que hubo territorios marginales en unas épocas y de participación intensa en otras, así como algunos que fueron más escenarios que protagonistas activos. Después de la mitad de los setenta la necesidad del estudio regional se hizo inminente. Historiadores nacionales y extranjeros se volcaron sobre las regiones y los estados y dio comienzo una producción notable y rica que todavía se encuentra en proceso abierto y que por lo mismo, no ha llegado a abarcar todo el país.

En este renglón es difícil establecer quién inició y quién hizo los primeros planteamientos originales. Lo que resulta evidente es que en los últimos 15 años se ha desarrollado y fortalecido la historia regional en general y en particular la referida a la Revolución.

El ya mencionado Aguilar Camín hizo una magnífica aportación en 1977. De ese año data *El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935)* de Romana Falcón, cuyo tema es la contribución de la región al contexto nacional de la ideología y praxis agraristas del ingeniero Adalberto Tejeda. De tema semejante es una obra de la profesora norteamericana Heather Fowler, traducida por Siglo XXI. La propia Romana Falcón ha vuelto sobre Veracruz y Tejeda más recientemente y de hecho no ha abandonado el trabajo regional, sino que también ha extendido su saber hacia San Luis Potosí, estado sobre el que ha publicado *Revolución y caciquismo en San Luis Potosí. 1910-1938*, (1984). Dentro del mismo estado, Romana Falcón puso en tela de juicio, en original artículo, los orígenes populares de la Revolución maderista, al señalar precisamente los vínculos entre la oligarquía potosina y Madero.

San Luis Potosí ha sido tema de Luisa Beatriz Rojas, con Cedillo y Carrera Torres, en su libro *La pequeña guerra*. (La autora también incursionó en *La destrucción de la hacienda en Aguascalientes*.) Ambos libros fueron dados a conocer por una sólida institución dedicada a promover la historia regional, El Colegio de Michoacán. Otra estudiosa de San Luis es Victoria Lerner. Del lado americano, ha estudiado el mismo estado Dudley Ankers. No obstante, hay que considerar pionero al marxista James D. Cockcroft, quien en sus *Precursores intelectuales...* (1968 en inglés, 1971 en español) partía del estudio de la estructura potosina y seguía la trayectoria de los principales magonistas. Tiene con ello, en su haber, el ser otro tipo de precursor intelectual.

Tomás Garrido Canabal atrajo el interés de Carlos Martínez Assad, quien en su obra *El laboratorio de la Revolución* (1979) incursionó en el trópico tabasqueño, aunque también ha dedicado sus esfuerzos al San Luis cedillista. Martínez Assad ha sido, desde su trinchera del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, cuya dirección recientemente dejó en manos de otro entusiasta de la historia regional, un promotor incansable de este campo de trabajo. A sus esfuer-

zos de coordinación se deben dos coloquios que dieron lugar a sendos libros importantes: *La Revolución en las regiones*, editado por la Universidad de Guadalajara en 1986, el cual tuvo una participación muy rica, empeñada en demostrar la mayoría de edad de muchos investigadores jóvenes adscritos a centros de trabajo provincianos, que dejaron atrás la imagen tradicional del historiador local, caracterizada por Luis González y por José María Muriá —a su vez, destacados impulsores de la historiografía regional. El otro libro es *Estadistas, caudillos y caciques* (1988), rico en material regional.

Dentro del grupo de jóvenes historiadores dedicados a los diferentes estados de la República, cabe mencionar —bajo riesgo de omitir a muchos— a Francisco José Ruiz Cervantes, dedicado a Oaxaca, estado que también ha atraído a Francie Chassen y a Héctor G. Martínez Medina. La Revolución en Jalisco ha sido tema fundamental para Jaime Tamayo, de manera muy destacada. Cabe mencionar también a Mario Aldana y Laura Romero. Arturo Alvarado se ha centrado en Tamaulipas y Portes Gil, mientras que Carlos Macías ha hecho lo propio en Sonora y Calles. Cynthia Radding también ha trabajado sobre la Revolución en Sonora. Otro estudioso de San Luis Potosí es Enrique Márquez, estudioso del cacique

que Santos. El serio y sólido investigador Mario Ramírez Rancaño ha contribuido al conocimiento de la región poblano-tlaxcalteca. Veracruz es objeto de Ricardo Corzo y David Skeerit. Chiapas, por su parte, atrajo la atención de Alicia Hernández, en un importante artículo. Ese estado encontró a su gran exégeta en Antonio García de León y su excelente libro *Resistencia y utopía* (1985). Zapata no fue agotado por Womack, como de hecho sobre ningún tema se ha dicho la última palabra. Para confirmarlo están Salvador Rueda Smithers y Laura Espejel, aparte de Arturo Warman. Ricardo Ávila estudia el Estado de México y, por último, enlistar a los historiadores de Michoacán sería imposible. No obstante, por lo menos cabe consignar a Álvaro Ochoa.

Entre los investigadores extranjeros hay notables regionalistas dedicados a la Revolución: los norteamericanos Gilbert Joseph, autor de un texto fundamental sobre Yucatán, y Raymond Buve, historiador de Tlaxcala. El estado de Guerrero atrajo al historiador inglés Ian Jacobs.

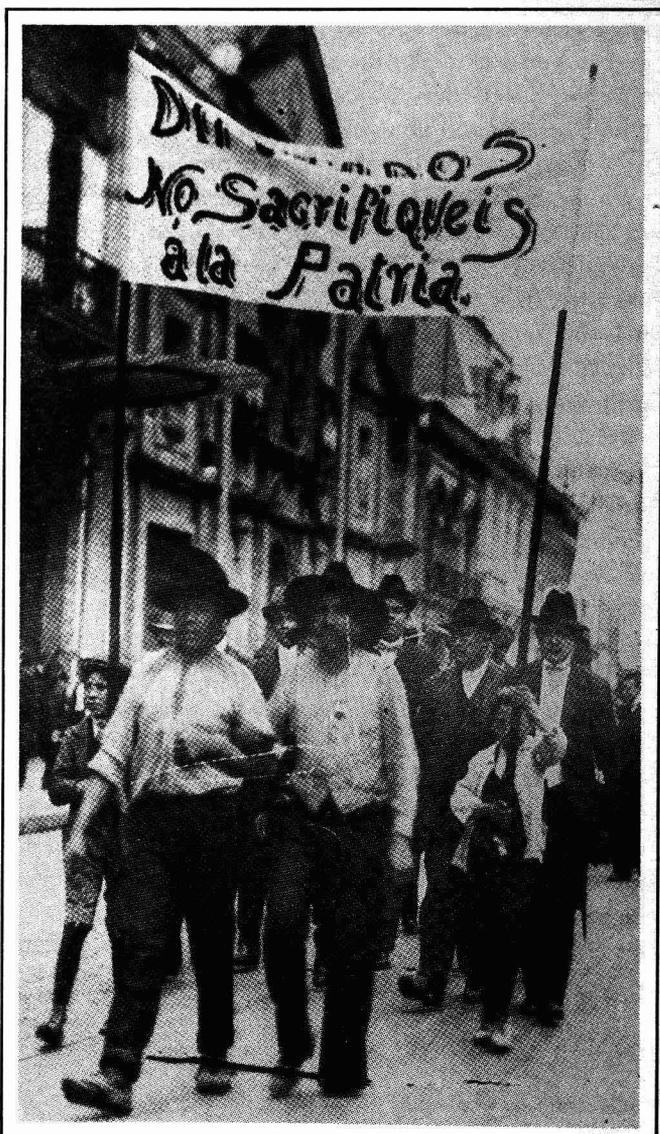
De manera institucional es insoslayable el trabajo elaborado en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, que bajó la égida de Eugenia Meyer produjo antologías y síntesis de la historia de los estados, en un esfuerzo de equipo sin precedentes y que continúa el actual director Hira de Gortari. Aquí sí resulta imposible escribir la nómina de todos y cada uno, o mejor cada una, de las autoras de los trabajos en cuestión.

La historia regional de la Revolución ha enriquecido como ninguna otra las posibilidades de explicación de la complejidad nacional y ha puesto de manifiesto que la historia de la Revolución no debe agotarse en sus límites cronológicos, cualesquiera que éstos sean, y debe extenderse en largas duraciones que la abarquen en "antes y después". Y también, desde luego, ha enseñado que no se puede hablar de la misma Revolución en un país tan diverso.

#### *Ejército y contrarrevolución*

Dos tesis, todavía inéditas, presentadas ambas para obtener el doctorado en Historia en El Colegio de México, destacan por haber colocado en el tapete de las discusiones dos temas fundamentales que los historiadores habían hecho a un lado: los movimientos contrarrevolucionarios y el ejército. Por su tratamiento regional podrían pertenecer al apartado anterior, pero al rebasar los límites de una sola región, los hacen pertenecer a otra categoría. Los autores y las obras son: Javier Garciadiego, *Revolución constitucionalista y contrarrevolución. (Movimientos reaccionarios en México, 1914-1920)*, (1981) y Santiago Portilla, *Una sociedad en armas: insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, (1982). En los dos trabajos aparecen los temas social, regional, militar, político, pesando unos más en una tesis y otros en la otra, pero ambas dando testimonio de rigor y renovación. Es lamentable que sus autores —o sus editores ausentes— hagan ir a los lectores a la Biblioteca del Colegio de México y no las hayan hecho públicas. Son dos trabajos fundamentales.

Mientras Garciadiego incursionó en Michoacán con Chávez García, en la Huasteca con Peláez, en Chiapas con Pineda y Tiburcio Fernández Ruiz, en Oaxaca con Dávila y Mei-



Manifestación de descontento con la política porfirista. Museo de la Fotografía, INAH

xueiro, en Veracruz con Félix Díaz y en distintos lugares con Andreu Almazán, Santiago Portilla persigue de manera obsesiva y meticulosa todas las acciones de guerra documentales que contribuyeron a derribar el largo gobierno autocrático de Porfirio Díaz. La tesis desarrolló un importante trabajo gráfico basado en un elevado de croquis. Las dos tesis contribuyen ampliamente al conocimiento del decenio revolucionario.

### ***La dimensión mundial de la Revolución: Katz***

De Friedrich Katz se conocía un libro que no había traspasado las barreras de la lengua alemana. Se sabía de él por reseñas más o menos generosas que describían su contenido y apuntaban su importancia. La obra en cuestión pertenecía a la esfera de la historia diplomática y su objeto era esclarecer lo acontecido entre Alemania, Díaz y la Revolución. Más adelante se manifestó el interés de Katz en Pancho Villa y comenzó a expresarlo en artículos y ponencias, los cuales también abarcaban el tema de las haciendas, antes y durante la lucha armada. Hubo que esperar hasta 1981, cuando la Universidad de Chicago dio a conocer el nuevo-viejo texto de Katz: *La guerra secreta en México*, (en español, 1982). El nuevo libro engloba al anterior y lo hace rebasar el tema diplomático para destacar la interrelación entre la política mundial, el interés de las potencias en las materias primas, y el desarrollo de las regiones productoras y sus ligas con el ámbito nacional. En este sentido, al abrir el libro, el lector encuentra ante sí un excelente tratamiento del desarrollo del norte de México, como área generatriz de la Revolución. Más adelante se recupera el problema mundial y se observa la Revolución desde la mira de los intereses internacionales, que caminan hacia el estallido de la Primera Guerra Mundial.

De esta manera, Katz vino a romper moldes estrechos y a ver, desde una perspectiva realmente amplia, cuestiones que lo nacional amenazaba con encerrar dentro de su propio ámbito. Katz pone de manifiesto el carácter mundial o internacional de la historia y por ello, entre otras cosas, *La guerra secreta en México* se ha convertido en un hito de la historiografía de la Revolución Mexicana.

### ***La inevitable conmemoración y la divulgación histórica***

Un discurso de Luis González lleva el significativo título de "La historia académica y el rezongo del público". En él, entre otras cosas, se plantea la necesidad de liberar la escritura de la historia de las ataduras académicas para entregarla a un universo mayor de lectores. Al gobierno mexicano se le presentó la ocasión de celebrar en 1985 el LXXV aniversario del inicio de la Revolución. La Clío de Bronce amenazaba con hacer proliferar más y más estatuas, homenajes, fraseología hueca, discusiones sobre la continuidad o vigencia revolucionaria y más cosas por el estilo. Sin embargo, salimos mejor librados que, por ejemplo, en 1960. En ese año todavía era más fuerte la tendencia a unir presente y pasado. 25 años después todo era más difícil. El tono solemne de la retórica lopezmateísta había quedado atrás. Los protagonistas estaban definitivamente muertos. Los que escribimos sobre esas cosas habíamos nacido muchos años después. Ha-

bía, entonces, que hacer algo para llevar el conocimiento de la Revolución a sectores amplios.

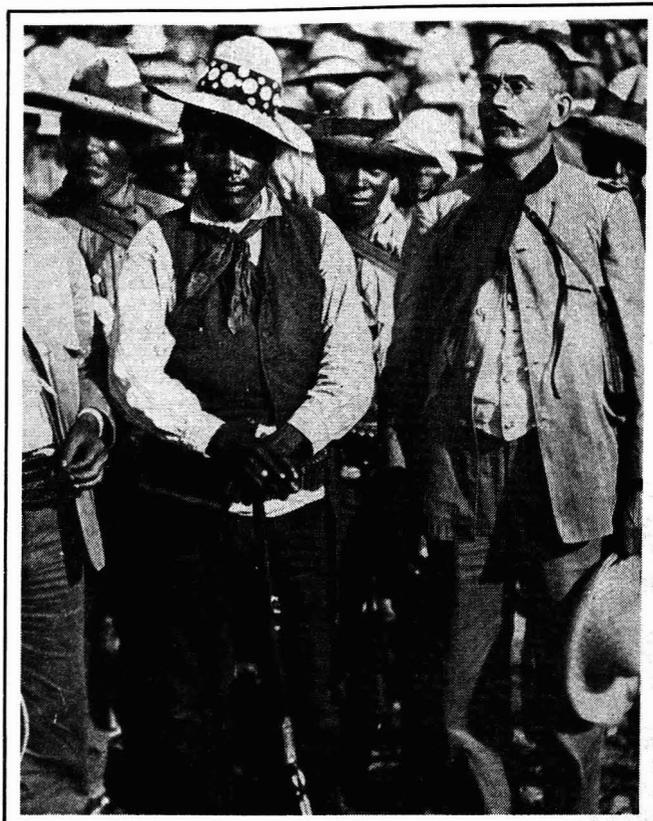
La acción gubernamental fue positiva en el campo particular de las ediciones. El Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), dependiente de la Secretaría de Gobernación, llevó a cabo una labor editorial intensa. Reeditó en facsímil muchos de los libros importantes de y sobre la Revolución Mexicana, que a esas alturas del partido sólo eran accesibles en librerías de viejo, y ni en ellas. Volvieron a circular obras aparecidas hace mucho tiempo en ediciones a veces escasas —algunas de 500 ejemplares— y que recogen la voz y pluma de los protagonistas de la propia Revolución. Las notas prologales son exigüas —y alguna errónea. No obstante, se publicó una magnífica biblioteca revolucionaria. El mismo INEHRM patrocinó la elaboración de antologías documentales de los principales caudillos y de personajes destacados de la época.

El Senado de la República y la Secretaría de Educación, con el impulso profesional del CONAFE y de la Editorial Salvat, encomendaron a Javier Garcíadiego, respaldado por la experiencia profesional de Enrique Florescano y de un consejo asesor, la coordinación de una obra múltiple que llevó por título *Así fue la Revolución Mexicana*. Dentro de ella alternan plumas más o menos experimentadas al lado de otras noveles, pero todas de especialistas en sus respectivos temas. El esquema de la obra permite que muchos temas, aunque tratados de manera breve, aparezcan por primera vez en una obra de conjunto. Ello hace de *Así fue la Revolución Mexicana* un trabajo muy completo y al mismo tiempo sencillo en su lenguaje. Nota particular merece la ilustración, que incorporó imágenes no conocidas, fruto de nuevas investigaciones iconográficas. Uno de los volúmenes recoge planes y documentos y dos de ellos un diccionario biográfico, hasta ahora el más completo de los que se han elaborado acerca de la Revolución. En suma, esta obra se significa por comunicar a un grupo amplio de especialistas con un público más amplio todavía.

Dentro del marco conmemorativo puede ser ubicada la serie de "Biografías del poder" debida a Enrique Krauze, auxiliado por un grupo de colaboradores y con un excelente apoyo iconográfico. El texto es sencillo y directo, propio de la buena escritura de Krauze, aunque dentro de su sencillez no escatima las interpretaciones si se quiere audaces, pero bien meditadas, como la relativa a la muerte de Carranza. La hipótesis del suicidio, que levantó una ola de comentarios adversos, no es descabellada. Ciertamente es difícil probar cualquier cosa en uno u otro sentido, pero es factible. En fin, no se trata aquí de externar juicios, sino de presentar los aportes del veintenio. Recordando que los textos biográficos de los ocho personajes seleccionados sirvió de base para guiones de programas de televisión, el propósito gubernamental de hacer llegar a un público amplio algo de la historia de la Revolución resultó exitoso.

### ***Guerra y la vinculación con el antiguo régimen***

A lo largo de la década de los ochenta, dos notables investigadores europeos han polemizado acerca de sus respectivas



Conferencia entre federales y yaquis.

Col. Teresa Franco

ideas sobre la Revolución Mexicana: François-Xavier Guerra y Alan Knight. Los dos se dieron a conocer mediante trabajos breves, artículos y ponencias. Guerra llamó la atención de los lectores con un brillante artículo titulado "Territorio minado. Más allá de Zapata en la Revolución Mexicana", (1983). En él señalaba la amplia participación de los mineros en los levantamientos de 1910. Su contribución fue notable. Años más tarde, y con la utilización de la prosopografía como método, dio a conocer su *México: del antiguo régimen a la Revolución* (1985 en francés, 1988 en español). En esta obra, que apenas cubre la etapa maderista, se pone mayor énfasis en el pasado de la Revolución, es decir, en el antiguo régimen, su formación —desde la época de la Reforma— y su desarrollo a lo largo del Porfiriato. Hay detrás de esta obra toda una tradición historiográfica francesa que puede arrancar de Tocqueville y llegar a Furet, pasando por Raymond Aron, según hizo notar Soledad Loaeza. Si bien ha recibido comentarios adversos muy severos (González Navarro, Knight) también ha merecido elogios. Se trata de un trabajo sólido que —como señaló Jean Meyer— se destaca por establecer el vínculo de la Revolución con el pasado que la formó y no con los elementos de ruptura, sino con las continuidades que de manera innegable tuvo la Revolución. Es un libro importante.

**Knight: "La Revolución es la Revolución"**

La famosa frase de Luis Cabrera puede servir de epígrafe para connotar la obra de Alan Knight. Crítico severo de sus predecesores, se ha manifestado como un excelente lector de la historiografía revolucionaria reciente, así como un investigador muy notable. Sus ponencias y artículos que lo dieron a

conocer siempre revelaron a un trabajador riguroso y sensible. Se había ocupado de participantes muy diversos de la Revolución, como intelectuales y campesinos. Estas contribuciones menores —en extensión, mas no en calidad— hacían muy esperadas sus obras mayores: su trabajo sobre las relaciones entre México y Estados Unidos de 1910 a 1940 y, sobre todo, *La Revolución Mexicana* (1986 en inglés, todavía no aparecida en castellano). Se trata, ésta, de una obra mayor, tanto en calidad como en cantidad. Es una investigación que sobrepasa muchos trabajos, que penetra en zonas que habían sido tocadas sólo tangencialmente, o de plano permanecido intocadas. A la inversa de Guerra, el énfasis está puesto en la ruptura, en la Revolución, en el cambio, en la lucha por la autogestión, por la libertad, por la democracia en todos los medios. Es un trabajo en el que los actores sociales, serranos, campesinos, son recuperados en su voz y sus acciones. Repasa las experiencias regionales y las conjuga en el espacio nacional. Por lo pronto, en 1989, cierra el ciclo abierto veinte años antes por Womack.

**Omissiones y recapitulaciones**

Este recorrido veinteañero no ha sido exhaustivo. No era ese el propósito. Hay omisiones debidas tanto a la falta de información del autor como a razones intencionales. No se hace referencia, por ejemplo, a la tendencia revisionista capitaneada en Estados Unidos por Michael C. Meyer, quien trató de pintar del color contrario a los tradicionales antihéroes, con aportaciones muy interesantes y elementos fallidos. Tendencia saludable por llamar la atención acerca de los no victoriosos.

Otra omisión es la relativa a las aportaciones de Ramón Eduardo Ruiz, quien, a pesar de que llama la atención acerca de los actores sociales, hace preguntas básicas que nos remiten a problemáticas anteriores al veintenio —la discusión sobre rebelión o revolución.

También se omiten comentarios sobre muchas obras monográficas que en un contexto más amplio deberían ser recuperadas. Entre ellas muchas de temática laboral. Dentro de los trabajos de aliento mayor, es de lamentar que la obra de Hans-Werner Töbler no haya sido vertida al español. También está ausente la tesis doctoral de Jean-Pierre Bastian sobre el papel de los protestantes en la lucha revolucionaria. En fin, la producción del veintenio rebasa a cualquier comentarista.

Una última reflexión lleva a pensar que tal vez se está llegando a una saturación historiográfica. Habrá que asimilar tantas aportaciones, algunas muy valiosas, que le permitan al lector enriquecer y afinar su idea de la Revolución Mexicana. Es importante insistir en la necesidad de vincularla con sus antecedentes a lo largo de todo el siglo XIX y, desde luego, con los setenta años transcurridos después de que los sonorenses llegaron al poder. La historia contemporánea reclama la atención de los historiadores, obligados a establecer el eslabón del presente y el pasado para lanzarse a inferir ideas sobre la marcha del tiempo. ♦

Instituto de Investigaciones Históricas

# VIEJA ¿NUEVA

*Arnaldo Córdova, Gastón García Cantú,  
Javier Garciadiego, Alan Knight, Carlos Martínez Assad,  
Álvaro Matute, Eugenia Meyer, Lorenzo Meyer,  
Enrique Semo y Gloria Villegas*

## Vigencia de la Revolución Mexicana en la academia

**Arnaldo Córdova:** Pienso que el interés por la Revolución Mexicana no es algo excepcional en el desarrollo de nuestros estudios históricos desde la década de los cincuenta, cuando, bajo la dirección de don Daniel Cosío Villegas, un grupo de historiadores y especialistas en diversas disciplinas sociales emprendió la elaboración de la *Historia moderna de México*. Esa magna obra marcó un nuevo derrotero en los estudios históricos del país y fue un estímulo directo en el renacimiento de nuestra ciencia histórica, me atrevería a decir, la mejor que hay hoy en día en América Latina. El interés, desde entonces, es por toda nuestra historia: el Porfiriato, la República restaurada, las gestas liberales, la Guerra de Independencia, la Colonia, la Conquista. Todo ello es parte del desarrollo de los estudios históricos de México. Ciertamente, hay que reconocer que ha habido un interés particular por la Revolución y su secuela y no es casual que se haya dado con mayor fuerza a raíz de los acontecimientos de 1968. Con el movimiento estudiantil se puso en evidencia algo que casi se había olvidado: que el Estado que acababa de reprimir a los jóvenes era el mismo que había surgido del movimiento revo-

lucionario de 1910, y muchos sintieron la necesidad de volver al estudio de nuestra historia en el siglo XX para explicarse por qué el Estado se había desarrollado como lo había hecho. Las explicaciones que los mismos protagonistas del 68 dieron del sistema político mexicano, en su momento, no los satisficieron ni a ellos mismos, y con un gran sentido de la realidad, al volver a las aulas, pensaron que la derrota que acababan de sufrir se había debido, en lo esencial, a su ignorancia de la historia y de la realidad política de México. Casualmente, el candidato del partido oficial en la contienda electoral de 1969-1970, Luis Echeverría, hizo su campaña retomando los principios y los valores ideológicos de la Revolución, con lo cual mostraba que, aunque por motivos diferentes, los propios grupos gobernantes estaban revalorando nuestro pasado histórico. Podría decirse, entonces, que el interés que todos hemos adquirido en el estudio de la Revolución Mexicana tiene una doble causa: académica, una, que se cifra en el progreso de los estudios históricos, y política, otra, que parte del 68 y que se desarrolla en la medida en que el país se democratiza y se politiza.

**Gastón García Cantú:** El interés por la Revolución no es de las últimas décadas. Francisco J. Múgica, por ejemplo, en

1919 publicó en dos tomos sus primeros escritos y sus discursos en el Constituyente de 1917. Un año después la Secretaría de Relaciones Exteriores daba a conocer un volumen que sería destruido por el obregonato: *Labor internacional de la Revolución constitucionalista de México*, documentación precisa de los conflictos de nuestro país de 1913 a 1918. De 1920 data, también, *Al margen de la Constitución de 1917*, por Jorge Vera Estañol, traducción castellana de su *Carranza and his Bolshevik Regime*, editado en Los Angeles, primer argumento contrarrevolucionario; en 1930 Vicente Lombardo Toledano publicó, en esta Revista, "El sentido humanista de la Revolución Mexicana", ensayo que indica la asociación de la crítica intelectual del Porfiriato con la crítica de las armas en el campo de Zapata; seis años más tarde, Jesús Romero Flores dio a conocer *Anales históricos de la Revolución Mexicana*, y cuatro años después, José T. Meléndez y otros autores, entre ellos Octavio Paz, padre del poeta, *Historia de la Revolución Mexicana*, primera obra de compilación por algunos de los participantes en las luchas políticas y armadas.

El estudio de la Revolución es tan antiguo como la Revolución.

**Javier Garciadiego:** Antes de intentar agrupar las razones principales del interés de los académicos por la Revolución

# LA REVOLUCIÓN LA HISTORIOGRAFÍA?

Mexicana, convendría señalar que el análisis de dichas motivaciones debe ser hecho desde una perspectiva histórica, y que las razones de los académicos para acercarse a este periodo no son necesariamente distintas de las de otro tipo de gente. Lo que los distingue son los procedimientos y objetivos de su estudio.

Una motivación común a todos es su naturaleza epopéyica, característica no extraña a otros momentos de nuestra historia. Por ejemplo, ya a mediados del siglo XIX, el historiador romántico William Prescott fue atraído por el carácter épico de la Conquista. Asimismo, el escritor Ambrose Bierce —seguidor de Edgar Allan Poe— penetró al país tan pronto estalló la lucha revolucionaria, para constatar si los mexicanos eran muy diestros con las armas. Otro estímulo común ha sido lo atractivo del proceso histórico del país en su conjunto. Esto es, casi todo historiador de la Revolución simpatizó primero con la historia de México en general.

Razones geopolíticas evidentes influyeron también en la proliferación de estudiosos de la Revolución Mexicana. Desde antes que estallara, John Kenneth Turner escribió sobre México con objetivos políticos: su simpatía por los anarcoliberales refugiados en Estados Unidos y sus denuncias de la semiesclavitud de muchos campesinos mexicanos buscaban desacreditar a Porfirio Díaz y criticar a Taft por apoyarlo. Pocos años después, John Reed escribió unas crónicas espléndidas sobre la lucha antihuertista en el norte, en parte porque, siendo socialista, estaba interesado en todo movimiento social, y en parte también porque le fascinaban los hechos épicos —recuérdense sus escritos de un par de años des-

pués sobre la guerra europea. De entonces a la fecha no han sido pocos los trabajos de norteamericanos sobre la Revolución Mexicana con motivaciones políticas —Albert Fall, Samuel Guy Inman, Ernest Gruening. En momentos clave, como cuando la persecución religiosa o la expropiación petrolera, dichos intereses políticos han trascendido a los vecinos del norte: piénsese en los ingleses Graham Greene y Evelyn Waugh.

Las razones geopolíticas siguen siendo determinantes. Hasta 1960 la mexicana era la única revolución en el continente; por lo mismo México era un probable modelo de desarrollo histórico para otros países latinoamericanos. Si desde finales de los treinta y principios de los cuarenta dicho modelo había sido elogiado —recuérdense los escritos de Frank Tannenbaum, Howard Cline, Frank Brandenburg o Raymond Vernon—, con el advenimiento de la Revolución Cubana comenzó a ser visto desde dos perspectivas: para los historiadores más tradicionalistas, como Stanley Ross y Charles Cumberland, la Revolución Mexicana era prueba de que se podía avanzar hacia la democracia y la justicia social mediante una vía no socialista; para los historiadores progresistas y críticos —piénsese en James Cockcroft o John Womack—, la Revolución Mexicana había sido insuficiente en muchos sentidos. Hoy en día, por su extensa frontera, sus intereses y problemas comunes y sus numerosas “simpatías y diferencias”, México sigue siendo el país latinoamericano más estudiado en Estados Unidos; consecuentemente, esta superioridad es aún más amplia en las entidades sureñas.

Sería necio minimizar otro tipo de factores, como el racial o el lingüístico.

Mientras los historiadores norteamericanos de reciente ascendencia europea han optado mayoritariamente por el pasado del “viejo continente”, los de origen hispánico han preferido temas latinoamericanos. Lo mismo sucede con historiadores que, aunque anglos, desde pequeños tuvieron cierta cercanía con el idioma español. Evidentemente, no pocos se interesaron en la Revolución Mexicana por motivos estrictamente académico-profesionales. Un caso reciente y notable es el de Alan Knight, que llegó a ella porque de estudiante en Oxford se preocupó por analizar la correlación entre nacionalismo y revoluciones. De cualquier modo, detrás de cada vocación hay razones personales muy circunstanciales. Acaso el mejor ejemplo sea el austriaco Friedrich Katz, quien se apasionó por la historia mexicana desde niño —en un principio por la etapa prehispánica—, cuando su familia radicó en el país luego de huir del nazismo europeo.

Por lo que se refiere a los motivos vocacionales de los académicos mexicanos, aunque diferentes de los extranjeros, son igualmente complejos. En primer lugar, la elección de periodo y tema depende de la propia concepción de la historia nacional, sea o no conciente. Para unos lo más atractivo es el enigmático mundo prehispánico; para otros, el país se definió durante el siglo XVI, con la confrontación e integración de las dos culturas; asimismo, muchos son los que afirman que México se conformó durante el prolongado *melting pot* que fue el periodo colonial; otros tantos sostienen que México surgió como nación luego del fragoroso siglo XIX. Por su parte, en principio todo estudioso de la Revolución Mexicana cree —siguiendo la tradición de Daniel Cosío

Villegas, Jesús Silva Herzog y José C. Valadés, entre otros— que la Revolución Mexicana fue el fenómeno que dio lugar a nuestro dinámico, aunque estable, siglo XX, y al Estado mexicano contemporáneo.

Otra razón para el reciente interés de los académicos nacionales por la Revolución Mexicana es que la perspectiva desde la que se le mira se ha tornado suficientemente amplia: a casi ochenta años de iniciada, hoy el estudioso puede ver el proceso de principio a fin; además, ya lo puede ver con una actitud considerablemente imparcial. Esto es, al historiador actual ya no le atemorizan polémicas partidistas, hoy en vías de extinción; en cambio, la sobrevivencia de muchos revolucionarios, hasta la década de los sesenta, ahuyentó a varios historiadores. Asimismo, la creciente disponibilidad de muchísimos documentos del periodo —públicos y privados— no sólo propició un auténtico *boom* en el estudio del tema sino que hizo que mejorara notablemente la calidad de lo escrito.

Por último, es innegable que ciertas condiciones institucionales han afectado la situación que guardan los estudios de la Revolución Mexicana. Por ejemplo, en El Colegio de México, Cosío Villegas influyó a varias camadas de discípulos, como Luis González y González y Moisés González Navarro, o como Héctor Aguilar Camín, Enrique Krauze y Jean Meyer. Del mismo modo, la muerte de Eduardo Blanquel mermará, en calidad y cantidad, la formación de estudiosos de la Revolución Mexicana en la UNAM, lo que es doblemente lamentable, pues de siempre ha sido característico de ésta el predominio abrumador de investigaciones históricas con temas prehispánicos y coloniales. Afortunadamente, el déficit ha sido suplido con estudiosos provenientes de otras disciplinas sociales, principalmente sociólogos, politólogos, antropólogos y economistas. Concientes de que un buen análisis de sus respectivos temas los obligaba a una revisión de los antecedentes históricos inmediatos, Arnaldo Córdova, Luis Javier Garrido, Carlos Martínez Assad y Arturo Warman, entre otros, han escrito algunas de las mejores monografías históricas sobre el México contemporáneo. Con todo, el tránsito de éstos y otros científicos sociales a la his-

toria es más epistemológico que institucional: practican también la historia contemporánea porque la encuentran más verosímil que su otra disciplina. Con ello, el estudio de la Revolución Mexicana ha sido doblemente beneficiado: por un lado cuenta con historiadores *per se*, como Alicia Hernández, Josefina MacGregor, Álvaro Matute, Gloria Villegas y Bertha Ulloa; por el otro, con científicos sociales que también realizan labores de historiador, entre los que Lorenzo Meyer debe agregarse a los ya antes mencionados.

Sin embargo, insisto en el primer argumento: en los últimos años se ha escrito mucha historia de la Revolución Mexicana, en el país y en el extranjero, porque además de significativo fue un acontecimiento fascinante, especialmente atractivo para el que la escribe y para el que la lee, como lo demuestra su mayor "mercado". Sólo así se explica que la flemática Revolución Inglesa tenga una pobre tradición historiográfica en comparación con la de la Revolución Francesa, que fue hecha con pasión. Por lo mismo, la Revolución Mexicana cuenta con más historiadores, y con muchos más lectores, que nuestra historia económica, siempre entre pobre y paupérrima, o que la lastimera historia de la ciencia mexicana.

**Alan Knight:** El interés académico por la Revolución Mexicana se refleja en el auge de la historiografía de todo tipo que ha caracterizado a las últimas décadas (resultado de la expansión de la enseñanza superior); en el interés por las revoluciones que se notó, especialmente, en los años sesenta (hoy ya menos), y en la expansión y el mejoramiento de los archivos mexicanos, que hacen posibles estudios de mayor profundidad.

**Carlos Martínez Assad:** Nuestra esencia es fundamentalmente política. Por eso seguimos considerando la Revolución Mexicana como el momento del gran parto que nos dio vida. Es la serie de acontecimientos que van dando forma a la sociedad y al Estado que prevalece. Es el origen del sistema político mexicano y en su comprensión está el interés por el estudio de la Revolución en sus muy diferentes manifestaciones. Ha sido, además, la forma más buscada por los ex-

tranjeros para tratar de entender a México. Su interés, lejos de disminuir, aumenta en la medida en que se hacen más descubrimientos y se tiene acceso a archivos y documentos nacionales y extranjeros.

La atracción fue creciendo según aumentaban las aspiraciones democráticas de la sociedad, porque su reinterpretación reciente llevó a una confrontación con lo que puede designarse "la historia oficial". Se reveló así una historia desacralizada no poblada exclusivamente por héroes y villanos, sino por una muy variada presencia de actores sociales y políticos que actuaron de acuerdo a sus principios, a sus programas, a sus intuiciones y fueron triunfadores o vencidos.

La Revolución Mexicana es, además, un hilo conductor por excelencia para seguir la construcción de un Estado moderno, que puede operar como modelo para otros países. No hay que olvidar que el Estado, como unidad de análisis, es contemporáneo de la Revolución Francesa, que va a inspirar las revoluciones de la época moderna y particularmente las de este siglo. Tanto la Revolución Mexicana como la Revolución Rusa van a asumir ciertos rasgos del jacobinismo original, particularmente aquellos concernientes a la separación de las esferas del poder, llámese civil o político, temporal o espiritual. La enseñanza es que el poder no se comparte, lo que no quiere decir que pueda ejercerse dejando de lado el consenso, es decir, la capacidad de concertar alianzas.

Esta tendencia fue muy clara durante la Revolución Mexicana y el general Álvaro Obregón fue un maestro en las alianzas políticas y para exterminar el adversario. Veáanse sus lazos con la pléyade de caciques y de movimientos regionales (Garrido Canabal en Tabasco, Saturnino Cedillo en San Luis Potosí, etcétera) y la movilización que logró realizar en todo el país para detener a los rebeldes delahuertistas entre 1923 y 1924.

Esas tácticas de acción política pasaron luego al Partido Nacional Revolucionario y derivaron en prácticas corporativas que dieron cauce a las alianzas con los campesinos y con los obreros. Incluso, más adelante se captó la importancia de hacerlo también con las clases medias e incluso con la burguesía.

La Revolución gestó, además, un cambio de mentalidad que derivó en un amplio proceso de secularización de la sociedad; la enseñanza laica, gratuita y obligatoria fue uno de sus medios. El otro fue la aceptación forzada, por parte de la Iglesia católica, del estatuto jurídico del Estado liberal.

**Álvaro Matute:** El interés responde a la necesidad de contar con explicaciones satisfactorias en torno al sistema político mexicano. Algunos estudiosos encontraron que la respuesta está en el análisis del

proceso revolucionario. La lucha decanta en una reestructuración, en un proyecto modificado en Estado nacional, que por razones obvias, está íntimamente relacionado con la ideología del grupo victorioso. Ello provoca que se generen dos discursos paralelos, aunque no semejantes: por un lado, el discurso propio de la clase en el poder que se sustenta en “el triunfo” y se justifica con él; sectores de la burguesía que buscan reacomodo y definen el carácter nacionalista y popular del proceso mismo y que por ende, conlleva la necesidad de transmitir, de ge-

propósito claro de entender y definir la Revolución en sus características especiales; de buscar las causas, el desarrollo y las consecuencias reales del proceso. De asumir y demostrar que la Revolución no fue una, sino múltiple, que las revoluciones regionales, estatales o locales pugnan por cambios en las situaciones particulares y concretas, y que en esto estriba precisamente el meollo del verdadero análisis histórico-social de la Revolución.

Íntimamente vinculado con esta forma diferente de pensar y de comprender la Revolución Mexicana, está el interés académico que, a todas luces, coloca su proceso en un lugar muy especial del historiar contemporáneo. Se trata sin duda de invertir la vieja dialéctica pasado-presente, a presente-pasado; se trata de vislumbrar la experiencia de México, que en los albores del siglo XX irrumpe en un proceso de transformación y que, hacia los años veinte, pone en marcha un proyecto de reconstrucción, orientado a definir y delinear una nación “moderna”, confrontando su realidad de subdesarrollo; de una economía de enclave anquilosada en muchos aspectos y de la dependencia real del poderío hegemónico de los Estados Unidos de América.

Cabe advertir el fenómeno que surge en los medios académicos de los años sesenta en adelante; porque fue entonces cuando la gastada estafeta del estudio de la Revolución, mal tenida y mal defendida por los historiadores, cronistas y abogados (unos empíricos, otros profesionales) se perdió. Se perdió, porque de manera clara, la vivencia universitaria del 68 nos obligó, con cierta crueldad, a aceptar y poner de manifiesto que el historiador seguía empantanado en archivos, papeles, viejos discursos, banderines y posiciones contradictorias. Se perdió también porque en este acucioso, minucioso y casi obsoleto propósito de realizar una sólida tarea heurística y hermenéutica, simplemente los historiadores mexicanos, se decía, nos quedamos atrás. Arrinconados en los cubículos, en las bibliotecas y en los archivos, muchos no salieron a la calle a comprometerse con su presente y con la posibilidad de cambio. Fueron los sociólogos, los politólogos y otros “logos” y “legos” quienes asumieron el compromiso de las nuevas interpretaciones de la Revolución Mexicana.

Museo de la Fotografía, INAH



Manifestación del Club Reyista Estudiantil

momento del pasado que generó el sistema, es decir, la Revolución. Para ilustrar esta respuesta, cabe indicar que muchos sociólogos y politólogos abandonaron el presente para convertirse en historiadores de la Revolución. A otros nos ha interesado el discurso sobre la Revolución, el cual también está estrechamente ligado a la ideología del sistema político mexicano.

**Eugenia Meyer:** El interés por la Revolución Mexicana ha sido siempre constante y creciente. No me atrevería a suponer que se limita al ámbito académico, ni mucho menos que sea reciente, nacido en las últimas décadas. Un país como el nuestro, que vive intensamente la primera gran revolución del siglo XX, define sin duda su carácter y su porvenir a partir de la experiencia concreta que fue

generación en generación, la mística y la mitología de una lucha, a todas luces generada en el seno de la burguesía mexicana. La historia oficial estimula y fomenta el panteón de los héroes y en un acto de malabarismo casi mágico, pretende ofrecer a la sociedad civil una imagen ideal, armónica, de hombres que en vida lucharon unos contra otros, se opusieron, se mataron. Sin embargo, en el balance cívico-patriótico enarbolan juntos, con los mismos compases, con el mismo lenguaje, con los mismos colores, la bandera de la Revolución Mexicana. Todo esto forma parte de una “patrística” justificativa, afanosamente elaborada y reelaborada por los herederos de la Revolución y en especial por el partido oficial en sus diferentes versiones (PNR, PRM, PRI).

Además existe otro discurso: el de un

Fueron ellos, hay que reconocerlo aunque no sea placentero, quienes junto con los extranjeros (otra vez), entusiastamente ocupados en nuestro país, se abocaron a la no fácil tarea de una revisión y una reformulación de la historia del proceso que arrancó en 1910.

Creo sin duda que entre el trabajo de Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*, y el recientemente publicado por el historiador inglés Alan Knight, *La Revolución Mexicana*, han sucedido muchas cosas y se ha llevado a efecto una "revolución", una convulsión en el quehacer historiográfico. Es justo señalar que el despegue del interés de los historiadores mexicanos por el tema se acelera en esa época; son muchos y diversos los estudios producidos en estos veinte años y sobre todo, quiero insistir, gracias a esta nueva tarea la Revolución Mexicana puede ser vista con otros ojos y ser descubierta y redescubierta en sus especificidades, desde las características de cada uno de los lugares y de los hombres que en ella participaron.

**Lorenzo Meyer:** Todas las revoluciones contemporáneas, desde la francesa hasta la nicaragüense, mantienen el interés constante de los círculos académicos. Son objeto de análisis por parte de académicos nacionales y extranjeros, el revisionismo es permanente, y la Revolución Mexicana no es excepción. Todas las revoluciones ponen de manera dramática y en un periodo de tiempo muy reducido, los problemas centrales de una sociedad. En este sentido son laboratorios donde todas las ciencias sociales y todas las escuelas de pensamiento ponen a prueba sus hipótesis, las cuales cambian y nunca son las mismas.

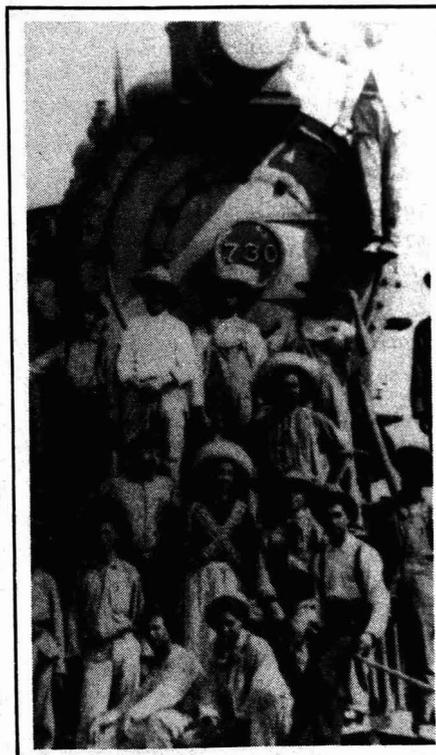
**Gloria Villegas:** La Revolución ha sido uno de los grandes temas de la historiografía mexicana del siglo XX. La polisemia del conjunto de acontecimientos tradicionalmente agrupados bajo ese concepto y su calidad de paradigma simbólico explican en buena medida el interés que suscita y que, particularmente durante los últimos años, ha convertido al ámbito académico en tierra fértil para su estudio.

Los sucesos ocurridos en México como resultado de la lucha emprendida por

Francisco I. Madero en noviembre de 1910 para derrocar la dictadura y que desembocaron en el replanteamiento del "pacto social" de la Nación, tuvieron desde sus orígenes connotaciones diversas, no solamente porque confluyeron distintos movimientos con dinámica propia que expresaban reclamos sociales de la más variada índole, sino también porque casi todos los levantamientos ocurridos entre 1910 y 1920 se ostentaron como depositarios de la "verdadera revolución".

El llamado a la insurrección nacional dio forma a una larga cadena de agravios acumulados, cuya magnitud pudo pulsar Madero durante las giras efectuadas en 1909 para establecer clubes antirreeleccionistas y en las que hizo al año siguiente, ya como candidato a la presidencia de la República.

Detrás de la decisión revolucionaria hay varios meses de campaña política, multitud de mítines, clausura de periódicos y aprehensión de periodistas, reuniones frustradas por las autoridades locales y, sobre todo, una labor política en todo el país. El malestar social —que convirtió en detonador el sufragio burlado en la elección presidencial de 1910— fue producto de una larga "etapa de elaboración de necesidades", como la definió Roque Estrada (1912), que lo mismo surgía de una vieja y olvidada petición agra-



Grupo de ferrocarrileros. CEHM, Condumex

ria insatisfecha, que de los abusos de autoridad perpetrados por los jefes políticos. Al término de la primera década del siglo, no solamente la propaganda partidista del momento (que además de los antirreeleccionistas desplegaron los miembros del Partido Democrático y los reyistas) sino la actitud derivada del reformismo crítico, que germinó dentro del propio sistema, y la golpeadora crisis económica de 1907, sensibilizaron a ciertos sectores de la sociedad mexicana. Éstos vieron con desaliento el resultado de las elecciones estatales y federales, pues a pesar de las promesas contenidas en la entrevista que el presidente Díaz concedió al periodista norteamericano James Creelman (1908), repitieron el rito dictatorial de la imposición.

Líder que llama y pueblo que escucha, entre ambos identificaron la causa de los males del país; el enemigo a vencer era el régimen dictatorial, aunque se reconocieran sus atributos como artífice de la modernización económica del país y de la paz. Producto típico de los sectores "letrados", la inconformidad estuvo antes en la palabra escrita que en la trinchera, aunque coexistieron después el debate teórico y la lucha armada. Aun "hombres del viejo régimen", como Justo Sierra, consideraron que la dictadura había cumplido su misión y agotado su tiempo histórico.

A diferencia del acuerdo que existió respecto al enemigo a vencer, hubo infinitas divergencias cuando triunfó la lucha armada; el para qué de la Revolución y cómo cumplir sus demandas fue continuo e implícito motivo de escisiones.

La lectura del Plan de San Luis podía ser amplísima: así lo prueba el hecho de que tres de los levantamientos más importantes ocurridos cuando su autor estaba ya en la Presidencia (el de la Soledad, de Ayala y de la Empacadora respectivamente encabezados por Bernardo Reyes, Emiliano Zapata y Pascual Orozco) le hayan reprochado haberlo traicionado.

Más allá de los argumentos personalistas o de poder, en las grandes escisiones revolucionarias y en las divergencias sin solución subyacen las nociones radicalmente distintas que sus propios artífices tenían respecto a la orientación del cambio. Si bien el Plan de guerra formu-

lado por Madero contenía la promesa de restablecer el orden trastocado por Díaz, la ausencia de una maduración interna del propio movimiento armado hizo que desde sus orígenes, y para efectos del programa de gobierno, la Revolución se definiera *a posteriori*: en ello radicaron su debilidad y su fuerza.

Mientras para Madero el triunfo de la Revolución significó la posibilidad de una transformación política, condición indispensable para que se construyera la democracia (sin que considerara como impedimento que permaneciera en pie la estructura administrativa y política del régimen porfirista), para Zapata suponía la inmediata solución del problema agrario. Para Orozco y Villa entrañaba un conjunto de reformas sociales aparejadas a la apetencia de un poder al que se sentían con derecho por haber luchado y para el magonismo radicalizado la destrucción de cualquier forma de gobierno. Venustiano Carranza, quien consideraba la lucha revolucionaria como “guerra a la usurpación huertista”, esgrimió la bandera del restablecimiento de la legalidad, poco después, al concentrar en su persona —en calidad de Primer Jefe— los tres poderes, y con amplísimas facultades legisló en todos los ramos de la administración pública, sentando las bases para la reformulación del pacto social de la Nación. La Convención Revolucionaria, originalmente junta de militares y gobernados, disputó el poder al Primer Jefe: se proclamó soberana para acordar un programa de reformas que —a pesar de su fracaso político— la hicieron el foro más radical de la lucha revolucionaria y antesala del Constituyente de 1917. En este último, aunque se aprobaron importantes reformas sociales, prevaleció el liberalismo moderado.

La diversidad de significados no fue característica exclusiva de la que se denomina “fase armada”; creció incesantemente y convirtió la Revolución en paradigma simbólico. Los gobiernos posrevolucionarios —haciendo del término de hostilidades su justificación— consideraron que no podía darse por terminada en tanto no cumpliera sus multívocos ofrecimientos. Así, la Revolución fue el lienzo de Penélope que todos los gobiernos mexicanos tejieron y destejieron.

Por otra parte, desde los inicios del



Francisco I. Madero. CEHM, Condumex

movimiento también hubo intentos por analizar el fenómeno revolucionario con propósitos que rebasaban las inclinaciones faccionales o partidistas y que pretendían ubicarlo como parte del proceso histórico mexicano. Durante la segunda década de este siglo se publicó una importante cantidad de obras que forman parte del debate político y de la confrontación social. Al principio prevalecen las explicaciones individualistas, después la Revolución encarna en la sociedad, y más tarde germina la voluntad de colaborar con propuestas y programas en la fase constructiva de la lucha.

A medida que se calmaron las aguas agitadas de la política mexicana, se definieron —cada vez más claramente— dos visiones que se excluían: una era la de los partícipes de la lucha que consideraban que el rumbo que tomaba el país lo alejaba drásticamente del primigenio proyecto revolucionario, traicionando sus principios; la otra fue sostenida por los revolucionarios “conversos”, quienes, a pesar de su desacuerdo original con esa lucha, ahora la mostraban como la gran justificación histórica de la reconstrucción. Varios de los primeros formaron una corriente crítica que censuró las desviaciones de que había sido objeto; marginados de la actividad política, analizaron, juzgaron y se erigieron en la “conciencia de la nación”.

Al mediar el siglo, un conjunto de circunstancias empezó a crear las condiciones que darían pábulo a una serie de estudios de naturaleza académica. Los favoreció la profesionalización de las humanidades, aparejada a la publicación de obras de historiadores extranjeros, particularmente norteamericanos, que se mostraron interesados por el México contemporáneo.

Poco a poco politólogos, economistas, sociólogos e historiadores mexicanos, se convirtieron en analistas de la Revolución, entre otras razones, por el auge de la interpretación marxista de la historia y la visión escéptica propagada respecto a la “historia de bronce” que manaba a borbotones del discurso político gubernamental.

Los primeros acercamientos que asumieron en México críticamente su estudio procedían de dos grandes vertientes: la que provenía de los pioneros trabajos de Daniel Cosío Villegas y José C. Valadés, quienes replantearon el significado del Porfiriato, y la que surgía de la interpretación marxista. Para esta última, el fenómeno revolucionario mexicano empezó por aparecer empujado al lado de las grandes convulsiones sociales: revolución democrático-burguesa, expresión del bonapartismo, etcétera. Fue vista como un movimiento poco significativo frente a la Revolución Rusa de 1917 o a la Revolución Cubana de 1958.

El estudio del fenómeno, que entrañaba una condena al Estado político de aquel momento, gestó una singular paradoja: mientras la Revolución se momificaba en la práctica y en el discurso de los oradores oficiales que para ratificar su vigencia la acicalaban sexenalmente, los más airados enemigos y críticos del sistema, al adentrarse en su estudio, encontraron una formidable y atractiva vitalidad, un movimiento con fuerza social e ideológica propia.

Aun cuando algunos de aquellos primeros trabajos críticos podrían considerarse hoy dogmáticos, unos, extremadamente descriptivos, otros, todos ellos formaron tendencias que, con el tiempo, se atemperaron y nutrieron, devolviendo al proceso revolucionario su original y múltiple dimensionalidad, sepultada en la simplicación del discurso político gubernamental.

La infinidad de estudios monográficos, surgidos durante las dos últimas décadas en México y en el extranjero, y una cantidad impresionante de fuentes documentales, gráficas, hemerográficos, orales, etcétera, han permitido enriquecer con perspectivas distintas la comprensión de la lucha armada, la cual, gracias a la investigación sobre asuntos regionales, ofrece hoy una visión mucho más amplia de aquel fenómeno que cimbró al país de maneras distintas, como diversas eran las relaciones sociales y de poder en cada lugar.

Si en los últimos años se debate en los foros académicos y políticos acerca del fenómeno revolucionario; si diversas posiciones partidarias se disputan sus símbolos; si reiteradamente se le ha discutido para dictaminar si vive o muere, es porque aquel proceso no es fenómeno accidental sino factor constitutivo de la historia mexicana contemporánea.

## Interés personal por su estudio

**Arnaldo Córdova:** Mi experiencia tiene mucho de casual. Hasta fines de 1967 yo estaba dedicado al estudio de la teoría política. Mis primeros ensayos, con los que luego publiqué un libro, versaron sobre temas relacionados con la teoría política clásica y con la formación del Estado moderno. Hasta entonces no pensaba dedicarme a estudiar a México, no como un especialista, al menos. Pero sucedió que por esos días el doctor Pablo González Casanova me ofreció trabajo como investigador en el Instituto de Investigaciones Sociales, del cual él era director, con la tarea precisa de que escribiera un libro sobre el pensamiento político de México a partir de la Revolución. Eso ocurrió siete u ocho meses antes de que estallara el movimiento estudiantil. Por eso yo no me considero hijo ni heredero del 68, si bien participé en el movimiento como trabajador académico. Mi compromiso de estudiar la Revolución era anterior y ya me había convencido de que en esa tarea estaba la clave para entender nuestro presente. Incluso pienso que al platicar con los jóvenes durante las jornadas de lucha, por lo menos a algunos logré transmitirles mi nueva convicción. Creo que en eso

radicó mi pequeña contribución al 68. Por lo demás, puedo decir que toda mi vida he sido un académico y un militante político al mismo tiempo. De lo primero he vivido, de lo segundo nunca he podido hacer menos. Mi interés en estudiar la Revolución y el sistema político surgido de ella, como puede verse, ha sido también doble: académico y político; el uno siempre apoyado en el otro, sin distinción.

**Gastón García Cantú:** Estudio la Revolución Mexicana porque es parte de la historia de nuestro país.

**Javier Garcíadiego:** Fueron varias, y de muy diversa índole, las motivaciones que tuve para dedicarme al estudio de la Revolución Mexicana. Estoy absolutamente convencido de que mi interés surgió por cuestiones familiares. En efecto, mi bisabuelo materno fue un político porfirista de cierto nivel, que como senador antimaderista en la XXVI Legislatura se involucró en el "cuartelazo" de febrero de 1913. A la caída del huertismo, él y toda la familia (esposa, tres hijos —entre ellos mi abuela— y la nana "Gau") tuvieron que exiliarse, viviendo en Nueva York hasta los años veinte. Más por jugar al *enfant terrible* que por razones ideológicas, desde adolescente me divertía criticando en familia a don Porfirio, denostando a los conjurados de la Ciudadela y elogiando la Revolución. Con el tiempo mi interés por todo ello se fue haciendo más serio. Sin embargo, la impronta familiar subsistió, al grado de que el tema de mi tesis doctoral para El Colegio de México fue la Contrarrevolución; de hecho, éste sigue siendo el asunto que más me interesa entre todos los del periodo.

Un segundo motivo fue de carácter académico. Estudié la licenciatura en Ciencias Políticas, y desde un principio preferí las materias de carácter histórico. Esto es, me interesaron mucho más los cursos sobre Platón, Maquiavelo, Hobbes o Tocqueville, que aquéllos sobre partidos políticos y grupos de presión o propaganda y opinión pública, entre muchos otros del estilo. Así, muy pronto me quedó claro que había errado la elección de mi profesión, pues prefería la historia a la ciencia política, a la que comencé a

ver como carente de rigor y de objeto de estudio preciso.

El tercer motivo puede ser llamado institucional, y por él me decidí a proseguir estudios en historia, al mismo tiempo que fijaba el periodo histórico de mi preferencia. Tuve la enorme fortuna de tomar el curso de Revolución Mexicana con don Gastón García Cantú. El impacto fue inmediato, y no se redujo a mí: un pequeño grupo de condiscípulos logramos de don Gastón y de las autoridades de la Facultad que dicho curso se nos siguiera impartiendo, cerrada y seriamente. Llegamos a cuatro semestres ininterrumpidos, a lo largo de los cuales realicé mi tesis de licenciatura sobre la revuelta de Agua Prieta y adquirí una pasión académica de la que no deseo divorciarme.

**Alan Knight:** Comencé a estudiar la Revolución Mexicana como un ejemplo del desafío popular, nacionalista, tercermundista, a la hegemonía imperialista (angloamericana); es decir, mi investigación nació de mi interés en el imperialismo. Sin embargo, llegué a la conclusión de que este enfoque era muy parcial y, en importantes aspectos, algo engañoso, porque la verdadera dinámica de la Revolución derivaba de los conflictos domésticos— ya sean políticos, sociales, regionales o étnicos.

**Carlos Martínez Assad:** Al finalizar los años sesenta se dio una revisión crítica de los estudios conocidos hasta ese momento sobre la Revolución. Contra la corriente que se autodefinió marxista sin mucho conocimiento de causa (Mancisidor, Shulgovski, etcétera), surgió una corriente interesada tanto en explicaciones más convincentes como en relatos fundamentados en archivos y en documentos hasta entonces escasamente frecuentados. La nueva orientación general coincidió con los libros *La ideología de la Revolución Mexicana*, de Arnaldo Córdova, y *Zapata y la Revolución Mexicana*, de John Womack. Ambas investigaciones influyeron decididamente en las formas de abordar el problema y dieron una dimensión diferente a las ideas fundadoras en el caso del primero, y a las figuras centrales del proceso, en el caso del segundo.

Un tercer libro influiría notablemente a la nueva generación estudiosa de ese

proceso: *Pueblo en vilo, historia de San José de Gracia*, de Luis González. Su propuesta de microhistoria no fue la primera: historiadores locales habían realizado las crónicas indispensables para las identidades pueblerinas, pero sí fue la primera que trascendió con gran impacto en el nivel nacional.

Con las historias regionales se cambiaba el énfasis demasiado estatista. Todo era comprensible solamente desde una sola lógica: la del Estado central. Se conocía escasamente la dinámica de los levantamientos en Chiapas, en Oaxaca, o Veracruz, y aunque de hecho la Revolución se había iniciado en los estados del norte, se había convertido en monopolio del gobierno y de su partido.

Las historias regionales, las que Alan Knight ha englobado en lo que llama "corriente revisionista", al cambiar el énfasis fueron descubriendo una historia que lejos de ser lineal era compleja y rica en pasajes que la historia oficial —a lo mejor sin proponérselo— había ocultado.

Descubrir ese lado oscuro de la luna fue una de mis preocupaciones. Primero con intuición y luego con cierto conocimiento encontré una historia que nadie me había contado. El maderismo, por

ejemplo, no había tenido el impacto nacional que se le había concedido y, en cambio, las simpatías por Bernardo Reyes eran muy claras en algunas regiones del país.

Igualmente, y sólo por citar algunos ejemplos de manera breve, el proyecto educativo de Vasconcelos canceló otros proyectos que probablemente eran inaplicables en el nivel nacional, pero con repercusiones locales definitivas. Tal es el caso de la educación racionalista en la región del Golfo de México en una franja que va desde Yucatán a Tamaulipas.

Han sido los procesos escasamente conocidos los que han ejercido una fuerte atracción para orientar el sentido de mi interés por la Revolución Mexicana, lo cual me ha permitido descubrir algo que podría llamarse la historia de los vencidos o una historia alternativa, cuyo hilo conductor se encuentra en el análisis regional. Éste pone el énfasis en la perspectiva regional para entender el vínculo con el Estado, sus particulares formas de aproximación y de participación en el proyecto nacional, del cual participaron sin hacer demasiadas concesiones.

**Álvaro Matute:** Me interesan dos cosas: saber qué se ha dicho acerca de la Revo-

lución y quiénes hicieron la Revolución. En lo primero, indagar qué se ha escrito sobre ella y cómo se ha construido un discurso historiográfico. Para lo segundo, saber qué fue lo que movió a los distintos tipos de participantes a involucrarse en una lucha civil y distinguir las diferencias entre esos participantes.

**Eugenia Meyer:** La respuesta más sencilla es: por vocación. Desde mis primeros años de estudiante, sentí una atracción clarísima por la historia contemporánea. La que corresponde al mundo prehispánico e incluso al periodo colonial, me resultaba ajena, francamente me era difícil clavarme en ella. Era claro que me preocupaba mi país, que me interesaban los grandes temas nacionales. Sobre todo que mi formación previa, en la cual mi padre tuvo un papel orientador, me condujo desde el principio a sentir una franca inclinación hacia la Revolución Mexicana. Recuerdo desde niña haber escuchado, con asombro y cierta fascinación, cómo nos refería episodios de la Revolución, y sus juicios de valor sobre los hombres que en ella participaron. Paradójicamente él nació el día que asesinaron a Madero, el 22 de febrero de 1913. Vivió mucho del consecuente desarrollo



Campesinos. Col. Rito y Alfonso Santillana

en provincia, en Chihuahua, Parral, Guadalajara, etcétera, y en su memoria mantenía fresco un anecdotario de los sucesos derivados de la lucha armada, conocidos por él en parte por tradición oral y en parte por su intención de rescatar recuerdos colectivos. Casi me parece escuchar de boca de mi padre los relatos de escenas que, aún niño, presencié durante la rebelión cristera. Lo veo estudiante universitario en la época cardenista, con el maestro Vicente Lombardo Toledano y tantos otros. Me atrevería a decir que el hecho de que un viejo maestro suyo fuera años después mi primer profesor de Revolución Mexicana, contribuyó también a encauzar la atracción que sobre mí ejercía el tema. Mis investigaciones de tesis e incluso la disertación de doctorado versaban sobre la materia. Entre esos ires y venires me encontré con el personaje *sine qua non* de la Revolución, don Luis Cabrera. Él más que nadie, en sus escritos, en sus discursos, en sus libros, me fue guiando hacia el camino de la comprensión. No necesariamente estuve ni estoy de acuerdo con lo que el beligerante Blas Urrea decía o pensaba. Sin embargo era mucho más fácil, con la distancia y la perspectiva que daban 50 años de diferencia, poder juzgar y valorar las cosas de manera diferente.

Durante muchos años persistió en mí la preocupación de encontrar los signos, las huellas y las palabras de quienes hicieron la Revolución Mexicana; esto es, del pueblo. Tantas luchas, tan diferentes de las versiones "oficiales" a las que hice referencia antes, me condujeron a un campo poco explorado para nosotros, que fue el de la historia oral. Fue casi como abrir la caja de Pandora; empecé a encontrar el verdadero arsenal de información, de otro tipo, con otro sentido; la memoria del pasado, los viejos hombres y mujeres que participaron en la lucha, en los años de la reconstrucción; en las etapas posteriores, los maestros de la experiencia socialista, los obreros, los campesinos que contaban su versión de las cosas, su experiencia y, a manera de balance de vida, permitían que nosotros, un grupo de historiadores grabadora en mano, recibiéramos su mayor riqueza, sus recuerdos; así, sencillos, sin sofisticaciones, sin lenguajes culteranos, sin falsas memoranzas y por ello quizá, esa otra ca-

ra de la historia de la Revolución va a adquirir dimensiones desconocidas. De alguna manera fue entonces cuando se consolidó mi preferencia por los aspectos sociales del proceso revolucionario. Estudié la Revolución Mexicana porque siento que es parte de mi presente, parte de mi compromiso intelectual; porque me queda cerca, y la cercanía permite mayor identificación; porque la entiendo prácticamente como si la palpara; porque hasta el día de hoy, me conmueve el enconado esfuerzo de esos campesinos, de esos despojados, de esos desarraigados, que fueron capaces de transformar y poner de cabeza a todo un país, contra el viejo lema de la estabilidad y las promesas de un desarrollo nunca alcanzado.

**Lorenzo Meyer:** En un libro que acaba de aparecer en donde Héctor Aguilar Camín y yo hacemos una descripción y síntesis de la Revolución Mexicana (*A la sombra de la Revolución Mexicana*, Editorial Cal y Arena, 1989), se asienta que esta revolución es el gran acontecimiento histórico del siglo XX y que de alguna manera es el punto de referencia de todos los grandes procesos políticos, económicos, sociales y culturales de 1920 a la fecha. Incluso ahora, cuando desde la cumbre del poder se está modificando o de plano destruyendo el legado de la Revolución, ese acontecimiento sigue siendo el telón de fondo sobre el cual se ensaya la modernización encabezada por Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari.

**Gloria Villegas:** Elementos circunstanciales o anecdóticos pueden explicar individualmente las razones que han conducido a una amplia gama de humanistas (historiadores, politólogos, economistas, sociólogos, etcétera) al estudio de la Revolución Mexicana. Sin embargo, resulta evidente que parte del atractivo obedece a que su análisis permite hallar infinitud de respuestas que explican el México actual. El proceso revolucionario es el gran gozne de nuestra historia; con él se abrieron las disyuntivas de nuestro siglo, en él culminó una época y empezó otra. Aunque es tan rico como cualquier fenómeno, cuando se penetra en el inmenso océano de su complejidad, la magnitud de la crisis que con él vivió el país, lo convierten en una radiografía que

permite observar con claridad las zonas vitales de nuestra sociedad.

La historiografía académica ha tenido sus propias fases. Empezó reconstruyendo el fenómeno en su conjunto y haciéndose cargo del debate teórico que suponía caracterizar "la Revolución". Se discutió reiteradamente si fue burguesa, socialista, nacionalista, o todos los ismos que se quiera. Poco a poco perdió fuerza aquella polémica que pretendía encontrar la mejor etiqueta para definirla.

Corrido el velo de la historia ditirámica, aparecieron nuevos actores al lado de los héroes consagrados en el panteón revolucionario. Sin embargo, gracias al auge de las investigaciones, se ha superado el estigma maniqueo donde figuras y sucesos estáticos e inmutables eran los mudos protagonistas de la lucha armada; la historia académica ha recuperado la Revolución en su perspectiva vital destruyendo los estereotipos que hicieron de sus partícipes apóstoles o villanos, y ha logrado ampliar su noción de actores sociales, ya no sólo ateniéndose a los grupos desposeídos, sino al estudio de todos aquéllos por los que la Revolución habló, para combatirla o defenderla. Hacendados, comerciantes y jefes políticos, rebeldes, gobernadores y caciques, capitalistas y proletarios, etcétera, son algunos de los temas abordados que ofrecen ya una perspectiva más rica del periodo, en cuya complejidad se han estudiado también las figuras individuales con una nueva dimensión.

Hemos aprendido a entender la historicidad en el pensamiento individual y social. Como lo enseñó Eduardo Blanquel, los magonistas, al igual que la mayoría de los revolucionarios, comenzaron en calidad de críticos que querían que el sistema político se reformara y fue la cerrazón de la autoridad la que los empujó a la radicalización cuyo referente ideológico fue el anarquismo. Sabemos también que *La sucesión presidencial*, publicada en 1909 por Francisco I. Madero, no fue flor solitaria en el desierto: mucho antes de que se iniciara la violencia organizada existía una corriente crítica angustiada frente a lo que ocurriría cuando Díaz dejase el poder, y que se expresaba en formas diversas, desde la que adoptaba el joven Antonio Díaz Soto y Gama, según la cual las elecciones de autoridades

municipales eran el único camino para iniciarse en el ejercicio de los derechos políticos (como lo propuso en su tesis presentada en 1901 en la Escuela de Jurisprudencia de San Luis Potosí), hasta la asumida por el también abogado (joven prospecto frustrado de funcionario porfirista), Manuel Calero, quien en un folleto publicado también en 1901, *La nueva democracia*, consideraba que el futuro político de la Nación estaba asegurado si se restringía el sufragio y quedaba establecido el voto directo.

## Definiciones de la Revolución Mexicana

**Arnaldo Córdova:** Definí la Revolución Mexicana como una *revolución política o burguesa*, queriendo indicar con ello que, para mí, no había sido una *revolución social*. Me fundé para ello en el modelo teórico del análisis que Marx hizo de la Revolución Francesa en su opúsculo *La cuestión judía*. Muchos criticaron mi definición porque para ellos las grandes transformaciones sociales y económicas, aparte que políticas, operadas por la Revolución eran razón más que suficiente para considerarla una auténtica revolución social. Rebatí afirmando que todas las revoluciones políticas producen cambios profundos en la estructura social, pero lo que las define es, ante todo, la creación de un nuevo régimen político, de un nuevo Estado. Por eso se les llama, justamente, revoluciones políticas o burguesas. De ellas dice Marx que abolen la propiedad privada sólo para restaurarla y eso fue lo que hizo la Revolución Mexicana. Sigo pensando que mi inicial definición es justa. Ahora bien, el desarrollo de mis estudios me llevó pronto a la convicción de que la Revolución podía ser vista desde muchos más ángulos y caracterizada, por lo mismo, de muchas maneras, todas complementarias y ninguna excluyente: fue antimperialista, nacionalista, agrarista, obrerista, antioligárquica y fue también una gran revolución cultural.

**Gastón García Cantú:** La Revolución Mexicana fue un movimiento democrático, agrario y antimperialista. Planes,

programas y tentativas de gobierno tuvieron esos móviles.

**Alan Knight:** No obstante las interpretaciones recientes que han negado el carácter revolucionario de la Revolución Mexicana, yo creo que sí fue una verdadera Revolución, en dos sentidos vinculados: primero, involucró una movilización popular (especialmente campesina) de enormes proporciones, comparable a otras grandes revoluciones como la francesa, la rusa, la china; segundo, aunque estas fuerzas populares no alcanzaron sus metas, sino muy parcialmente, sí contribuyeron a una transformación importante de la sociedad y la política mexicanas; es decir, yo sostengo que la Revolución introdujo o aceleró cambios estructurales que —si se busca una etiqueta breve y por lo tanto discutible— pueden considerarse como aspectos de una revolución burguesa.

**Carlos Martínez Assad:** Son muchas las definiciones sobre la Revolución Mexicana, y han sido expuestas según las modas teóricas o intelectuales del momento. Ahora hay una posición más cuidadosa y madura como para optar por una definición porque en general estas modas inhiben los análisis y distorsionan la realidad.

Creo, sin embargo, que difícilmente podría negarse su contenido popular de acuerdo con la participación fundamental del campesinado y del movimiento obrero. Tiene, además, la cualidad de ser pluriclasista si se toma en cuenta la presencia de las clases medias —en particular intelectuales y maestros— e incluso de miembros de la oligarquía capacitados para percibir los aires de modernidad que soplaban sobre México.

La Revolución Mexicana expresó, sobre todo, la necesidad de modernizarse en términos políticos y sociales. La ruptura del viejo orden no fue fácil ni contundente, pero los cambios que se dieron permitieron la modernización de los aparatos de gobierno y mal que bien se establecieron canales de mediación que permitieron una cierta proximidad de la sociedad civil y de la sociedad política. La coincidencia encontró su mejor momento en los primeros cuatro años del gobierno del general Lázaro Cárdenas.

**Álvaro Matute:** La Revolución Mexicana sí fue una Revolución. Destesto las concepciones mecánicas. He oído hasta la saciedad que “las revoluciones son cambios de estructuras”. A mi vez pregunto, ¿son las revoluciones cambios de estructuras? Hay demasiado simplismo y chatez en ese pseudofilologismo que se ocupa de catalogar revolución, rebelión, y otros conceptos afines. La gran pregunta es: ¿fueron revoluciones las revoluciones? El caso es que hubo cambios y hubo permanencias. Las cosas no siguieron exactamente igual. Hubo revuelta, hubo revolución y hubo rebelión. Hubo de todo, con diversas intensidades y hubo también el peso del pasado. Compárese 1910 con 1930, por ejemplo. Los “veinte años después” de Cabrera. No eran idénticos los Méxicos de cada uno de esos años. Con respecto a la “clase”, eso nos obsesionaba en los años sesenta. Había discusiones acerca de la revolución “democrático-burguesa”, la “primera revolución social del siglo”. Estoy con Cabrera: “La Revolución es la Revolución”.

**Eugenia Meyer:** Estas dos preguntas: ¿fue una revolución la mexicana?, ¿de qué clase?, engloban cierta trampa, están inducidas, una contiene la otra; porque se infiere que si la Revolución Mexicana lo fue, hay varios tipos de revoluciones. Dejando de lado la pedantería académica y la etiquetación, creo comprender la intención de formularlas así, un tanto provocativamente.

Creo que el proceso que se gestó en los años del pasado siglo y que irrumpe violentamente al iniciarse la segunda década del presente, fue una revolución y quizá habrá que adjetivarla como “muy a la mexicana”, y no encasillarla como democrático-burguesa. No podría ser de otra forma, ya que la rápida sucesión de acontecimientos el caminar y cabalgar del proceso armado; las características tan diferentes de los ejércitos que se constituyeron; los postulados y las soluciones que se dieron, fueron temporales o a largo plazo, responden a formas de ser, de pensar y de actuar mexicanos. Comprendo que a fuerza de clasificar los procesos, los científicos sociales caemos en generalizaciones y en muchas ocasiones forzamos realidades, para que embonen concreta-

mente en un modelo distante e inapropiado. Sin embargo, sería conveniente insistir en que fue una revolución nacionalista, campesina y popular. Nuestra revolución no tuvo pretensiones diferentes a los cambios expresados como deseados y factibles. De alguna manera, el camino se fue torciendo o modificando, para culminar en una reforma. En efecto, se tenían que corregir rumbos de un capitalismo desviado, se le tenía que imprimir un sello nacionalista; se tenía que aglutinar a las masas, se debían generar promesas y expectativas. Por eso tiene la Revolución que diferenciar sus etapas. Quizá sólo en el periodo radical del proceso (1913-1915) se pretendieron cambios absolutos, tajantes; transformaciones reales. Nace el proyecto de destruir los grandes latifundios; de acabar con el ejército federal y, aunque sólo temporalmente, el pueblo experimenta una verdadera participación democrática en la Convención de Aguascalientes. Desde la perspectiva económica, se buscaban nuevas vías de desarrollo. Desde la perspectiva social fue durante la lucha cuando claramente se expresaron las demandas populares. Desde el punto de vista político, el modelo de nación parecía haberse estancado; el complejo empeño de los mexicanos del siglo XIX para conformar su Estadonación, para consolidar un país independiente, parecía obstaculizado a finales del Porfiriato. Ya habíamos vivido dos grandes revoluciones, la de Independencia y la de Reforma. Está claro, entonces, que frente al régimen esclerótico del Porfiriato, los mexicanos buscaron formas políticas y sociales que permitieran inyectar un nuevo dinamismo a la vida nacional. Fue entonces cuando se completó el ciclo de las grandes revoluciones nacionales. Entre el modelo y el proyecto de revolución, que se fueron dando simultáneamente, se va creando una enorme distancia, un abismo insuperable frente a la realidad. Esto fue producto de las circunstancias; por ello quizá, si bien la legitimidad de la Revolución se adquiere en 1917, con la nueva carta magna, la acción misma presenta dos fases en el Constituyente de 1917: la primera, reclama insistentemente la preservación de instituciones y modelos previos, y la otra, la radical, la transformadora, que triunfa sólo en casos aislados, como son la cues-

tión agraria y sobre todo, en lo que respecta a una legislación obrera y al crear la figura innovadora del municipio. En otros aspectos se modifican, se actualizan las formas imperantes, como en el caso de las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

**Lorenzo Meyer:** De acuerdo con el profesor Ramón Eduardo Ruiz, lo que sucedió en México a partir de 1910 fue una rebelión y no una gran revolución. En mi opinión, los argumentos del profesor Ruiz pueden ser válidos pero creo que

lismo, la búsqueda de la industrialización, todo dentro de un esquema autoritario. La Revolución Mexicana arranca el poder a una oligarquía terrateniente y se lo da a una nueva clase que desde el Estado transforma a la sociedad y se transforma a sí misma.

**Gloria Villegas:** La Revolución, en lo que se refiere específicamente al periodo 1910-1917, es un fascinante proceso en donde se muestra que, al no transformarse con armonía las estructuras sociales, económicas y políticas, las contradiccio-



Grupo de rurales.

Fondo Jesús H. Abitia

conviene seguir manteniendo el calificativo de revolución para el proceso que tuvo lugar en México entre 1910 y 1920. Fue una revolución porque destruyó de arriba a abajo una sólida estructura de dominación política. Pese al retraso inevitable, al cambio político le siguió el social, mediante la incorporación de las masas rurales y urbanas al nuevo sistema del poder pero no sin antes haberse destruido a la hacienda y a los hacendados (una de las instituciones económicas y sociales más arraigadas en México) y haberse debilitado o destruido los enclaves económicos y extranjeros.

Como toda revolución, la mexicana no significó únicamente negación de procesos del pasado sino también reafirmación y revitalización de tendencias que ya estaban presentes en el antiguo régimen: la centralización del poder, el presidencia-

nes internas producen efectos impredecibles.

Hoy, el proceso revolucionario ya no es concebido como un raudal de aguas separadas, donde "los buenos" y "los malos" de la historia tradicional se hallan enfrentados. Sabemos ya de los vínculos de Madero con Limantour y con Teodoro Dehesa, concertador este último de un intento de acuerdo entre el presidente Díaz y el jefe de la Revolución; encontramos a Carranza preparando un levantamiento armado contra Madero; descubrimos a Felipe Ángeles, ex director del Colegio Militar —uno de los pocos militares de carrera que aceptó la Revolución—, tratando de ser liga y unión entre zapatistas y villistas. Sabemos hoy también que el régimen maderista no fue derrumbado solamente por la maldad y la ambición de Reyes, Díaz y Huerta,

pues Madero llegó al poder con una fuerza infinitamente más pequeña que la que tuvo como jefe de la Revolución, saldo de las primeras escisiones revolucionarias. Trabajos de historiadores mexicanos y extranjeros han contribuido a esclarecer que no solamente la hostilidad norteamericana provocó el derrocamiento de Huerta sino que su gobierno era insostenible, entre otras razones, por la crisis económica provocada por un déficit generado en virtud de los desmesurados gastos de guerra y de las prebendas otorgadas al ejército.

Comprendemos ahora que aquellos individuos que colaboraron con el gobierno del general Huerta, demonizados por la facción triunfante (Emilio Rabasa concurre como mediador en las Conferencias de Niágara Falls; Toribio Esquivel Obregón negoció un empréstito vital para México; Querido Moheno trató de contener las exigencias de Estados Unidos), no pueden ser condenados por su fugaz pertenencia a un régimen que —también lo sabemos— pareció solución aceptable para muchos mexicanos enemigos de la “anarquía” que consideraron imperó durante los meses de la fallida República Democrática.

Hemos sido capaces de aceptar las paradojas como parte de nuestra historia: Madero, el más convencido defensor del Legislativo fuerte, no escuchó a los renovadores —sus partidarios en la Cámara de Diputados— cuando le sugirieron a principios de 1913 un impostergable cambio de gabinete; la dictadura militar huertista hizo de la defensa del indígena y del obrero uno de sus proyectos más importantes y asignó un presupuesto considerable a la educación; por un desmesurado temor al abuso del poder (“el cesarismo”), la Convención estableció el régimen parlamentario como forma de gobierno, que fue una de las razones determinantes de su fracaso político. Nos explicamos las notorias divergencias entre el radicalismo de la legislación preconstitucional y la moderación de la propuesta carrancista en el seno del IV Congreso Constituyente, y somos capaces de entender el simbolismo que subyace en la bandera que en 1913 firmaron como prueba de unidad los constitucionalistas, muchos de los cuales después fueron entre sí irreconciliables enemigos.

## ¿Nuevos enfoques?

**Arnaldo Córdova:** Cada libro o ensayo que se publica ofrece siempre un nuevo enfoque. Hay nuevos enfoques incluso dentro de la obra de un mismo autor. Eso es inevitable. Claro está, a condición de que a la palabra *enfoque* la entendamos como un punto de vista sobre o como una visión determinada de las cosas y no como un esquema dogmático e inflexible. Los cientos de libros y ensayos que sobre la Revolución se han escrito desde fines de los sesenta ofrecen muchos puntos de vista y una enorme cantidad de opiniones esclarecedoras. Si se les quiere llamar enfoques, podemos entonces decir que ha habido muchos y que seguirá habiendo más. Pero eso no es para mí lo más notable. Desde mi punto de vista lo verdaderamente importante es que hemos llegado, después de veinte años de trabajo, a una acumulación tal de información y de materiales que comenzamos ya a movernos en los ámbitos de una verdadera ciencia. Los que estamos dedicados a estudiar el siglo XX mexicano cada vez nos peleamos menos por cuestiones ideológicas u orientaciones políticas y nos sorprendemos de ver que cada vez estamos más de acuerdo en muchísimas cosas en que antes no lo estábamos y recurrimos con mayor frecuencia los unos a los otros para encontrar la orientación o la información que solos no hemos podido hallar. Quiero decir que cada vez nos dividen menos los puntos de vista ideológicos o políticos y cada vez nos unen más los intereses de nuestra ciencia. Ahora estamos en vías de formar una auténtica comunidad científica de los estudios históricos, si no es que la hemos formado ya. Dicho francamente, yo creo que ya la hemos formado. Desde luego, hablo de los mexicanos, de ningún modo de los extranjeros. Quiero aclarar también que yo no soy historiador, pero me incluyo en la comunidad porque mis trabajos son de carácter histórico, aunque de otra índole, y se han fundado siempre en la cosecha de los historiadores de profesión. Sin los materiales que los historiadores han aportado yo no hubiera podido hacer mi trabajo.

**Gastón García Cantú:** Ningún enfoque

ha surgido que no fuera estudiado desde el fin de la lucha armada.

**Javier Garcíadiego:** La buena situación actual de los estudios de la Revolución Mexicana estriba, precisamente, en la aparición de nuevos enfoques y perspectivas. Particularizar y ejemplificar estos avances a través de ciertos autores o libros puede provocar imperdonables olvidos. Por lo mismo, es preferible destacar, en bloque, las principales características y ventajas de las nuevas tendencias historiográficas. Primero que todo, afortunadamente ha sido superada la perspectiva estrictamente partidista: claro está que el historiador de hoy —como el de siempre— tiene sus preferencias ideológicas; sin embargo, por razones cronológicas, metodológicas y documentales, su partidismo no domina a su oficio. Segundo, la producción actual está generosamente documentada, lo que la hace abrumadoramente superior a la historiografía testimonial, por lo general con argumentos *ad hominem*; hoy en día estas obras han pasado a ser, simplemente, “fuentes” no del todo fiables.

Asimismo, la investigación histórica contemporánea no se limita a las esferas biográfica, política, diplomática y militar, sino que se interesa también en asuntos sociales, económicos y culturales. De la misma manera, hoy en día se ha abandonado la anterior perspectiva nacional, siempre viciada de etnocentrismo: tal pareciera que el único objetivo de todos los revolucionarios fue la Ciudad de México, o que los sucesos regionales sólo pudieran ser conocidos mediante documentos capitalinos. El espectacular desarrollo de la historiografía regional y local ha venido a demostrar que la mayoría de los fenómenos del periodo fueron provocados por problemas de la comarca, y que tuvieron dinámicas y soluciones absolutamente particulares. Del mismo modo, hasta hace unos años la historiografía de la época destacaba a las grandes personalidades, a los caudillos; en otras palabras, era historia “desde arriba”. Uno de los cambios epistemológicos más importantes se manifiesta en la atención ahora prestada a personajes secundarios o a la masa que conformó los distintos ejércitos o movimientos revolucionarios; ahora se hace historia “desde abajo”.

Acaso una última característica importante de la reciente historiografía de la Revolución Mexicana es su carácter crítico y antioficialista. No falta quien asegure que esto coincidió con la independencia y el anticonformismo académicos que trajo el movimiento estudiantil de 1968. Sin embargo, la nueva actitud no es privativa de los intelectuales mexicanos, y también se han asumido posturas críticas y antioficialistas con revoluciones de países que no sufrieron movimientos estudiantiles. Por lo mismo, tal parece que el cambio fue más cognoscitivo que político... afortunadamente.

**Alan Knight:** En muchos sentidos mi interpretación de la Revolución —en su totalidad— es bastante tradicional, y vuelve a las interpretaciones clásicas de analistas como Frank Tannenbaum. Sin embargo, he aprovechado muchos archivos nuevos (o mejorados), así como los muchos y buenos estudios regionales que han aparecido en los últimos años. Aunque no tengo un enfoque metodológico nuevo, creo que, para entender la Revolución Mexicana, vale entender algo de las otras revoluciones mundiales, y de otras insurgencias campesinas. Por ejemplo, creo que el concepto de la “economía moral”, que introdujeron el historiador E.P. Thompson y el sociólogo James C. Scott, nos ayuda a entender la protesta popular en México.

**Carlos Martínez Assad:** En la historiografía de la Revolución Mexicana se han dado aportes fundamentales, pero son sin duda los estudios regionales los que han incidido más claramente en las nuevas interpretaciones. Desde luego se ha avanzado en la historia militar con los trabajos de Alicia Hernández, en la del espionaje con el excelente libro de Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, de los partidos políticos, de las disidencias, de la contrarrevolución, etcétera.

Pero con los estudios de Romana Falcón, Héctor Aguilar Camín, Francisco Paoli y de otros, entre los que me incluyo, se tiene una visión más a profundidad que enfoca el problema desde lo particular para comprender lo general. La perspectiva regional es ahora algo comúnmente aceptado, pero fueron necesarios más de diez años y numerosos es-

tudios para que alcanzara pleno reconocimiento.

**Álvaro Matute:** En los últimos veinte años se han puesto de manifiesto los análisis de los actores sociales de la Revolución y se ha incrementado el estudio regional. En lo particular me interesa la posible correlación de lo internacional con lo regional. El resultado incide en lo que podríamos llamar lo nacional. Es decir, veo que la historia se mueve en tres esferas o ámbitos que tienen distintos centros de interés, pero que necesariamente se tocan. Esto Friedrich Katz lo ha mostrado estupendamente. Lo nacional recibe el impacto del exterior y trata de coordinar las diferencias regionales. La tarea es captar esa dinámica en su justa dimensión.

**Eugenia Meyer:** Como señalaba al principio de la encuesta, la profesionalización del estudio de la Revolución Mexicana, corre paralela a cambios tanto en el análisis como en la interpretación del hecho, lo mismo que el interés marcado de los extranjeros por el estudio de la Revolución, que aún hoy da cuenta de la preocupación de entenderla e interpretarla. Es indudable que la Revolución Cubana marcó un hito fundamental, sobre todo cuando se declaró su carácter socialista, generando con ello una llamada de atención entre los norteamericanos, quienes

optaron por definir a la nuestra como “revolución preferida”. Ciertamente los estudios actuales de la Revolución Mexicana tienden a ser menos globalizadores, menos totalizadores. En su gran mayoría se caracterizan por ser una protesta y una rebeldía contra las versiones oficiales y partidistas. Quizá los estudios son mucho más profundos y sobre todo menos absolutos. Un gran avance fue el reconocer el hecho de que se dieran en forma simultánea muchas y muy variadas revoluciones, a la vez que movimientos contrarrevolucionarios durante el mismo periodo (Oaxaca, Chiapas).

Así también la Revolución ha dejado de ser el eterno cantar a los héroes oficiales para entrar de lleno en el estudio de los múltiples personajes anónimos de los procesos sociales. La Revolución en los enfoques recientes aparece inserta en procesos internacionales, en el contexto mundial o continental, recibiendo o generando ideas y acciones.

De alguna manera las circunstancias de una larga línea fronteriza con Estados Unidos, de los recursos existentes en manos extranjeras, han sido tema fundamental de estudio no sólo ahora sino, me atrevería a decir, desde el momento mismo de la lucha. Basta tan sólo recordar las hemerografías y jugosas bibliografías anglosajonas que dan cuenta de lo escrito por detractores o defensores a sueldo



Gitana leyéndole la mano a Carranza.

CEHM, Condux

de los grandes intereses que se hicieron presentes y siguen siendo materia del fundamental análisis crítico.

**Lorenzo Meyer:** Nunca me he preocupado por determinar en qué medida mis investigaciones y análisis sobre los procesos políticos internos e internacionales de la Revolución Mexicana son nuevos o no. Sin embargo, una de las conclusiones a las que he llegado en parte a través de mis propias investigaciones y en parte interpretando las de otros, es que la Revolución Mexicana sirvió para arraigar, revitalizar y modernizar un proceso político de raíces muy añejas: el autoritarismo. Otro aspecto que me ha llamado la atención en mis trabajos, es que si bien se califica a la Revolución Mexicana como un movimiento popular, los acontecimientos determinantes, y en particular la relación de México con el exterior, son producto básicamente de decisiones e intereses de las élites, y las masas quedan en el trasfondo.

**Gloria Villegas:** En vez de considerar que se han dado nuevos enfoques, habría que afirmar que la historiografía de la Revolución en su conjunto se ha hecho cargo de que ningún fenómeno histórico puede simplificarse; con ello se ha potenciado el estudio de grupos (obreros, campesinos, empresarios, comerciantes), otros asuntos aparentemente ajenos a la lucha (como la cultura de la época), y problemas internacionales, entre otros, que en conjunto permiten descubrir un profundo proceso transformador en el cual la lucha armada o la disputa política fueron sólo algunos de sus facetas más significativas.

## Vetas por explorar

**Arnaldo Córdova:** Sinceramente no podría decir con certeza cuáles enfoques no se han estudiado de la Revolución Mexicana. Es probable que todavía nos haga falta una verdadera historia económica de la Revolución. Ahora, desde hace unos diez años, se están desarrollando pujantemente los estudios regionales, pero todavía deben hacerlo en mayor me-

didada. Hay dos o tres investigaciones clave, como las de Womack (sobre la formación de la clase obrera en el centro oriental del país) y de Katz (sobre Villa y el villismo), que aún deben darnos sus frutos. En la medida en que se amplían y se desarrollan los estudios históricos, políticos, económicos, sociales y culturales sobre la Revolución, pueden muy bien adoptarse dos puntos de vista: uno, que se ha cubierto ya un cierto espacio y que falta menos para cubrirlo todo; otro, que es el mío, que en la medida en que crezca nuestro conocimiento de la Revolución y de la época histórica a la que da comienzo, siempre habrá nuevos aspectos que habrá que conocer o conocer mejor. Será un hermoso cuento de nunca acabar que nos ayudará constantemente a renovarnos y a renovar la masa de nuestros conocimientos.

**Gastón García Cantú:** Un aspecto fundamental debe estudiarse: la Contrarrevolución. Pretender que la Revolución es continua, similar y sexenal es un error. Toda revolución crea su contrarrevolución. El golpe de Estado en 1913 es el inicio de otros episodios políticos y armados para impedir, primero, la formación de un nuevo Estado; después, el cumplimiento de la Constitución de 1917. El asalto al poder constitucional por Álvaro Obregón y los hombres del Plan de Agua Prieta, entre ellos José Vasconcelos, tuvo un fin evidente para quien estudia los sucesos de 1920 a 1934: deformar el Artículo 27 constitucional conforme el criterio de la Suprema Corte de Estados Unidos, la intromisión de este país en los problemas económicos y políticos de México, la detención de la reforma agraria conforme las necesidades inaplazables de los pueblos y de los campesinos sin tierras y el efecto democrático de nuestra soberanía nacional. Intromisión extranjera que da origen, con el conflicto agrario, a la rebelión "cristera" y a la oposición civil de la Liga de Defensa Religiosa. En 1926, Álvaro Obregón, en viaje hacia la ciudad de México, fue detenido sin violencia alguna por un numeroso grupo de yaquis que pretendían hablar con él para persuadirlo de que no fueran invadidas sus tierras del Valle. Obregón se negó y al arribar a México la noticia difundida fue que él había sido

víctima de un atentado. Poco después el secretario de Guerra, Joaquín Amaro, solicitó permiso del gobierno de Estados Unidos —sin duda por medio de la Secretaría de Relaciones— para el paso de tropas mexicanas por territorio norteamericano y caer sobre la retaguardia de los yaquis, que fueron batidos por las cuatro armas del ejército: infantería, caballería, artillería y aviación.

Las aldeas yaquis fueron arrasadas y los sobrevivientes de la insólita campaña contra los que habían sido el principal contingente campesino del Ejército del Noroeste, al mando de Obregón, dispersados y hechos prisioneros. Sus tierras, las ricas tierras del "Naineri", pasaron a propiedad de Álvaro Obregón y hasta la fecha están en poder de sus descendientes.

En el Castillo de Chapultepec, en cuyo alcázar se hospedaba Obregón —era entonces la residencia oficial del presidente, en ese tiempo Plutarco Elías Calles— recibió a la comisión de la Confederación de las Cámaras de Comercio, para entregarle una medalla como premio por su labor agrícola en Sonora! Nadie, en esos días, advirtió la ironía involuntaria. Obregón hizo matar a generales como Lucio Blanco, Alvarado, y fusilar a otros como Buelna y Diéguez, más de treinta de los antiguos jefes de la Revolución; todo ello coincidiendo con la demagogia más cínica de que se tenga memoria, por medio de la CROM de Morones o los discursos de Antonio Díaz Soto y Gama y Alfonso Ramandía Ferreira. Todo ello sin olvidar los Tratados de Bucareli para abrogar de facto el Artículo 27 y lograr el "reconocimiento" diplomático del gobierno de Estados Unidos. Lo que Alessio Robles llamó *El desfile sangriento* es una parte de la historia que tiene en el senador Field Jurado, por oponerse a esos Tratados, una de sus víctimas. La crítica del obregonato la hicieron, en lo legislativo, Isidro Fabela, y en lo político, en el resumen sobre la vida y la obra de Carranza, Luis Cabrera.

El periodo de Obregón —en lo fundamental continuado por Calles— es el de la Contrarrevolución. Queda una vasta labor de rectificación y esclarecimiento de los hechos. Lo que sabemos hace inadmisibles que permanezca el mausoleo dedicado a su memoria, en San Ángel.

**Javier Garciadiego:** El análisis de lo que los franceses llaman "estado de la cuestión" tiene, solamente, una utilidad limitada. En efecto, el listado de "huecos", "lagunas" o ausencias historiográficas es especialmente útil para el director de un seminario de investigación a la búsqueda de varios temas de tesis de posgrado. Sin embargo, las obras de envergadura, de "gran aliento", sólo surgen cuando un historiador se involucra profundamente con el tema, sea o no total o parcialmente desconocido. Por ejemplo, es preferible un estudio más sobre el zapatismo, si el historiador está vitalmente interesado en él, que estudios sobre temas que, aunque desconocidos, no motivan igualmente al historiador en cuestión.

Por otro lado, es incorrecto afirmar que algún asunto está sobradamente conocido, y que por lo mismo deben buscarse otros temas. Necesariamente, dos monografías sobre la misma materia se distinguen, entre muchas otras cosas, por las concepciones personales del autor. Además, todo libro de historia es histórico, por lo que, salvo raras excepciones, cuando menos envejece documentalmente alrededor de cada diez años: un magnífico libro para 1989 no lo será tanto para el año 2000. Más que con un recetario de temas, considero conveniente concluir recordando al historiador que lo que realmente se necesita es que trabaje con escrupuloso apego a su oficio en el tema que le apasione.

**Alan Knight:** Respecto a la Revolución armada, ya tenemos estudios que abarcan muchos temas que antes habían sido descuidados. Como caso omiso, yo solamente mencionaré como ejemplo la historia demográfica (tanto porfiriana como revolucionaria). Apenas conocemos el efecto de la gran pérdida de población que México sufrió durante la Revolución. Respecto al periodo posrevolucionario, hay varios temas todavía descuidados. Nos faltan buenas biografías de Calles y de su secuaz Morones, por mencionar dos casos clave. Cabe también un estudio neorevisionista (es decir, que revise al revisionismo) del conflicto Estado-Iglesia de los veinte. Sobre todo, creo que la historia de los cuarenta espera sus propios historiadores; aunque ellos serían,

quizá, historiadores de la Contrarrevolución más que de la Revolución misma.

**Carlos Martínez Assad:** Aunque ahora son ya abundantes los estudios sobre la Revolución Mexicana, sigue habiendo vacíos importantes. Podría insistirse en la necesidad de trabajar sobre las ideologías y los cambios culturales en el sentido de Córdova o de Brading, sobre la historia diplomática, la vida cotidiana, los procesos de secularización, la organización administrativa, los militares, el clero y el tan recientemente redescubierto género biográfico con Enrique Krauze a la cabeza, entre otros.

**Álvaro Matute:** Se podría trabajar sobre aspectos demográficos, por ejemplo. El mito del millón de muertos sigue siendo utilizado como parte de discursos demagógicos. No sólo se trata de saber cuánta gente murió, sino cómo se revolvió la población. Cuánta movilidad propició la lucha armada, tanto hacia afuera del país como del ámbito rural al urbano. Falta estudiar algunas regiones y algunos estados. Los ejércitos reclaman la atención de los historiadores, así como los eclesiásticos. (Hace poco fueron estudiados de manera excelente los pastores protestantes, por ejemplo.) Sin embargo, la economía es tal vez lo que requiere mayor atención. Después de un artículo señero de Womack, de hace más de diez años, hace falta abundar mucho en ello. Finalmente, nunca está de sobra extender el repertorio de biografías de personajes tenidos por secundarios. Ojalá que todos los participantes de mayor y mediana estatura fuesen sujetos de la atención de los biógrafos.

**Eugenia Meyer:** De inmediato contestaría: muchos y todos; revisar, reevaluar y reinterpretar parecen tareas propias del historiador. Creo que se requiere dar mayor énfasis a la historia social y económica (esto es sin olvidar la política), insistir más en otros aspectos que, por lo general, han sido menos tratados. Sigo pensando que están por escribirse las historias del pensamiento conservador frente a la Revolución; de los porfiristas al enfrentar la lucha armada; de las posiciones de la Iglesia y del ejército pero más que nada, parece ser que la gran búsqueda

son las inexploradas historias regionales y locales. Sería la gran veta que debe empezarse a picar.

Con frecuencia mis alumnos me preguntan y se preguntan si vale la pena seguir insistiendo en temas de estudios sobre la Revolución. Mi respuesta es generalmente afirmativa; va acompañada de muchas sugerencias: recuperar aspectos ideológicos de la Revolución, explorar los canales particulares de ciertas acciones, cierto comportamiento, en ciertos lugares. Todo ello buscando el contrapunto y el equilibrio con esas versiones globales, avasalladoras y por tanto superficiales. Quizá en el campo de la historia social falte mucho por hacer en relación con la vida cotidiana, con las reconstrucciones de los "tiempos de ocio" de generaciones de mexicanos que, en diferentes regiones, vivieron el movimiento de manera especial y sintieron los cambios en su cotidianidad, en su entorno.

**Lorenzo Meyer:** Como nos lo muestra el ejemplo de la Revolución Francesa, una revolución es un fenómeno que nunca queda plenamente estudiado. Las preguntas y temas que hacemos al fenómeno revolucionario dependen básicamente de los problemas y las preocupaciones centrales del mundo en que vive el historiador. Lo anterior significa que es el presente el que nos dicta o nos sugiere los aspectos a estudiar. Si en el pasado se favorecieron las interpretaciones generales, en los años setenta y ochenta florecieron los estudios regionales y se afianzó la idea de que no hubo una Revolución Mexicana sino muchas. En la actualidad se vuelve a discutir la importancia de la participación popular, justo cuando el Estado posrevolucionario entra en crisis.

**Gloria Villegas:** Resulta extremadamente difícil aceptar cualquier enunciación de los aspectos que restan por investigar. Podría ofrecerse una extensa e interminable lista: un archivo, un personaje, un suceso histórico. Cualquier tema podría hoy ser llevado al preciosismo rankiano que aconsejaba escudriñar absolutamente todos los documentos. Se pueden estudiar aspectos novedosos de las negociaciones de paz entre los rebeldes y el gobierno en 1911; el telúrico movimiento del cambio de gobernadores, durante el mandato de

Francisco León de la Barra, que significó la recomposición de las oligarquías regionales. Es posible tener acceso al estudio de clases medias profesionales que estuvieron al lado de los grandes caudillos y que dieron un sello indeleble a todas las determinaciones legislativas y políticas de la época. Más allá de lo que tradicionalmente se entiende por relaciones políticas, es posible analizar el reajuste que genera una insólita movilidad física (inexistente durante el Porfiriato) y que es un fenómeno típico de aquella época. Se

versas perspectivas, determinan la multitud de sucesos que entonces ocurrieron.

Esta es la parte que seguramente continuará haciéndose y que constituye el material de reuniones académicas, tesis y publicaciones especializadas. En la actualidad, independientemente del tema que abordan, muchas investigaciones se hacen cargo de los límites periódicos de la Revolución y dentro de ellos subyacen diversos interrogantes: ¿sólo puede ser mentada como tal la lucha armada, y dentro de ésta la "verdadera" es la en-

gunos, la Revolución está viva en la "unidad nacional" de Manuel Camacho, en la Alianza para la producción de Miguel Alemán, en el proyecto de Echeverría para superar el atraso tercermundista y aletea en los dos últimos sexenios bajo el signo de la crisis.

El inmenso caudal de la investigación académica requiere cauces claros, pues, de lo contrario, amenaza desbordarse sin dirección alguna. Nos falta una interpretación global y amplia del proceso revolucionario, que recoja los excelentes frutos de la producción monográfica de los últimos años. Podría pensarse que lo anterior es pretensión excesiva; sin embargo, hacia allá parece dirigirse la historiografía de la Revolución.

En suma, hemos aprendido a ver nuestra Revolución atendiendo a su propia dinámica, sin que ello signifique ignorar las influencias ideológicas: la presencia de la democracia norteamericana como paradigma o el flujo ideológico de la Revolución Francesa.

La observación de aquella dinámica propia nos ha permitido comprender cómo se abrió con el proceso revolucionario la gran disyuntiva política del México contemporáneo.

## Pensar hoy la Revolución Mexicana

**Arnaldo Córdova:** No me gusta la expresión. Es un galicismo, desde mi punto de vista, muy estrecho y poco eficaz. Todos los que hemos estudiado la Revolución tenemos una concepción o nos hacemos una concepción de la misma y después de que la hemos estudiado modificamos esa concepción de alguna manera. Siempre hay nuevos materiales y colegas que con sus trabajos nos enseñan algo nuevo, que nosotros antes no habíamos visto o habíamos visto mal o sólo en parte. Si *pensar* lo entendemos como hacernos una concepción del mundo histórico en la que sintetizamos el conocimiento que hemos alcanzado, *entre todos*, entonces podemos decir que *pensar* (en) la Revolución Mexicana hoy quiere significar la renovación constante de nuestras concepciones sobre la base de los hallazgos

Museo de la Fotografía, INAH



Carranza al recibir el reconocimiento de los EEUU

pueden abordar, con éxito garantizado, problemas como la desintegración de la familia tradicional y la formación de la "familia de guerrilla"; las expresiones de la cultura, entendida en su sentido más amplio, que en otras palabras supone preguntarse acerca de los valores que están en juego, cuando los individuos de un país en situación tan crítica, hacen música, poesía, pintan y escriben formidables reflexiones históricas.

La investigación académica mexicana y extranjera sobre el periodo revolucionario ha formado una especie de inmensa retícula en la que se pueden ubicar con precisión las coordenadas que, desde di-

cabezada por Madero o Carranza, o si lo es más auténticamente aquel enorme e incontenible flujo social que entraña la de Zapata y Villa? Frecuentemente se debate si es pertinente considerarla concluida hasta que se promulga la Constitución de 1917 o se prolonga hasta la muerte de Carranza, cuando se instaura un régimen de transición, o incluye también los llamados regímenes de la reconstrucción. ¿Llega, tal vez, con una vitalidad que sorprendería a cualquiera, hasta la creación del Partido Nacional Revolucionario o cierra su ciclo cuando Cárdenas por fin logra emprender una serie de cambios sociales? No nos equivoquemos, dirán al-

que logramos cada día a través de la investigación. Otro modo de pensar en nuestra Revolución podría consistir en la adopción de una actitud política frente a ella: ¿es una causa que el tiempo nos ha vuelto ajena o extraña? ¿Sus valores y sus programas políticos y sociales siguen siendo válidos hoy? ¿Ya no tiene nada que ver con nuestra época y nuestros problemas? ¿Seguimos viviendo en su dimensión histórica? ¿Se realizaron o todavía no acaban de realizarse los objetivos que se planteó? ¿Es hora de pensar en algo diferente? Los grupos que hoy gobiernan al país, sostenedores de la ideología y de la política de la *modernización*, cada vez muestran más claramente que, no obstante proclamarse como herederos de la Revolución, para ellos la ideología y los programas revolucionarios son cosa del pasado, antiguallas que hay que mandar de una vez por todas al museo de la historia. Según ellos, estamos en otro mundo y tenemos otros problemas. Pues ése es también un modo de *pensar* (en) la Revolución, con el cual, por supuesto, muchos otros no están de acuerdo, porque piensan, no solamente que los valores y programas revolucionarios son válidos todavía hoy, sino que, por no haberse cumplido o haberse desvirtuado por parte de los grupos gobernantes, el país no ha podido llegar a ser el que los revolucionarios se propusieron que fuera como resultado de su lucha y de sus esfuerzos. Desde luego, estoy más de acuerdo con éstos que con aquéllos.

**Gastón García Cantú:** Periódicamente, no por generaciones, la revisión de los conocimientos históricos es necesaria. El entendimiento de la Insurgencia no se ha detenido, menos aún el de la Reforma y la Revolución de 1910. Al rescate de archivos personales y la publicación de inéditos sigue el de versiones más aproximadas a la verdad de la historia. No existe en parte alguna el pasado como un conocimiento fijo en el tiempo. Hoy, por ejemplo, Momigliano ha revelado aspectos desconocidos en *La historiografía griega*; Delio Cantimori, nuevos puntos de vista sobre el *Humanismo y religiones en el Renacimiento*; Arthur M. Schlesinger jr., después de su notable *La era de Roosevelt*, un panorama distinto al conocido en *Los ciclos de la historia americana*, o al aproxi-

marse el bicentenario de la Revolución en Francia, Jacques Godechot, en *La toma de la Bastilla (14 de julio de 1789)*, aportó un conocimiento más apegado a lo ocurrido ese día.

Las grandes síntesis de Braudel sobre el Mediterráneo renovaron la visión de la historia en el mar interior del sur de Europa y el norte de África; lo mismo podría decirse de los estudios de Lucien Febvre sobre Erasmo o de los imprescindibles de Bataillon. El conocimiento del pasado desde el presente se ha enriquecido aún más de lo que lograron los historiadores de los siglos XVIII y XIX. Lo nuevo lo es porque descubre lo que parecía concluido.

La palabra *enfoque*: descubrir y comprender los puntos esenciales de un problema, nada tiene que ver con el afán de notoriedad que se procura siempre por medio de una tendencia viciosa para el conocimiento: la novedad. Un ensayo sobre Fray Juan de Zumárraga y los inicios de la imprenta en nuestro país puede ser más actual, en el sentido de ignorado, que la noticia de la Comunidad Económica Europea. Y ya que nos referimos al siglo XVI debemos citar los estudios, ensayos y compilaciones referentes al trabajo y al servicio de los indios por don Silvio Zavala, nuestro mayor historiador, a quien debemos el conocimiento de aquel primer siglo de nuestra historia.

El estudio de la historia es inacabable como el de todos los aspectos de la cultura. Sólo es posible pensar en lo que se conoce.

**Álvaro Matute:** El presente siempre debe dialogar con el pasado. Ese es el sustento de la historiografía. Hay que pensar la historia de México, toda, y la de la Revolución como parte. Pensarla significa buscar respuestas. No siempre las habrá en los hechos del pasado, pero es indudable que el revisarlos ayuda a entender mejor la dinámica temporal en la que estamos metidos.

**Eugenia Meyer:** Según la proposición del francés François Furet y su espléndido estudio sobre cómo *Pensar la Revolución Francesa*, no cabe duda que la nuestra puede ser pensada de manera muy diferente hoy día. Tenemos los recursos, los

instrumentos de análisis y, más aún, tenemos la voluntad de opinar sobre las viejas figuras pétreas de la historia de la Revolución Mexicana, y de discrepar de ellas.

Al filo del siglo XXI, la consideración de las circunstancias en que el país se encontraba al terminar la década primera, nos obliga a reflexionar y a hacer un análisis comparativo. Un país como el nuestro con más de 80 millones de habitantes, debatiéndose en un mundo tan conflictivo como el presente, vislumbrando el nuevo siglo, impone a los intelectuales, a los científicos sociales y más concretamente a los historiadores, la obligación de hacer un verdadero balance y de expresar juicios de valor más atrevidos, seguramente críticos, alrededor del proceso revolucionario. El compromiso profesional, el compromiso individual como parte de la sociedad civil, exigen un ajuste de cuentas, a manera de colofón, sobre lo que fue la Revolución Mexicana, sobre sus etapas, metas, sus alcances y los pocos o muchos logros. Así también, entiendo que la Revolución Mexicana fue un proceso en la historia nacional, que definió a los mexicanos del siglo XX, pero en forma alguna se puede seguir pensando que la realidad actual de una sociedad altamente urbanizada, proletariada y quizá pauperizada sea la sociedad a la que aspiraron los revolucionarios de 1910.

Sin embargo, pensar hoy la Revolución Mexicana, permite entender y comprender con claridad el siglo XX mexicano y contribuir, de alguna manera, a la búsqueda de formas nuevas, nuevas posibilidades para el cambio; significa también que este apasionante y fundamental proceso que hemos vivido en el último año, con proposiciones fundamentales de democracia y sufragio efectivo ya demandado en 1910, hoy por hoy siguen presentes, al igual que la búsqueda de una mayor justicia social y la defensa de la soberanía nacional, principios básicos.

Hoy como entonces son principios válidos. Hoy más que entonces, las abismales diferencias sociales se significan como un "yo acuso" del proyecto revolucionario inconcluso o abandonado que sin duda debió alcanzar hace mucho tiempo la mayoría de edad o proponer el nuevo modelo que deseamos alcanzar.

**Lorenzo Meyer:** Esta cuestión está directamente relacionada con la anterior. Lo que hoy nos interesa de la Revolución Mexicana es producto de la crisis del sistema posrevolucionario; su crisis política, económica, social y moral. Hoy le preguntamos a la Revolución Mexicana, por ejemplo, ¿en qué medida lo que se inició como una llamada a la democracia terminó por crear instituciones y actitudes profundamente antidemocráticas? Hoy le preguntamos a los estudiosos sobre la Revolución Mexicana: ¿cómo y por qué las masas que fueron incorporadas resultaron incapaces de imponer sus visiones e intereses por sobre los de las élites? En fin, tanto lo que hoy vemos como obstáculo a la democratización mexicana como aquello que suponemos puede auxiliarle, tiene raíces en la Revolución Mexicana, y eso es algo vital, que nos afecta y que nos interesa averiguar.

**Gloria Villegas:** Pensar hoy la Revolución significa preguntarse por el presente y futuro de nuestro país, en el seno de una sociedad mucho más politizada que la que tuvo México hace 30 o 40 años. Al margen de cualquier consideración anecdótica o partidista, vivimos el agotamiento de la opción política que escogió la facción triunfante: un poder ejecutivo fuerte, sancionado constitucionalmente, que condujo al presidencialismo, remozado con la creación de un gran partido nacional. Esa opción, al realizarse plenamente, ha agotado sus posibilidades históricas, ha cumplido su fin, como en su momento lo hizo la dictadura porfiriana.

La alternancia del poder, el legislativo fuerte, fue la otra gran posibilidad histórica que nació después del derrocamiento de la dictadura porfirista; aquella que Madero, creyente en la aptitud del pueblo para la democracia, trató de hacer una realidad durante su gobierno; y la que sin mucho éxito supuso existente la Convención cuando determinó el establecimiento del régimen parlamentario. Insatisfecha durante todo lo que va del siglo, aparece aún como la gran posibilidad histórica de nuestra vida futura como Nación.

La Revolución Mexicana no es un convidado de piedra en el discurso político como tampoco lo es en la investiga-

ción académica. Quien se enfrente a ella por cualquiera de ambos caminos no podrá eludir definición y compromiso vital.

## ¿Subsiste la Revolución Mexicana?

**Gastón García Cantú:** En la Constitución y los móviles reformadores de las organizaciones campesinas, de trabajadores y en algunos actos de los gobiernos contemporáneos.

**Alan Knight:** En el mito, en los muros, en la retórica política, por supuesto. Es difícil medir el efecto de todo esto, pero uno puede presumir que el efecto legitimador de la Revolución oficial ha disminuido mucho en los últimos años. El éxito del (neo)cardenismo refleja claramente el hecho de que este movimiento le ha arrebatado al régimen la bandera de la Revolución popular, campesina, nacionalista. En otro sentido, más profundo, se puede decir que los efectos históricos de la Revolución ya forman parte de la experiencia histórica mexicana: es decir, la Revolución llevó a cabo un proceso de transformación (del Estado, de la sociedad) que no permite retroceder. Forma el meollo de la experiencia histórica mexicana del siglo XX. Aun sus críticos han tenido —y tienen— que definir su posición en términos de la Revolución y de su amplia herencia.

**Álvaro Matute:** Como diría Croce respecto de Hegel: “hay lo vivo y lo muerto”. De todo el pasado hay cosas vivas y cosas muertas. Con el tiempo hay cosas muertas que resucitan y cosas vivas que se mueren. Como conjunto global, la Revolución hace mucho dejó de existir, al igual que, por ejemplo, la Reforma o el Porfiriato, pero de estas etapas, así como de la Revolución, quedan cosas o aspectos vivos, coexistiendo a pesar de que unas se contrapongan a otras. La historia no es lineal.

**Lorenzo Meyer:** Todas las revoluciones subsisten; todas son, por lo menos, puntos de referencia para intentar el presente y planear el futuro.

## Corrientes ideológicas del movimiento revolucionario

**Gastón García Cantú:** Las tres fundamentales: la democrática, la agraria y la antimperialista.

**Alan Knight:** Casi todas las corrientes ideológicas de la Revolución perduran de una forma u otra. Menciono las cuatro más sobresalientes: el liberalismo democrático de Madero, otra vez invocado por Vasconcelos en 1929, tiene muchos ecos hoy día (inclusive la fe maderista de que la democracia solucionaría toda una gama de problemas sociales y económicos); la pobreza y la protesta campesina siguen, dando motivo a movimientos con un énfasis local, reivindicador, que a veces enarbolan una bandera explícitamente zapatista; y, dentro de la “familia revolucionaria”, se notan dos corrientes, una que yo llamaría (por falta de otra palabra) el “desarrollismo” de los carrancistas y sonorenses —con su afán de “modernizar” tanto la economía como al pueblo de México; y otra el cardenismo, producto originalmente de la intersección histórica de la Revolución y la depresión mundial, que ha recobrado fuerza frente a la crisis económica de los ochenta.

**Álvaro Matute:** De las diversas corrientes ideológicas presentes exactamente como se dieron en su momento, ninguna perdura. Hay restos. Creo que eso sería, más que historia, arqueología de la Revolución. Por otra parte, es difícil encontrar corrientes ideológicas “puras”: liberalismo, anarquismo, socialismo. En la Revolución estas corrientes fueron matizadas por circunstancias concretas. Además hubo, con ellas, actitudes, como por ejemplo el jacobinismo de los constituyentes radicales, que eran liberales como sus antagonistas. Pero, en suma, ninguna perdura. Las corrientes, en cuanto tales, se han enriquecido o modificado. La realidad también. Muchas posturas de entonces hoy serían anacrónicas. En otro orden de ideas, los “ismos” revolucionarios han subsistido como retórica, no como realidad. Me refiero al agrarismo, al obrerismo. Ahora bien, si se insiste en el

diálogo presente-pasado habría que buscar lo vivo de tendencias, corrientes y actitudes, cotejable con lo vivo de la realidad actual. Pongamos por caso el afán democrático que inspiró al maderismo. Eso está absolutamente vigente.

**Lorenzo Meyer:** Creo que perduran básicamente dos: la corriente que demanda introducir la vida política mexicana en los cauces democráticos, y la corriente que insiste en cumplir las promesas de la justicia social disminuyendo desigualdades históricas entre regiones y clases.

## Personajes de los que se habla

**Gastón García Cantú:** En la democracia, Francisco I. Madero; en la lucha por la tierra, Emiliano Zapata; en la defensa de la independencia y la soberanía, Venustiano Carranza.

**Alan Knight:** Cualquier lista de personajes ponderada sería demasiado larga para poner aquí. Además —sin negar la importancia de los individuos en el proceso histórico, ya sea en México o en cualquier país— yo desconfío de la escuela de historiografía que subraya el papel de los “grandes hombres”.

**Álvaro Matute:** Desde luego que los caudillos. Ellos protagonizaron, condujeron a las masas. Todos por igual, cada uno en su ámbito y en su momento: Madero, Zapata, Villa, Carranza y Obregón. Mención especial merece el único individuo de dimensión heroica: Flores Magón. Los caudillos pueden ser todo menos héroes. Se les conocen demasiadas flaquezas. En la segunda fila, valga la paradoja, hay personajes de primera. Siempre me atrajo Cabrera y muchos del ramo civil. Entre los militares me llama la atención Diéguez, por razones incluso familiares, pese a lo arbitrario que llegó a ser. Hay “contrarrevolucionarios” que merecen toda nuestra atención y respeto como figuras históricas, por ejemplo los individuos del “cuadrilátero”. De los sonorenses, me simpatizan De la Huerta y Hill. Otro general atractivo es Cesáreo

Castro. De los convencionistas, me quedo con Eulalio Gutiérrez. En el Constituyente, vale la pena rescatar a Martínez de Escobar, a Héctor Victoria. Por último, me mordería la lengua si no menciono a mi propio abuelo, figura ciertamente menor, el general Amado Aguirre, pero fue mi primera figura revolucionaria, porque por él me enteré de todo eso y no paro en rendirle homenaje.

**Lorenzo Meyer:** En virtud de la respuesta que di a la anterior pregunta, los personajes centrales son dos: Madero, el demócrata, y Lázaro Cárdenas, el obsesionado por la justicia social.

## ¿Partidos en la Revolución Mexicana?

**Gastón García Cantú:** Los hubo: el Antirreeleccionista, el Católico, el grupo renovador de la Legislatura de 1912, las Ligas agrarias de Veracruz, el principio del sindicalismo en la Casa del Obrero Mundial, las Ligas agrarias de Tamaulipas y, poco después, el Partido Socialista del Sureste, el Socialista Veracruzano, el de Tamaulipas...

**Alan Knight:** Por supuesto que hubo partidos en la Revolución: primero, los partidos de oposición (magonista, reyista, maderista) que se enfrentaron a Díaz, así iniciando el proceso de revolución; segundo, los numerosísimos partidos (8 000 según una fuente) que proliferaron en los años veinte, antes de que se formara el PNR. Vale observar, sin embargo, que fueron las fuerzas armadas —maderistas, zapatistas, villistas, carrancistas— las que derrocaron al antiguo régimen; que ningún partido hegemónico encabezó la revolución armada; que el partido oficial se estableció una década *después* de la Revolución, como una maniobra —en un momento crítico— para unificar a las élites revolucionarias. Es decir, el partido fue hijo de la Revolución, no (como se podría decir, en cierto sentido, en la URSS) viceversa.

**Álvaro Matute:** Creo que no hubo partidos en cuanto actores de la Revolución.

Las organizaciones así llamadas se fueron dando sobre la marcha y desaparecieron cuando cumplieron su función, como el Antirreeleccionista de Madero. La Revolución fue muy pragmática.

**Lorenzo Meyer:** Si tomamos el periodo 1910-1920, podemos decir que los partidos políticos eran estructuras aún muy endebles, que sirvieron para iniciar el proceso revolucionario (Partido Antirreeleccionista) pero quienes realmente lo desarrollaron y condujeron hasta sus últimas consecuencias fueron los grupos armados y no los partidos: constitucionalismo, carrancismo, villismo y zapatismo.

## La Revolución y el Estado mexicano moderno

**Gastón García Cantú:** El Estado moderno es, en parte, histórico al continuar la consolidación de la Reforma y, en parte, el surgido del movimiento armado y de su conclusión jurídica en la Constitución de 1917.

**Alan Knight:** Un tema enorme y discutido. La historiografía reciente ha tendido a subrayar mucho el auge del Estado mexicano como resultado de la Revolución. Claro que la Revolución —durante un largo y complejo proceso de cambio— echó las raíces del Estado moderno. Sin embargo, hay que precaverse de algunas exageraciones. Yo sugeriría, primero, que la creación del Estado “Leviatán” fue más lenta, y menos completa, de lo que a veces se imagina. En otros términos, la sociedad civil resistió, con éxito, varios proyectos estatales; también (especialmente si se piensa en las élites regionales) la sociedad civil supo colonizar y manipular al Estado (lo contrario no fue siempre así). Sería mejor ver el efecto de la Revolución como el de fomentar una imbricación más íntima entre Estado y sociedad civil, sin asumir que el Estado (“Leviatán”, “absoluto”, “todopoderoso”) ejerce un control tan completo y cabal.

**Álvaro Matute:** Fue definitivo el papel del proceso revolucionario en la confor-

mación del moderno Estado mexicano; éste es una amalgama de la herencia porfiriano-liberal y la Revolución que, de 1917 a 1938, concluyó los ajustes a la máquina.

**Lorenzo Meyer:** El papel fue decisivo, pues la Revolución Mexicana puso al Estado como la fuerza fundamental que moldearía a la sociedad civil mexicana.

## La Revolución cultural

**Gastón García Cantú:** La Revolución, en lo cultural, principia en la crítica al antiguo régimen en el Ateneo de la Juventud; en la Universidad Popular por ellos fundada; en la generación de 1915, llamada de "los siete sabios"; en la pintura mural de Rivera, Orozco y Siqueiros; en el rescate de las artes populares por Adolfo Best Maugard y Jorge Enciso, entre otros; en las novelas de Mariano Azuela, no poco de la música de Manuel M. Ponce y en las páginas magistrales de Martín Luis Guzmán; en la obra educativa de José Vasconcelos —dos años y medio en la Secretaría de Educación— no sin que su obra tuviera el origen contrarrevolucionario del obregonato; en el conocimiento de la arquitectura del pasado colonial por Jesús T. Acevedo; en los estudios arqueológicos que van de las enseñanzas de Herman Beyer a Enrique Juan Palacios, Acosta, Ruz Lhullier, Alfonso Caso... en los fundadores de las instituciones y los partidos políticos. A la generación de 1915 debemos, por ejemplo, la idea de la Universidad Autónoma —propuesta en 1917—; la libertad de cátedra, expuesta por Antonio Caso; la Ley Orgánica de 1945, resultado de sus luchas anteriores; la fundación del Instituto de Antropología e Historia, por Alfonso Caso, además de la Escuela respectiva; del Instituto de Investigaciones Estéticas por Manuel Toussaint; el de Cardiología por Ignacio Chávez; los partidos —dígase lo que se dijere—: el PNR por Calles; el PAN por Manuel Gómez Morín, y el Partido Popular, después socialista, por Vicente Lombardo Toledano. Ya lo dijo Madero, sin partidos políticos no existe la democracia. Los partidos son parte in-

separable del desarrollo cultural y social de nuestro país.

**Alan Knight:** Una pregunta muy interesante. Durante la Revolución armada diferentes "proyectos" culturales se encontraban en pugna. La facción, o coalición, triunfante, la de Carranza, que dio lugar, después, al régimen sonoreño, tenía un proyecto cultural algo distintivo, que involucraba el nacionalismo (tanto político como económico), el anticlericalismo, y (repito la palabra, aunque no me gusta mucho) el desarrollismo; estos fueron elementos vinculados en un proyecto bastante claro y articulado para reformar (quizá revolucionar) la sociedad. El régimen se esforzó (a través de la propaganda, la educación, las leyes contra la Iglesia y las inversiones extranjeras) para crear una ciudadanía integrada, educada, sana, limpia, trabajadora, patriótica. El proyecto de educación socialista de los treinta representaba una nueva iniciativa, un nuevo énfasis, aunque tenía mucho que ver con el proyecto callista anterior. Lo importante es subrayar que estos proyectos fallaron: el Estado no pudo crear el nuevo hombre revolucionario; al fin, la asimilación de la sociedad mexicana fue obra no del Estado revolucionario, sino del mercado de masas, y de la cultura de masas, que tenía orígenes y matices muy diferentes.

**Álvaro Matute:** Sí hubo Revolución cultural, a corto, mediano y largo plazos. En el primero, el intento del Ateneo de la Juventud de educar a las masas para convertirlas en una sociedad de *ciudadanos*, protagonistas de una verdadera democracia. Además de ello, el Ateneo estableció bases nuevas en el trabajo intelectual y artístico, que trascendieron la bohemia y la tertulia de fines del XIX. El intelectual ocupó la academia y trató de hacer de ella algo dinámico y trascendente. Se tiende a pensar que los ateneístas eran nacionalistas, pero en realidad eran más cosmopolitas. El nacionalismo les vino, tanto a ellos como a los más jóvenes, en el plazo mediano. Ahí están los muralistas, los músicos (Ponce, Revueltas, Chávez, y después Galindo y Moncayo), los novelistas de la Revolución. A largo plazo, el resultado es la cultura mexicana contemporánea, sea ésta lo que sea, con

sus bandazos entre lo nacional y lo universal, sus intentos de integración con las masas o de dirigirse sólo a las élites, pero, finalmente, algo vivo y actuante que nos formó y que tal vez llegó a su fin. Cabe agregar que es lamentable la derrota sufrida por el afán ateneísta de hacer de la lectura el mayor bien común posible. (Vasconcelos y los libros verdes, Reyes y el "quiero el latín para las izquierdas", etcétera.)

**Lorenzo Meyer:** Desde luego que se dio una Revolución cultural. Uno de los propósitos de la Revolución es dar a las clases subordinadas la dignidad que una larga historia de coloniaje y explotación les había negado.

## Vencedores y vencidos

**Gastón García Cantú:** Primero, que las jóvenes generaciones estudien la Revolución. No existe una versión, o visión, de los vencidos y otra de los vencedores. La historia de la Revolución tiene un capítulo político, el más importante sin duda; otro, de la lucha por la tierra; uno más, sindical; otro, importante, jurídico; el social que comprende la situación de las clases y sus luchas, el de las relaciones con Latinoamérica y el de la oposición a Estados Unidos. Victoriano Huerta, Félix Díaz, el Episcopado de 1926 a 1929, Adolfo de la Huerta o Gonzalo Escobar fueron, en diferentes aspectos militares y políticos, los vencidos; su historia tiene dos aspectos: la de sus aventuras, usurpaciones, rebeliones —la de Saturnino Cedillo no pasó de una escaramuza— y asonadas que son parte de los problemas de la Revolución. La única visión de los vencidos fue la relatada en 1521 después de la caída de Tenochtitlan.

**Alan Knight:** Cada historiador tiene su propia visión. Es mejor que los jóvenes tengan un conocimiento de las varias interpretaciones, para que puedan apreciar la complejidad de la historia, y la falta de *consenso* histórico. En cuanto a "la visión... que trascienda la de la historia de los vencedores y los vencidos", vale

acordarnos que la historia (de la Revolución) sí tuvo sus vencedores y vencidos, y que la idea de una Revolución consensual, unificadora, forma parte clave de la ideología oficial y mitificadora.

**Álvaro Matute:** Fundamentalmente, hay explicar qué llevó a los revolucionarios a serlo, es decir, explicar qué hizo revolucionarios a quienes al final resultaron vencedores o vencidos. Asimismo, hay que desmitificarlos, bajarlos de los pedestales, humanizarlos, presentarlos con sus flaquezas, debilidades, miserias al lado de sus grandezas. Ya basta de biografías acartonadas. Y en ese sentido cabe aclarar que muchos de los considerados vencidos, se convirtieron en vencedores en la memoria histórica. Hoy en día resultan más atractivos Villa y Zapata que Carranza y Obregón, a pesar de múltiples discursos que los presentan como "bandidos" o imprevistos. Hay que insistir en que la comprensión es la mejor manera de llegar a la explicación. Sobre todo, debe insistirse en los orígenes sociales de los revolucionarios, el que se entienda que eran personas normales, aquejados por problemas cotidianos, y que tomaron la decisión de lanzarse a la "bola".

**Lorenzo Meyer:** No veo por qué debe de presentarse una visión de la Revolución Mexicana que no sea la historia de los vencedores y los vencidos. La esencia de toda revolución es derrotar al adversario, si no ¿para qué hacerla? Ahora bien, cada generación debe de dar forma a su propia visión de la Revolución Mexicana, y lo hará en función de sus preocupaciones, de los conflictos más importantes del presente y de las posibilidades hacia el futuro inmediato.

## La historia oficial

**Gastón García Cantú:** No existe una "historia oficial" de la Revolución; sí, la que proviene de su estudio, lo que excluye las improvisaciones. Lo deseable es que los nuevos conocimientos sobre el pasado inmediato del país sean asimilados por quienes escriben los textos para las escuelas primarias y secundarias.

**Álvaro Matute:** Creo que en todo modifican las nuevas interpretaciones de la Revolución la historia oficial. Se han destruido mitos, se ha bajado del pedestal a los llamados "héroes". Lo fundamental es que se ha rescatado a los "actores sociales" en contraposición a los individuos iluminados, ungidos. El mito de la infalibilidad —o dogma— de los dirigentes ha sido destruido y es importante que se enseñe que los líderes son la expresión de la colectividad y a ella se deben, y que la colectividad puede —y debe— imponer en ellos su voluntad. Por otra parte, las versiones oficiales, no sólo las didácticas sino también las de los discursos cívicos de aniversario, pecan de mecanicismo. La historia se presenta como algo excesivamente acartonado, cuando en realidad es algo vivo que tiene que ver con todos. Igualmente tenemos las contradicciones evidentes: el 10 de abril se rasgan las vestiduras por Zapata y en la práctica cotidiana el agrarismo es una pieza de museo.

**Lorenzo Meyer:** Creo que la historiografía académica de la Revolución Mexicana difiere de la "oficial" en el hecho que subraya las incongruencias entre los proyectos y la realidad, entre lo que se pretendió hacer y lo que realmente se hizo, entre una legitimidad basada en la democracia y la justicia social y una realidad básicamente autoritaria.

## La Revolución Mexicana en la historiografía universal

**Gastón García Cantú:** La importancia de la Revolución Mexicana para la historiografía internacional ha sido contradictoria. La mentalidad colonial, de la que aún no se desprenden muchos mexicanos, nos hace dependientes de las versiones de algunos extranjeros: Alperovich y Rudenko, por ejemplo, de los soviéticos; Cumberland o Ross de los norteamericanos, y Guerra o Chevalier, su maestro, de los franceses. La visión extranjera puede auxiliar pero jamás suplir al conocimiento que conquistemos de nuestro pasado. Como interpretación de-

cisiva de la historia de la Revolución, ninguna obra extranjera podría citarse. Son aproximaciones y tentativas no siempre debidas a un método científico: comprobación de las afirmaciones en lo posible o bien a una hipótesis que se persigue por entre las contradicciones de los hechos para eludir la demostración. Un ejemplo: la obra de Jean Meyer sobre la rebelión "cristera".

La historia de la Revolución Mexicana no está por hacerse en el sentido de que nada se hubiera escrito. Son más de cien los volúmenes publicados por el Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, con valiosas aportaciones a la historia regional de ese movimiento; además de la *Historia de El Colegio de México*. Berta Ulloa, en *Revolución Mexicana. 1910-1920*, por ejemplo, compiló 1803 fichas bibliográficas; en *Fuentes para la Historia Contemporánea de México*, libros y folletos, periódicos y revistas se dispone de ocho volúmenes.

La historia de la Revolución no está por hacerse sino por estudiarse. De su estudio saldrán sin duda obras de crítica que serán la corona del conocimiento.

**Alan Knight:** Se nota que, mientras los historiadores mexicanos se han dedicado a profundizar temas dentro de la historia de la Revolución, algunos historiadores extranjeros han tratado de escribir síntesis más globales de este fenómeno. Esto es, creo, un resultado natural de las situaciones —geográficas e institucionales— en que ambos grupos se encuentran. Otro punto interesante (y lamentable) es que los estudios comparativos de la Revolución (que ahora son numerosos) muchas veces descuidan y/o interpretan mal al ejemplo mexicano; se concentran en los casos francés, ruso, chino, (véase, por ejemplo, el influyente libro de Theda Skocpol, *Los estados y las revoluciones sociales*). Creo que la historiografía de la Revolución Mexicana, que ha avanzado tanto en las últimas décadas, debe incorporarse más al análisis comparativo, internacional, no solamente para reforzarlo a éste, sino también para facilitar el aporte a aquélla de nuevos enfoques teóricos y comparativos.

**Álvaro Matute:** Habría que distinguir dos niveles. El de los especialistas —mu-

chos de ellos notables— que han investigado y producido textos señeros sobre la Revolución. Al lado de ellos hay un elevado número de estudiosos más o menos anónimos, es decir, todos aquellos que en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania y otros países llevan cursos y elaboran trabajos o tesis sobre la Revolución. Si no existiera ese elevado número, no habría historiadores destacados como un Womack, un Katz, un Guerra o un Knight —cuatro nacionalidades—. El hecho, pues, de figurar la Revolución en programas de estudio de universidades de todas partes, da un ejemplo de su

hay vasos comunicantes entre lo que sucede en su espacio y lo que sucede en otro al mismo tiempo. Hay poca universalidad y demasiada especialización. Estamos en la Torre de Babel.

**Lorenzo Meyer:** Cualquier estudioso actual sobre la Revolución Mexicana tiene que consultar obras publicadas en inglés, francés, alemán o ruso. Esta bibliografía en otros idiomas que no son el español, es un indicador objetivo del interés que despierta el fenómeno de nuestra revolución más allá de México. Todo proyecto de estudio sobre las revoluciones moder-

“La impresión de que México avanza hacia una nueva época histórica que dice adiós a las tradiciones más caras y a los vicios más intolerables de la herencia histórica que conocemos como Revolución Mexicana. No es fácil predecir a dónde va pero es posible reconocer de dónde viene la sociedad mexicana de fin de milenio.”

Es sin duda debido a ello que ha arreciado en los últimos años la disputa ideológica por sus banderas y la polémica histórica sobre su significado. Mientras que el país conoce un inesperado resurgimiento de añejas ideologías de origen revolucionario, investigadores extranjeros han publicado seis libros importantes que aportan no sólo información nueva sino también teorías interpretativas que reaniman discusiones aparentemente extintas. Ellos son por orden de aparición: Hans Werner Tobler: *Die Mexikanische Revolution* (1984); François Xavier Guerra: *Mexique: de L'Ancien Régime à la Révolution* (1985); Alan Knight: *The Mexican Revolution* (1986); John Tutino: *From Insurrection to Revolution in Mexico (1750-1940)*, (1986); John M. Hart: *Revolutionary Mexico* (1987), y Friedrich Katz, editor, *Riot, Rebellion and Revolution* (1988).

Uno de los aportes más sugestivos de Tobler es su periodización de la Revolución. A diferencia de la mayoría de los investigadores que la consideran concluida en 1917 o 1920, este investigador extiende su duración hasta 1940. La idea no es nueva; ya a finales de esa década Daniel Cosío Villegas y Jesús Silva Herzog habían extendido su certificado de defunción. El mérito de Tobler ha sido utilizarla como hipótesis básica para la elaboración de una historia general de la Revolución. Él propone un desdoblamiento del término: *Revolución armada* (1910-1920) y *Revolución tardía* (1920-1940) o bien *Revolución en el sentido estricto* para designar el primer periodo y *Revolución en el sentido amplio* para englobar el conjunto del proceso. Esta ampliación se basa en tres argumentos: las reformas cardenistas hubieran sido imposibles como lo demuestra la experiencia de otros países latinoamericanos, si el ejército oligárquico no hubiera sido destruido durante el periodo de la lucha armada; la Constitución de 1917 es la anticipación programática de las reformas de 1935-38



Artesana ceramista. Fondo C. B. Waite, AGN

importancia en la historiografía internacional. El otro nivel es más complejo: ¿cómo está integrada la Revolución Mexicana en las historias universales elaboradas en otros países? Realmente no he seguido esto con el rigor suficiente para permitirme dar una respuesta, por lo cual sólo me limito a preguntar. No obstante, pienso que la situación deja mucho que desear y que habría que intentar historias verdaderamente universales en las que se evaluara toda la acción humana en el tiempo y el espacio. Desde luego hay esfuerzos, pero tan especializados, que no

nas tiene que tomar en cuenta a la Revolución Mexicana.

**Enrique Semo:** México sigue viviendo, como lo sugiere el título de la obra más reciente de Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana*. El sistema político que debe ser reformado y la estructura económica que está siendo modernizada son herencias de la Revolución. Todo proyecto coherente para el futuro tiene su inicio en un balance objetivo de ésta. Los mexicanos tenemos, como lo afirman en su prólogo,

y la élite cardenista fue el último gobierno de veteranos de la Revolución formados en los años de lucha contra el viejo régimen. En la perspectiva de las transformaciones sociales, las diferencias en periodización cuentan mucho. Si la Revolución concluyó en 1917, fue un relativo fracaso; si en cambio su duración se extiende como lo hace Ernst Tobler hasta 1940, cuenta con éxitos innegables. A medio siglo de distancia, su proposición es muy sugerente. El México actual es inexplicable sin las reformas cardenistas y éstas hubieran sido imposibles sin el antecedente de la Revolución armada. Sólo concebida en su *sentido amplio* cobra nuestra Revolución una dimensión comparable a las otras grandes revoluciones del siglo XX, la rusa, la china, la vietnamita.

François Xavier Guerra, en un libro que ha suscitado ya grandes polémicas, afirma que una de las grandes causas de la Revolución es la contradicción lacerante entre la letra de la Constitución de 1857 que rige formalmente el país y la práctica política de un régimen que ha terminado por convertir lo que fue una bandera en una máscara.

Los derechos del hombre "base y objeto de las instituciones sociales" consagrados en el texto de 1857 sólo amparan a las clases privilegiadas. El resto de los mexicanos, que frecuentemente los conoce, ve sus principios constantemente vulnerados. A medida que avanza el siglo XX, el sentimiento de frustración sobre los derechos del hombre violados adquiere una geografía que coincide con las regiones más afectadas por la modernización. Los más humildes acabaron por saber que los males que los aquejaban infringían la ley y eran por lo tanto ilegales. Guerra nos recuerda que la gran Revolución Mexicana se inició en una borrascosa elección presidencial. En el Plan de San Luis, Madero justifica el llamado a la insurrección con "el fraude electoral más escandaloso que registra la historia de México".

Tutino explora la faceta campesina de lo que yo he llamado el *Ciclo de las revoluciones burguesas de México (1810-1940)*, que concibe la Revolución de 1910 como la culminación de un proceso de larga duración. Una de sus tesis centrales es que todas las revoluciones campesinas impor-

tantes en la historia de México se produjeron entre los años 1810-1930. Los tres siglos de régimen colonial —pese a sus tensiones sociales— se caracterizan por una sorprendente ausencia de insurrecciones armadas masivas y el periodo de reformas cardenistas inaugura una nueva época basada en la satisfacción parcial de las demandas de los campesinos a la vez que su subordinación directa al nuevo Estado. La gran aportación de Tutino es la primera descripción de conjunto de las rebeliones campesinas del periodo y un intento audaz de respuesta a la gran pregunta: ¿Por qué y cuándo se rebelan los campesinos?

En su monumental y polémica obra, Alan Knight desarrolla, fundamenta y matiza una vieja tesis según la cual la Revolución Mexicana fue esencialmente una revolución agraria. Fue al principio una gran insurrección campesina, que sólo paulatinamente llegó a ser controlada por las élites urbanas. Asegura que *de hecho* e independientemente de los objetivos y medidas de los dirigentes, las múltiples rebeliones campesinas causaron cambios importantes en los patrones de propiedad de la tierra, huidas y expropiaciones de terratenientes, cambios en la producción que alteraron profundamente las relaciones sociales en sus zonas de influencia. El fracaso de la reforma agraria en los años veinte debe adjudicarse a la simbiosis entre la vieja clase latifundista y la nueva élite militar revolucionaria. Los regímenes carrancista y sonoreense que triunfaron y con ellos fueron neoporfiristas y con ellos se impuso una estrategia "de revolución desde arriba" para la construcción de un nuevo Estado y el desarrollo capitalista.

La visión de John Hart es muy diferente a las anteriores. Para él "La Revolución Mexicana surgió como parte de una ola de agitación política nacionalista relacionada con la crisis socioeconómica que barrió el mundo a principios del siglo XX. Una pequeña burguesía enajenada económica y políticamente, élites provinciales y locales, obreros urbanos e industriales y campesinos juntaron sus fuerzas en un *levantamiento nacionalista*. La Revolución tuvo fundamentalmente el carácter de una revolución de liberación nacional que se impuso a los demás, incluyendo el agrario."

Friedrich Katz nos ofrece un agudo estudio comparativo de las revoluciones de 1810 y 1910. Contrastando los movimientos iniciales de ambas revoluciones (Hidalgo y Madero) encuentra rasgos comunes notables. Tuvieron un carácter nacional, aun cuando sólo abarcaron partes de México. La composición de las fuerzas revolucionarias fue extraordinariamente heterogénea, incluyendo a todas las clases de la sociedad, desde terratenientes e industriales, clases medias rurales y urbanas, hasta un número crecido de campesinos y trabajadores urbanos y rurales. En ambos casos, miembros disidentes de las clases altas y medias llamaron a los campesinos a rebelarse aun cuando en 1810 predominaron las clases medias y en 1910, la presencia de las clases altas fue mayor. En ambos casos, la Revolución se inició con grandes rebeliones campesinas y los miembros de las élites pronto perdieron el control de ésta. En las dos, los líderes de la fase inicial de la Revolución fueron derrotados y muertos. Contrarrevoluciones encabezadas por el ejército español en 1814 y Huerta y el ejército federal en 1913, triunfaron, sin lograr restaurar plenamente el orden prerrevolucionario. La insurrección campesina fue el gran motor de ambas revoluciones; sin embargo, nunca triunfó.

Las obras recientes de seis investigadores, un austriaco, un francés, un inglés, un alemán y dos norteamericanos, son prueba evidente de la trascendencia universal de la gesta mexicana que sigue intriguando a nacionales y extranjeros.

La diversidad de sus interpretaciones demuestra que la Revolución Mexicana, como todas las grandes revoluciones, no puede ser bautizada con un solo nombre. Los adjetivos usados hasta ahora para calificarla: "agraria", "nacionalista", "burguesa", "popular", "burocrática", son fácilmente rebatibles. En los niveles actuales de la investigación, el debate acerca del carácter de la Revolución exige un enfoque radicalmente nuevo que revele toda la riqueza de sus contradictorios significados. Revolución sólo hubo una, pero repleta de grandes intereses contradictorios, ideologías irreconciliables, estilos políticos encontrados y discursos irreductibles a un denominador común. Algunos de ellos son cosa del pasado, otros están vivos. ♦

# El humanismo y la pintura mural mexicana

Luis Cardoza y Aragón

Quien dice arte dice humanismo. Nada fácil definir qué es arte. Nada fácil definir qué es humanismo. Sin embargo, de arte y humanismo tenemos dilatada noción sin límites estrictos.

En la estética es en donde más molesta la frecuencia de las tautologías. Las tautologías ponen de manifiesto una dificultad.

Esta dificultad siempre me ha atraído.

Orfeo es el primer humanista.

Abolir, atenuar la bestialidad del hombre.

Poco se ha logrado, aparte de tener conciencia de esa bestialidad.

La maza del neolítico es más civilizada que la bomba de neutrones.

Restituir el hombre a sí mismo. Restituirlo bendecido por la luz, por el azul del cielo.

A la finalidad sin fin kantiana del arte he opuesto un sinfín de finalidades.

El arte es para mí una fiesta del alma. El arte es el ejercicio de la libertad.

El sueño de la razón engendra maravillas.

Prometeo, Quetzalcóatl, Apolo, Coatlicue. Estoy con mis clásicos. Con el espíritu de ellos. Las culturas grecorromanas, las hebreas, las agarenas, las orientales. Historia del arte. El Renacimiento, el concepto de humanismo en los florentinos, en los paleolíticos. Erasmo entreabre las puertas a la locura.

La estética, ¿no es la sombra del arte?

Ahora estoy recordando ante los muralistas mexicanos que Picasso solía preferir un poema de Paul Éluard a las



José Clemente Orozco.  
*Destrucción del viejo orden*

explicaciones de los siniestros profesores.

Mi dificultad para tratar de nuevo sobre el arte mural mexicano es inmensa. Cada día es más difícil, dado que no poco he escrito sobre ello antes de 1940. Esta abundancia, acaso lamentable, denuncia que tal vez he percibido varias y valiosas presencias.

He captado facetas ricas en afirmaciones, en negaciones, en contradicciones. Ello reunido, aparentemente constituye un caos. No es un caos lo que constituye: revela complejidad. Tal amplitud es su humanismo. Con su belleza, con su hondura.

En la medida en que el muralismo es arte, no lo veo como un probable humanismo social. ¿Qué no es social? Es más: estimarlo sólo como humanismo social es dictar un juicio reductor.

He leído varias veces los centenares de páginas escritas por los muralistas, especialmente por Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros. Orozco escribió poco.

Me agrada y suscribo el dictamen de Holbein: "No hay que pintar con la boca". Y también el dictamen de Henri Matisse, tan olvidado por algunos artistas: "Si quieres ser pintor, lo primero es cortarte la lengua".

Lo que escribieron y lo que se ha escrito sobre ellos lo olvidamos ante sus pinturas. Y si no lo olvidamos, debemos darle un sitio lateral a los propósitos y situarnos ante los hechos plásticos. Situarnos con las obras. Son las obras mismas las que deben prevalecer. Aceptarlas o desecharlas. Distancia o identidad o brumas entre ellas.

He buscado y expuesto distintos razonamientos de los teóricos mexicanos del arte mural: Rivera y Siqueiros. He sopesado la teoría y la praxis. Quienes me escuchan quizá conozcan algo de mis tentativas y de la intensa y agria reacción por ellas de los maestros. No de Orozco.

Lo más bello que seguimos poseyendo es lo inexplicable. Es decir, vivimos absortos por la belleza. Me importa la imantación de lo maravilloso. La vida tiene justificación por ello.

"El arte es enaltecedor de la vida", resume Bernard Baranson.

¿En qué medida el muralismo cumple con estas necesidades clásicas primordiales?

En la medida en que las cumple es humanista. Es arte.

Cada vez he comprobado que mi estudio, mi reflexión sobre el muralismo es tarea de Sísifo.

Tengo el muralismo como la expresión más cabal del arte de México



Diego Rivera. *La civilización totonaca*. (Detalle)



David Alfaro Siqueiros. *Mural en la biblioteca central de CU*



Orozco. *Trilogía*



Rivera. *Historia y perspectiva de México*



Orozco. *Sueño, contemplación, dominio: llama del espíritu*

después del arte precolombino.

Escribieron mucho. Pintaron mucho.  
Vivieron con energía sorprendente.

He dicho que voy más a las obras pintadas que a sus teorías. Mi posición es opuesta a la de un hombre como Paul Valéry, que se interesaba más en las teorías artísticas que en las obras. Le apasionó la mente de Leonardo. La mente en sí misma, por encima de las obras derivadas de las teorías.

## II

Si los muralistas escribieron tanto (Rivera y Siqueiros), debíamos estudiarlos también en sus escritos. Los he leído a fondo más de una vez. Ambiciones e inquietudes muy amplias,



Siqueiros. *Retrato de la burguesía*



Rivera. *Historia y perspectiva de México*. (Detalle)

centradas no pocas de ellas en una utilidad política, con intención de servir lo inmediato o lo mediato.

Los encuentro repetitivos en sus textos, a la par que intolerantes y olímpicos. Siento que muchas de sus tesis político-artísticas, sociales, revolucionarias, nacieron anacrónicas.

He explicado en varias ocasiones

que como medio de propaganda el muralismo es un procedimiento anticuado frente al cine, la radio, las rotativas, la televisión y demás.

Por esta suposición, por esta certeza, he tendido a disfrutarlo más allá de una tendencia proselitista o de agitación.

Tenemos en el muralismo los

designios y las realizaciones, ambos de notable ambición. Ambos en el terreno del humanismo.

El muralismo sería antípoda a una deshumanización del arte. Buscó humanizarse íntegramente. Realismo, medio social, lucha de clases, lirismo individual, defensa de categorías ideológicas, tal como las encontramos explícitas o tácitas en las artes de todos los tiempos.

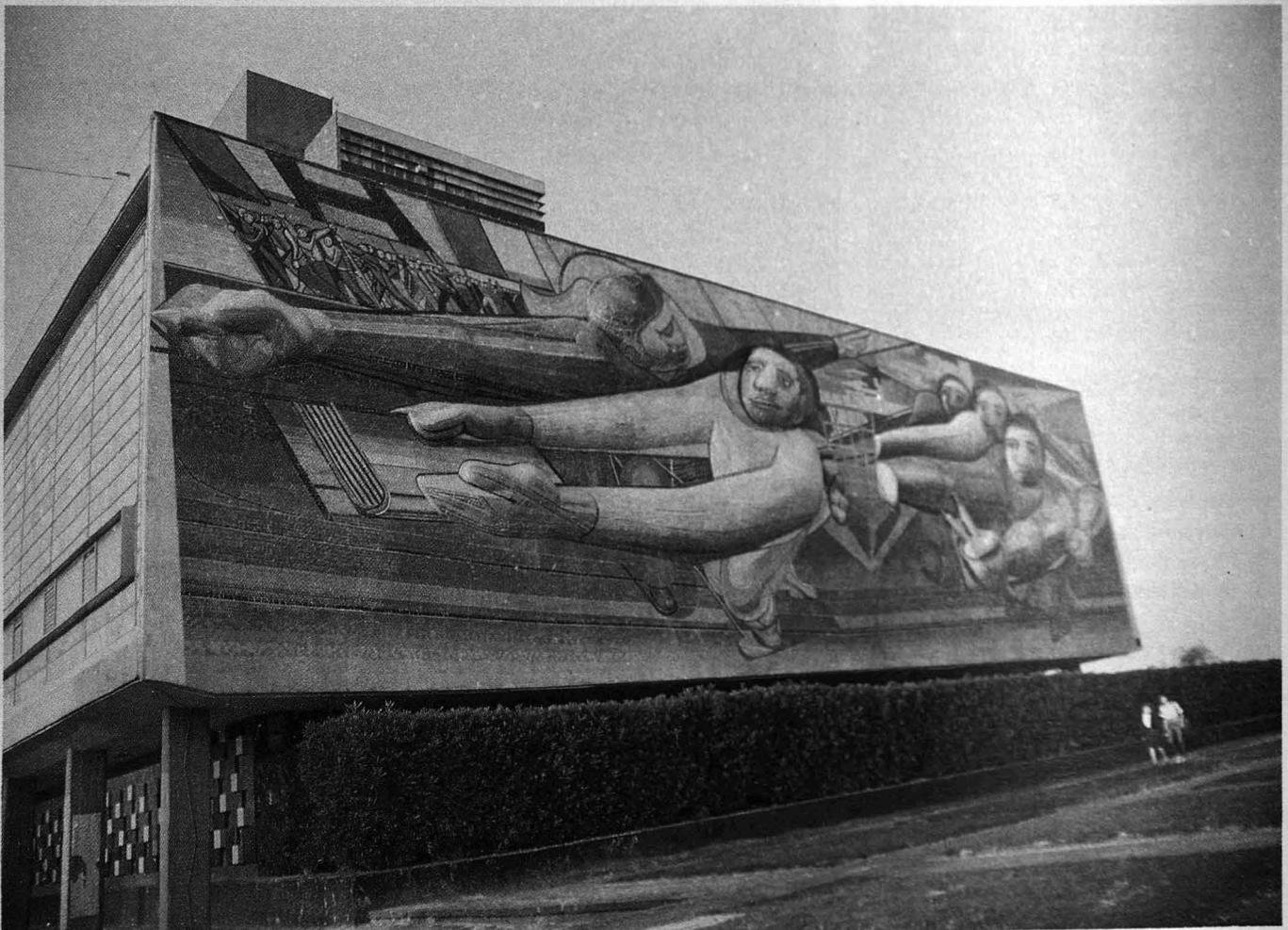
El muralismo se esforzó en que el hombre se humanizara. ¿Por qué el hombre no es humano? La incesante búsqueda de lo humano, del concepto humanidad, de normas abiertas y plurales en relación con una vida más cumplida por ascenso de la razón y del ensueño, es humanismo.

El perfeccionamiento de un destino. Una finalidad indefinible más allá de la muerte.

¿He dicho algo?

Parecería que me estoy incorporando en la amiba, que prosigo y salgo de la caverna, y avanzo con pasos galácticos hasta estar aquí discurriendo acerca de tal devenir.

Esta dinámica constituye el meollo del arte. Para concretarla, los



Siqueiros. *Mural en la biblioteca central de CU*

muralistas se valieron de lo propio, incorporaron el pueblo a los muros, al indio, al obrero, al burgués, a nuestros paisajes y costumbres. A nuestra intrahistoria y a nuestra historia.

Con todo ello arde el fuego de Orozco, elemento que le obsede, que lo autorretrata. Con todo ello pintaron Rivera y Alfaro Siqueiros. Y con su poesía. Afirmaron y fortalecieron la conciencia de la nacionalidad.

Mi juicio, si juicio pudiera llamarse lo que estoy escribiendo, ha propendido a lo que se comprende con simpleza por formalismo. Al menos así lo enjuició David Alfaro Siqueiros, quien en sus memorias me coloca entre los enemigos del muralismo. El desacuerdo de Rivera fue tan agresivo y reiterado como el de Siqueiros, en el fondo por militancias partidarias.

¿En qué y cómo la temporada trotskista de Rivera o el stalinismo de Siqueiros sirvieron a su creación artística?

La respuesta está en los muros, en las obras.

Las querellas ideológicas se desvanecen en la obra: cada día las vemos menos. Va quedando lo que en nuestra estimación es arte.

Las polémicas de los muralistas han envejecido, cuando no nacieron viejas. Mucho de ellas nació muerto.

En cambio, cada día vemos menos la ideología y cada día contemplamos más las formas, la composición, el color, el dibujo. Y cuántas maravillas encontramos. Cuánta intensidad y cuántos nobles y logrados empeños con sus temas.

Mi preferencia "formalista" no me veda apreciarlos en toda la extensión de su imaginario. Para nada, de ninguna manera. He hablado de las herejías de Alfaro Siqueiros y de Diego Rivera. Me refiero a cuando no se ciñen o no es prepotente en su pintura lo que es prepotente en sus teorías, en sus exigencias didácticas. Cuando son ante todo pintores.

Los aprecio aun por su intransigencia, por su absolutismo. ¿No han jugado un gran papel en la historia los fanáticos?

Orozco, Rivera, Siqueiros, hombres dotadísimos, además enriquecidos por la pasión. Hombres candentes, hombres ígneos.

Cada uno de ellos pintó varios millares de metros cuadrados en los muros. Es imposible que algunos



Orozco. Estudio para los murales del Hospicio Cabañas

kilómetros no sean aburridos.

Estoy convencido de que los he amado por encima de las limitaciones que ellos mismos defendían como la razón y lo intrínseco de su pintura.

Los defiende de ellos mismos por el camino propio de la Historia.

Cuando se reducen con dogmatismos, olvido los dogmatismos y me entusiasma lo que en ellos hay de pintura, sin que en nada me estorbe la prédica.

Rivera y Siqueiros parecería que colocaban en primer lugar la práctica política, y no la especificidad artística. Leo sus mensajes, como leo los mensajes del arte egipcio, de los sumerios, de los aztecas, de los griegos, de los cubistas. No creo en Osiris; no soy católico. No veo en Coatlicue una divinidad; tampoco practico sacrificios humanos ni soy antropófago. Veo una obra de arte prodigiosa.

He aludido a los copiosos escritos de Rivera y Siqueiros. Los he atendido cuidadosamente. Son como un prolongado pleonasma.

A Ángel Rama, hace años, propuse editar los escritos de los tres muralistas: Se firmó el contrato. Envié al cabo de meses materiales como para dos gruesos volúmenes. Que yo sepa, hasta hoy no se han editado. Ignoro los motivos. Trabajé con ayudantes que investigaron en hemerotecas.

Cada día los vemos más como pintores. Los vemos como artistas. Quien los ve nada más como políticos no sabe contemplar pintura y afirmaría que no los conoce.

### III

Hablamos del muralismo mexicano como de un todo homogéneo. Olvidamos su diversidad. Olvidamos que los tres maestros fueron muy distantes en su estética, en sus obras, en su vida.

Al emitir un juicio sobre ellos se olvida su diversidad. Se olvida la obra capital. Ellos (Rivera y Siqueiros) fueron sectarios. El juicio global y nada más ideológico sobre ellos es sectario y opuesto a lo elemental de la historia del arte.

Nunca comprendieron que el distanciamiento de mi juicio era en defensa de ellos. A pesar de ellos.

Me acontece frecuentemente con sus ensayos lo que Jorge Luis Borges recuerda que Hume descubrió en los ensayos de Berkeley: sus argumentos no admitían la menor réplica y no producían la menor convicción.

Es reductor y melancólico este principio de Diego Rivera: "El arte que no es propaganda no es arte ni es nada".\*

Siqueiros: "No hay más ruta que la nuestra". Orozco: "Una pintura es un poema y nada más".

La universalidad de lo humano se conquista más allá de nacionalismos, de ideologías, de modernidad.

Los muralistas asumieron la universalidad del hombre.

En toda expresión artística siempre ha existido un condicionamiento por época y lugar. No creo en cerrados

\* *Excelsior*, 16 de abril de 1933.



Rivera. Sueño de una tarde dominical en la Alameda. (Detalle)

determinismos. Y las excepciones me son más queridas.

Imagino que suelo ver con mayor trascendencia el arte monumental de como Rivera y Siqueiros querían, exigían, que se les considerara.

Me aventuraría a insinuar que Rivera y Siqueiros entendían la cultura —al contrario de Fernando Pessoa— como la erudición en el conocimiento y no en el entendimiento.

Para Orozco la pintura es un poema.

Los tres maestros manifiestan la memoria y el imaginario de un pueblo. Así del hombre.

Con la imaginación y la memoria anhelamos significar, aprehender el futuro y el pasado. Georges Braque decía: El presente es perpetuo. Todo se elude, y su captura es obra mayor de las artes. Del humanismo. El arte detiene el tiempo.

Con el Renacimiento (renacimiento de la *Antiquité* frente al supuesto oscurantismo gótico, de lo medieval) volvió al Número, ya conocido antes de Cristo, el "orden" frente al "desastre".

Las grandes composiciones, los grandes temas. A veces en ellos nos damos menos cuenta de la esencialidad de la pintura que en unas manzanas. Más que grandes temas hay grandes pintores.

El muralismo se afanó en grandes temas y en grandes composiciones. Lo hizo con éxito: la Escuela Nacional Preparatoria, Chapingo, el Hospicio Cabañas, el Hospital de la Raza.

La ferretería del Polyforum de David Alfaro Siqueiros no supe asirla. En notas, publicadas hace años, me expliqué sobre ello.

*Las bodas de Canaán* de Paolo Veronese y una miniatura persa, una estampa china, un jade olmeca. Cada obra tiene su sitio. Cada obra se cumple y es cabal en sí misma.

El arte que se fundaba sobre bases matemáticas y el hombre central ante un dios que impregnaba a la civilización mediterránea, crearon un academicismo contra el cual se rebeló esa misma cultura.

El humanismo ha sido creador de rutinas y enemigo de las rutinas. La tradición ha de ser conquista cotidiana.

Por el egocentrismo europeo no se podían ver las artes negras, las artes prehispánicas y demás.

El humanismo occidental había fijado una concepción del arte. De la belleza. El humanismo desbarató esa concepción. Abrió nuevos horizontes.

El muralismo mexicano le dio vuelta total a todo un entendimiento del arte que regía en México. Espléndida, histórica victoria.

Cuando algunos de sus creadores quisieron encerrarlo, la imposibilidad fue patente. A la cabeza de la apertura se encuentra Rufino Tamayo. Lo demás vendría hasta por inercia. Hasta por cansancio.

Es antihumanista la pretensión de ruta única. No nos detengamos en el lapsus de un gran artista.

La civilización mediterránea también

pensó muchos, muchos años, que no había otra ruta que la suya.

El muralismo de México rompió esta suposición. La rompió basándose en elementos renacentistas. Forjó una cosmovisión.

La evolución de las ciencias, de las artes, es emocionante. Y qué deleznable certeza abrigan a veces los hombres representativos de una época. Cuánto dogmatismo siempre.

(Me pongo en guardia: ¿hasta qué punto estoy incurriendo en dogmatismos?)

Entre las bases de la crítica de arte de Diderot se encuentran la moral y la perspectiva. Y eso que, aparte de ser un genio, no era nada mojigato. Fue más bien libertino. Recordemos *Las joyas indiscretas*.

Lo más abstracto (o como usted desee llamarlo) conserva vínculos que niegan una pureza imposible. El *Cuadrado blanco sobre cuadrado blanco* de Casimir Malevich entrañaba una protesta. Y diría que definida y violenta.

Los medios universitarios, los medios académicos, se contaron entre los enemigos más rabiosos, con acción directa, de la obra mural mexicana. Del humanismo de esa pintura que es uno de nuestros orgullos culturales más legítimos.

El siglo XX comienza en México en 1910, con la Revolución. Para ser más exacto, con el Plan de Ayala, 1911. En arte aconteció lo propio. La hostilidad contra el muralismo despedía fétido relente porfirista, académico tufo decimonónico.

(Los primeros cinco años del arte mural mexicano nadie los ha historiado mejor que Jean Charlot.)

Las obras se rayaban, se pedía su destrucción. Hoy siguen descuidadas y algunas han sufrido daños irreparables. Sería bueno que se viera cómo se encuentran los murales de Orozco en el Hospital de Jesús.

El rector de la Universidad, nos lo recuerda Charlot, Ezequiel A. Chávez, declaró en una reunión ante numerosos alumnos: "Estas pinturas no son hermosas". Juicio que constituía estimulante amenaza. Se produjeron varios motines. Furias incitadas por causas políticas y estéticas. Aun el racismo antiindigenista participaba en las apreciaciones.

Charlot resalta el documento que dos norteamericanos, Carleton Beals y



Orozco. *Los conquistadores*

Anita Brenner, pusieron en circulación en defensa de la pintura mural vilipendiada.

Sin racismo, nuestro Museo de Antropología se llamaría Museo de Arte Antiquo de México.

La Revolución Mexicana fue —como lo escribió Vicente Lombardo Toledano en célebre conferencia sobre el humanismo de la Revolución Mexicana— el encuentro de México a sí mismo: su revelación. Su redescubrimiento por los mexicanos.

José Vasconcelos es figura capital por su apoyo al muralismo; apoyo que le honra por la completa libertad otorgada en un Estado que no aspiraba a socialista y menos a comunista.

El muralismo encarna ese encuentro de México consigo mismo. El redescubrimiento. Lo político es nada

más una de sus múltiples facetas. No lo desdeño en modo alguno. Lo primordial reside en sus valores pictóricos.

#### IV

Esbozo breve aproximación. Para el juicio final no encuentro nunca las trompetas.

He visto cuatro motivaciones básicas en la génesis del muralismo:

1. Excepcionales tradiciones propias con raíces milenarias.
2. Circunstancias sociopolíticas: Revolución Mexicana.
3. Personalidades.
4. Rechazo de la revolución artística contemporánea de Occidente.

Lo que semeja obsolescencia en el muralismo constituye su fuerza, su sentido y esplendor.

Vivía México descastamiento completo. Prevalcía un arte enajenado, académico, dependiente y mediocre. ¡Hasta las piedras del edificio de Correos fueron traídas de Europa! Los muralistas se enfrentaron a estas decepciones, a estas cobardías.

Quienes ignoran o conocen mal la historia del arte afirman que con nacionalismo e ideología el arte se desfigura o no puede existir. Ideología y nacionalismo produjeron la Capilla de Chapingo.

He visto el arte monumental mexicano en la suma de los elementos estilísticos, sociológicos, ideológicos, iconográficos, reunidos en la esencia de la poesía de lo visual.

El error —¿quién no está harto de tales insistencias?— es sobreestimar la temática y el contenido y preferir lo formal. Y hay error en repeler el contenido, tal si el arte alguna vez no hubiese liberado una ideología o grupos ideológicos. ¿No es inmenso el arte griego, el arte cristiano, por ejemplo?

Forma y contenido se confunden y se exaltan en el mismo abrasamiento. Una forma exigua no se compensa con lo excelso de una intención.

A los muralistas, como no estaban colonizados ni comercializados, les importó un comino la aprobación de Europa. Lo cual estimo que destaca su grandeza.

En Estados Unidos ejercieron gran influencia y tuvieron gran renombre. El muralismo alcanzó repercusión universal. Se comienza a verlo de nuevo. Ya sin telarañas "puristas", ideologías o nacionalismo y no sé qué exigencia de "modernidades". A verlo como pintura.

El muralismo conserva su lugar y está emergiendo con todos sus valores. Y qué bien que siga la discusión.

#### V

Las corrientes contemporáneas se encaminan en México por otros rumbos. Natural es ello, natural, irreversible e indispensable. Hay asimismo exageración en aseverar que los muralistas impedían o estorbaban el trabajo de los jóvenes. Indudablemente hubo intransigencia en los muralistas y en sus críticos serviles. Sobre todo en



Siqueiros. *La nueva democracia*. (Detalle)

Alfaro Siqueiros. Se necesitaba ser muy débil y mediocre para sentirse impedido por tal retórica normativa.

Los ejemplos de "independencia" son numerosos. Para comenzar, Frida Kahlo tenía el muralismo en casa, dormía con él y pintó lo que quiso. Igual diría de muchos otros: Mérida, Rodríguez Lozano, Orozco Romero, Antonio Ruiz, Julio Castellanos, Agustín Lazo, María Izquierdo . . .

Orozco se percató de los riesgos de la prédica. Leo en *Autografía*: "Algunos llegaron a apasionarse de tal manera por el tema mismo de sus pinturas que se salieron totalmente del campo del arte."

Se les ha simplificado, se les ha falsificado. No pocos se han detenido en un solo lado del poliedro.

Verlos como mensajeros doctrinarios es harta necesidad y simpleza que se revierte contra quienes así nomás los consideran. Es continuación de la fobia de ayer. La pintura, como la poesía, se hace con todo y con todos.

Un punto de vista nacional es por completo extraño a lo esencial del arte. Todo nacionalismo en arte no es más que una superstición. Universalidad del hombre.

Los muralistas son grandes cuando con lo nacional o sin ello rebasan lo nacional.

Su valor más exacto es ajeno a cualquier nacionalismo o frontera.

Hoy el cambio en la pintura es total, así como en la sociedad mexicana.

Las décadas que corren de 1910 a 1940 son históricas. Son creadoras. Después, más que historia tenemos efemérides.

El arte monumental no es sólo cuestión de aliento sino de naturaleza del artista. En el muralismo de México hay varias naturalezas.

Los muralistas asumieron primero la pintura, y con ella México. Su punto de partida, cuando recuerdan que son pintores, es la Forma; no el discurso.

Me concierne lo mejor de ellos.

De pronto siento que *El hombre en llamas* incinera no poca basura en los muros.

Los muralistas creían en algo. Había algo en qué creer.

El arte sirve si es arte, sin dejar de ser nunca del dominio de lo social y de lo indecible.

Nada es más interesado que el arte.

La pintura de Tamayo ratifica que el muralismo sigue en su sitio, como sigue en el suyo propio su pintura.

La reacción contra Rivera, Orozco y Siqueiros es menos fuerte que su esencialidad.

Tamayo nunca tuvo ideas sino sólo colores y texturas.

Estimo pertinente recordar que el virreinato y el siglo XIX consideraron las formas indígenas como irrefutables testimonios de barbarie, exentos de trascendencia estética alguna.

Los juicios inquisitoriales, juicios de conquistadores, de quemadores de códices, de quemadores de la memoria de México, fueron barridos por los muralistas.

Se ponderaba lo colonial y se excluía lo distante de la imitación de las artes académicas europeas. De las españolas, principalmente.

Rivera, Orozco y Siqueiros ahondan en las artes precolombinas; no como

arqueología, sino en los armónicos ritmos y desproporciones en la representación de los mexicanos y lo mexicano.

Nos transforman las influencias si las transformamos. En la imitación aparentemente no hay relación con nuestra vida. Ahora, más que europea, es norteamericana la influencia: desplazamiento del dominio económico y tecnológico en la divulgación y en lo cultural. Poderío del mercado. ¿Es ello, hoy, el arte *nuestro*? ¿Cabría ser otro? Una respuesta la están dando Francisco Toledo, Vicente Rojo.

## VI

El muralismo, etapa concluida. Es el ayer. ¿Qué clase de ayer? Un ayer con difícil mañana equivalente. Y por mucho que nos haya atraído en virtud de la forma y la sustancia, esperamos algo equiparable y diferente.

La buena pintura que nada dice, dice algo. A veces más que la que dice. Arqueológica chochez me parece la nostalgia del muralismo.

La evolución del arte mural en el estilo de Rivera, Orozco y Siqueiros la cerraron ellos.

Nuestro arte monumental no fue una vocécita, un hilillo de agua dulce: su problemática y sus relaciones son "impuras" y grandiosas. Como había de ser. Su impureza y magnitud imponen los temas y contenidos. Su plástica en sí. Fue siempre antiacadémico. ("Los indios son tan feos.")

El muralismo se enfrentaba al acaramelado realismo burgués y, además, exhibía a la vieja clase latifundista que se desmoronaba por el surgimiento de otra clase menos parasitaria. Así lo esperaba la ilusión pequeñoburguesa, afirman sociólogos actuales.

Las nuevas generaciones conciben la pintura de otro modo. Esto es básico. Descreen de la Revolución pintada y de que haya que pintarla.

Lo intrínseco recuperó su lugar hace tiempo. De hecho, no lo perdió nunca. El sectarismo fue inequívoca muestra de inseguridad que se daba ánimo ante su propio vacío.

Resumiendo repetiré viejas palabras más: El muralismo mexicano es la única aportación americana original moderna dada al mundo por el arte de América. ♦

# Infancia y adolescencia de un hijo de la REVOLUCIÓN

Alejandro Gómez Arias

## Oaxaca

Nací en la ciudad de Oaxaca. La capital del estado era una ciudad pequeña pero de una notable y luminosa belleza que, en su parte histórica, aún conserva. La población se construía sobre una base popular pobre dominada por una seudoaristocracia muy conservadora que cubría las miserias provincianas con un trato cortés. Así fue para nosotros hasta que mi padre fue objeto de persecuciones durante el gobierno de Victoriano Huerta, hacia fines de 1913, año en que abandonamos Oaxaca para ir a vivir a la Villa de Guadalupe Hidalgo, donde transcurrió la segunda etapa de mi infancia.

De Oaxaca guardo, naturalmente, sólo imágenes desvaídas. Recuerdo, por ejemplo, a mi abuela materna, Rosario Varela, mejor y popularmente conocida como Mamá Chayo. Ninguno de sus contemporáneos dejó de conocerla, muchos la visitaban o se detenían a conversar con ella. Lo mismo gente del pueblo que de la "buena sociedad". La veía sentada en el balcón de su sala en su mecedor "de Viena" de maderas negras curvadas y relucientes. Pulcrísima. Debí ser en su juventud una mujer excepcionalmente bella. Se adornaba con sus cadenas de oro trabajadas en Oaxaca o sus juegos de azabache. Mamá Chayo pasaba largas horas contemplando la vida del pueblo, que cruzaba frente a ella. Su balcón daba al jardín Antonia Labastida donde había fres-

Estas líneas de Alejandro Gómez Arias forman parte del libro de Víctor Díaz Arciniega *Miro que con ellas vas. Una memoria reflexiva*, de próxima aparición.

nos y una fuente. Un rincón romántico oaxaqueño cerrado en uno de sus lados por una iglesia pequeña de cantera verde-azul, La Sangre de Cristo. Desde su balcón Mamá Chayo saludaba a sus incontables amigos. Muchos se detenían a conversar con esa vieja, encantadora mujer, dueña de una sabiduría adquirida con los años, que era un testimonio viviente de la historia de su ciudad.

Rosario Varela casó dos veces: la primera con Tiburcio Montiel, abogado oaxaqueño, liberal radical y en un tiempo gobernador del Distrito Federal. Como soldado combatió a los invasores norteamericanos y a los franceses; fue un general valiente y cruel, siempre leal a Juárez, a quien siguió en todos los turbulentos episodios de aquellas luchas. Fue padre de Alberto Montiel, abogado eminente que llegó a ser gobernador de Oaxaca. Tiburcio Montiel nunca volvió a su tierra natal y murió, probablemente, en la ciudad de México.

Años después la viuda Rosario Varela casó con Adolfo Arias, quien llegó de España como representante de una compañía teatral. Mi abuela conoció al que sería su esposo porque era dueña de dos teatros a los que llegó su compañía a trabajar. Uno era un verdadero corral como los del teatro clásico español, el otro un teatro pobre como tantos de la época. Arias enfermó y decidió volver a España por una temporada para curarse. El viaje en litera hacia Puebla lo debilitó y murió en esa ciudad. Sus hermanos de la masonería se hicieron cargo de los funerales, enviaron sus pertenencias a la viuda y aun la ayudaron por algún tiempo.

Por el lado de la familia de mi padre tengo pocas noticias. Esto quizá porque él murió cuando yo era un adolescente.

Por la otra, a que mi madre, que vivió conmigo hasta su muerte, me hablaba más de su gente que de la de mi padre. Debo agregar que debo a mi madre mi lejano pero real arraigo a mi tierra. Ella me contaba la historia de su tiempo, me hablaba de sus contemporáneos, de amigas de su infancia o su juventud y de las familias de ellas. Dominaba, creo que eso era parte de la educación de las jóvenes de entonces, la rica cocina oaxaqueña. Por eso, así viviéramos en la Villa de Guadalupe, en Cananea o en Los Angeles, una atmósfera oaxaqueña me rodeó siempre.

De los Gómez sé poco. Tenían una vieja tradición liberal. Marcos Pérez fue uno de los amigos más cercanos a mi abuelo. La figura de Pérez ha sido olvidada pero, abogado, director del Instituto Científico y Literario de Oaxaca, gobernador, perteneció a esa especie de soldados-letrados que no fue rara en las luchas del siglo pasado. Amigo y tal vez consejero de don Benito, encabezó en Oaxaca al Partido Liberal.

La ciudad de Oaxaca durante la segunda mitad del siglo XIX y principios de éste era un centro cultural importante. Muchos jóvenes estudiaron ahí procedentes de Chiapas, Yucatán y hasta de Centroamérica. Varios de los más famosos "científicos" que rodearon al general Díaz salieron de las aulas del Instituto. Mi padre fue compañero de esos hombres, él llegó a ser un médico distinguido, maestro del Instituto (antecedente histórico de la hoy Universidad Benito Juárez) y de la Academia, especie de escuela normal para mujeres. Ya con prestigio profesional y cierta posición económica formó su familia, casó a principio del siglo con María Arias, una belleza notable. Fui el segundo de sus hijos.

Mi padre se interesó siempre por la política, aun en el medio estrecho y asfixiante en que pasó su juventud. Amigo de Juan Sánchez, abogado, entusiasta maderista, se unió al grupo de partidarios de Madero. Esto fue el fin de nuestra vida oaxaqueña. A partir de ahí se iniciaron las hostilidades contra mi padre, que se acentuaron con el asesinato de Madero y el ascenso de Huerta. Gobernaba Oaxaca Miguel Bolaños Cacho, abogado grandilocuente y solemne, autor de obras sobre derecho, amigo fraternal de mi padre —era mi padrino. Esto no le impidió perseguirlo hasta amenazarlo de muerte. Salimos de Oaxaca. Huida dolorosa y violenta. Todo se deshizo. Mi padre instaló su consultorio en la Villa de Guadalupe. Me inscribieron en una escuela cercana a la estación del ferrocarril donde, creo, cursé el segundo año de primaria, porque en Oaxaca tuve un maestro que me enseñó a leer. Era un joven educador famoso llamado Juan B. Morales. No sólo me enseñó a leer, los primeros pasos en la aritmética y las ciencias naturales como entonces se llamaban, sino principalmente, me llevó a amar los libros y la lectura.

Tomaba mis clases en una habitación que estaba al fondo de la casa. Era la biblioteca de mi padre. Él compró para mí un mesabanco como los que se usaban en las escuelas oficiales y un pizarrón. El pupitre tenía una ranura para los lápices y una perforación para el tintero. Si se levantaba la tapa se descubría un espacio para los libros y cuadernos.

De esta manera desde mi infancia me vi rodeado de libros. Podía ya leer los títulos de los que estaban en los anaqueles más bajos y hasta hojearlos para ver las ilustraciones. En mi

memoria quedaron grabados los tomos negros de la *Geografía* de Eliseo Reclus, los numerosos volúmenes rojos de la *Enciclopedia Hispano Americana*, los verdes del *Grand Larousse*. Por supuesto los fondos de esa biblioteca eran los libros de medicina. Para mi padre su biblioteca era lo más preciado. Cuando salimos de Oaxaca la defendió hasta el fin. Pudo instalarla, por último, en su consultorio de la Villa de Guadalupe pero cuando nos trasladamos a Sonora en un viaje erizado de peligros, en plena furia revolucionaria, alguien quedó a su cuidado y pronto la saquearon. A la muerte de mi padre mi madre vendió lo que quedaba y hoy conservo solamente algunos libros, entre ellos los cinco enormes tomos del *Diccionario Etimológico* de Roque Barcia. En Oaxaca mi padre, que no era rico pero que llegó a tener cierta posición, llenó la casa de objetos bellos como lámparas, tapetes, cristales. Todo se perdió y muchos años después pude rescatar parte de las vajillas de porcelana de Meissen con los monogramas de mis padres. Las conservo como los restos de un naufragio. El primero de mis naufragios.

### *La Villa de Guadalupe*

En la Villa de Guadalupe vivimos en una casa que estaba en el cruce de Progreso y Montiel, construcción que ya no existe, de lo contrario quedaría dentro del atrio de la nueva Basílica. Casa modesta, nunca comparable a la de Oaxaca. La Villa no era ya un pueblo tan tranquilo como tal vez había sido en otro tiempo. Mucha gente empezaba a llegar huyendo de la violencia que estremecía al país. La Villa no estaba a salvo de esos temores. Cuando algún grupo revolucionario ocupaba el pueblo, se suspendían las clases en las escuelas y cerraban los comercios. Para llegar a mi escuela era preciso atravesar el jardín frente al Palacio Municipal. A menudo no podía hacerlo porque lo ocupaban los vivaques de los soldados revolucionarios. En el centro del jardín había una fuente (¿existirá?), una columna de piedra rosa rodeada de alegorías que representaban a los continentes coronados por una virgen. Después llegaba frente a una triste y alta construcción colonial. Al lado de su gran puerta una placa de mármol decía que en ese lugar se habían firmado los Tratados de Guadalupe. Medio México se había perdido. Unos cuantos pasos y llegaba a mi escuela.

Inolvidable: La primaria "Carlos María Bustamante" donde cursé 4º y 5º años. Nuestro salón era el más grande, en el primer piso. Desde sus ventanas podía verse un jardín, polvoso y melancólico de viejos eucaliptos: El Bosque. El trasfondo lo formaban los pequeños cerros de La Villa, en primer término el Tepeyac con las tumbas de muchas figuras de la historia de México, la de Santa Anna en primer término. El salón de clases estaba adornado con amarillentas litografías: el Templo de Luxor, el Partenón y, como en todas las primarias de entonces, los cuadros de Historia Natural del profesor Luis Murillo.

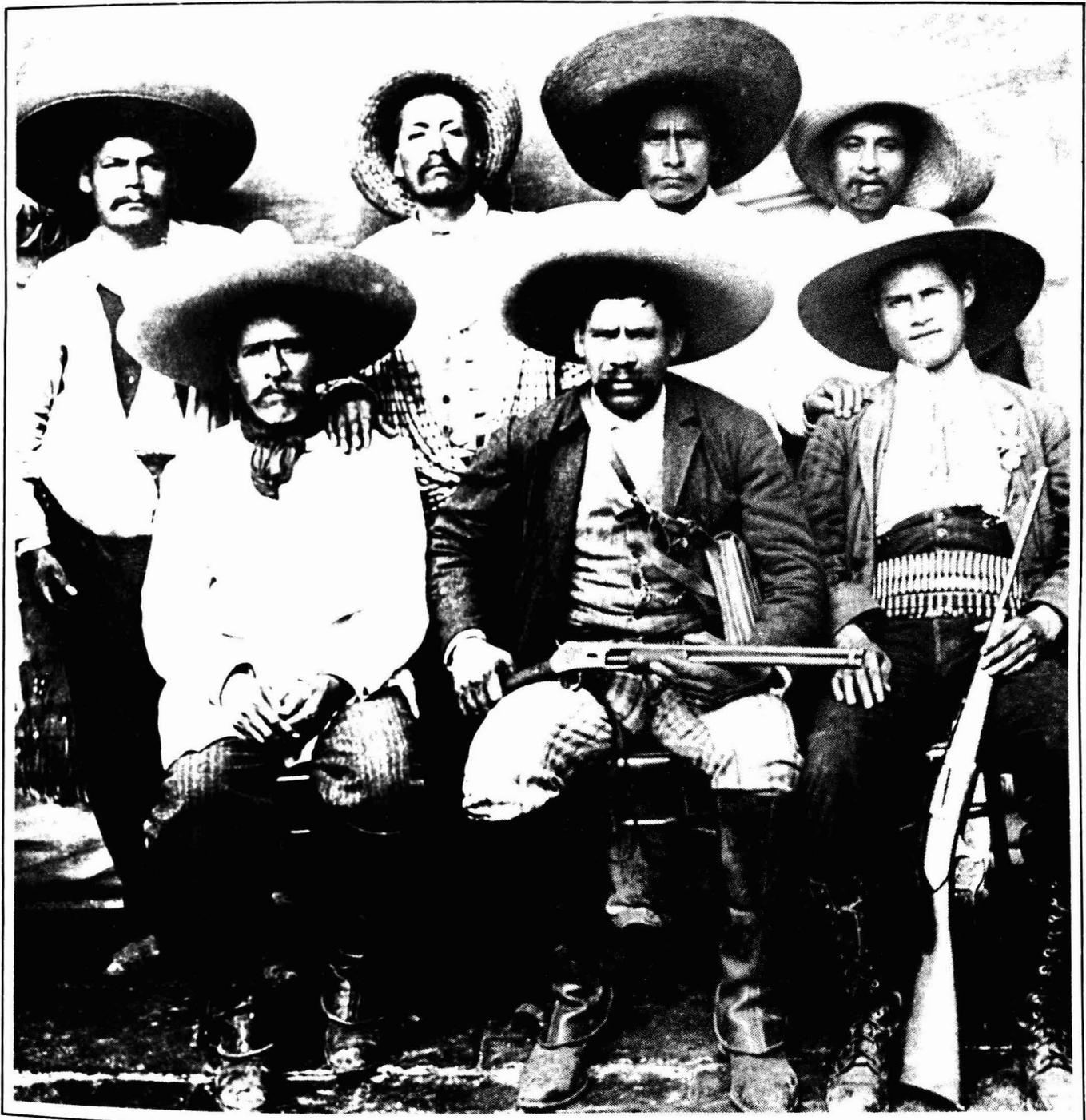
Nuestra escuela era importante. Desde la ciudad de México llegaban, recorriendo todos los días un largo trayecto, alumnos atraídos por la fama de los maestros, entre ellos don José Muñoz de Cote, quien pese a su prestigio de gran peda-

gogo —y lo era— concluyó en una vejez amarga vendiendo dulces en los tranvías.

Para las clases de lectura utilizábamos un libro editado por Appleton, el *Mantilla*, que se dice preparó José Martí. Para la clase de caligrafía, cuadernos también impresos en Estados Unidos, de letra vertical; al frente tenían una leyenda: "La pluma es más poderosa que la espada". La guerra europea llegó hasta nosotros como reflejo de las opiniones familiares. Una pequeña guerra de partidarios de Francia contra los de Alemania que eran los más. Enrique Fuentes, francófilo amigo de entonces y el único que hablaba francés, me prestaba libros policíacos en esa lengua que yo empezaba a leer. Otro amigo entrañable, Pedro Sánchez, se hizo mucho más tarde cura y llegó a escribir una *Historia del Seminario Conciliar de la Ciudad de México*.

Por esos años permanecía mucho tiempo en la casa. Bien cuidado, pulcro, casi solitario, hundido en las lecturas de aquella edad: Verne, Salgari, Sherlock Holmes, Rocambole. Durante las prisiones de mi padre en la época de Huerta estuve más que nunca ligado a mi madre, quien me llevaba a sus compras y a veces, gran aventura, a recorrer las calles de Plateros.

Entre los vagos recuerdos algunos se hacen claros. Una noche, por ejemplo, subimos al Cerro del Tepeyac que tenía dos accesos, uno de escalones a la izquierda y otro de rampa. En éste se levantaba una alta vela de piedra, exvoto de un marino agradecido. Subimos para ver la ciudad lejana, iluminada por un incendio. El Palacio de Hierro ardía. Al día siguiente en alguno de los diarios que llegaban a la casa, Neve, el dibujante entonces famoso, publicó su historia: la ple-



Refugio Sánchez, zapatista. CESU-UNAM

be salía de los escombros con restos de abanicos, de pieles, de flores de seda, de retazos semiquemados de brocados lujosos. Otro recuerdo, muy posterior, quedó en mi memoria. En la esquina de la casa existía una carnicería, La Puerta del Sol; una mañana aparecieron destazados y colgados para su venta algunos gatos, era el año del hambre. Finalmente un tercer recuerdo: una mañana, cuando acompañaba a la sirvienta a comprar leche, como lo hacía con frecuencia, vi, por la calzada que llevaba a la Hacienda de Aragón, rodeado de unos cuantos soldados, a un hombre muy joven, increíblemente pálido. A una señal del jefe —un militar de rango inferior, quizá un sargento— el grupo se detuvo. El hombre joven sabía lo que debía hacer. El jefe dio las órdenes en voz muy baja. Retumbó la descarga. El hombre se desplomó pero uno de sus brazos quedó prendido en la alambrada de púas y su cuerpo osciló un momento, como un péndulo. Yo no comprendía nada de eso. Era la primera vez que conocía esa terrible realidad: la muerte de un hombre por otros hombres. Más tarde vi varios fusilamientos. Ninguno dejó en mi memoria tan profunda impresión como el del joven soldado. Un episodio de la bárbara realidad revolucionaria estremeció la conciencia infantil de —más tarde lo sabría— uno de sus hijos.

Mi padre, como médico o amigo, visitaba casas de pobres y ricos. En algunas ocasiones lo acompañaba. Íbamos en tranvía, en carretera de bandera azul y algunas veces en uno de los pequeños taxímetros franceses que ya rodaban por la ciudad; así llegué a ir a Tlalpan, Coyoacán o Atzacapotzalco. En este último lugar se levantaba una colonia en la que vivían algunos de los “científicos” que eran amigos de mi padre desde los días del Instituto de Oaxaca, como el jefe de ellos, Rosendo Pineda; quizá también, Reyes Espíndola. De esas visitas recuerdo particularmente una casa que estaba a la espalda del Ayuntamiento de La Villa. Yo esperaba a mi padre en un pequeño recibidor. Lo extraordinario eran las paredes totalmente cubiertas de cuadros, casi todos de bellos paisajes. Los dueños —guardo su imagen vagamente—, dos señoras que atendían a mi padre con gran cortesía. Era la casa de José María Velasco. Él ya había muerto y el luto de sus familiares y el cuidado de sus pinturas daban a la casa el carácter de un imponente monumento a su memoria.

Pero mi más vivo recuerdo de La Villa, es el del pueblo mismo. En su vida normal, un pequeño mundo cerrado, dominado por la iglesia. Sus puntos de referencia: la Colegiata, el Convento de “las coloradas”, El Pocito de aguas sulfurosas que los visitantes sacaban, para beberla, en grandes cubos de cobre. Muy cerca, en los límites del pueblo, empezaba a extenderse una colonia miserable, la Martín Carrera.

La paz del pueblo enervaba, tranquilidad que se rompía a fines del año. Desde noviembre llegaban verdaderos ríos de gente, algunos grupos organizados; otros, los más, familias que habían hecho largas caminatas. Acampaban en el atrio de la iglesia, en las calles, en los jardines. Rezaban o cantaban en coro. Siguiendo a estos hombres, mujeres y niños, venían los vendedores de todo lo imaginable. También los que instalaban juegos y loterías y hasta una compañía de artistas chinos, malabaristas y músicos muy pobres que interpretaban canciones extrañas, hacían suertes y vendían abanicos.

Ir de la Villa a la ciudad era una aventura fascinante. Tomar el tranvía, recorrer llanos casi despoblados hasta Peralvillo, llegar al Zócalo y de ahí hasta el Teatro Principal, el Colón o el Arbeu, sin dejar de ver uno solo de los aparadores de las tiendas. Podíamos ir también al Salón Rojo. Exhibían películas de las grandes divas italianas o francesas o de Max Linder. Veíamos nuestras figuras deformadas en los espejos curvos. Todo eso lo anunciaba desde lo alto el faro de luz azul que el Salón Rojo tenía en su fachada.

No puedo precisar si la zona oriente de la Villa se inundaba o el lago llegaba hasta ella, pero en alguna época del año se escuchaban las detonaciones de las armas de los cazadores de patos; también usaban un sistema salvaje que llamaban armadas. Por el lado poniente de la Villa había grandes haciendas lecheras rodeadas de verdes pastizales y alfalfares. Por el rumbo de Aragón saltaba un géiser, se decía que al principio del siglo llegó a tener muchos metros de altura; lo que yo alcancé a ver era muy pequeño.

Todavía hoy me sorprende mi distanciamiento de las prácticas religiosas a pesar de que viví mi infancia rodeado de ellas. Lo atribuyo principalmente al pensamiento liberal de mi padre. Aun cuando mi padre era profundamente creyente nunca perteneció a cofradías o asociaciones religiosas, iba a la iglesia pero a misa solamente una vez al año, en diciembre. Por lo que a mí toca jamás fui a “la doctrina”, ni siquiera hice la “primera comunión”, no era necesario. Yo podía no creer. Pienso que la fe de mi padre era tan pura que nos cubría a todos.

¿Qué sobrevive de los años de mi infancia transcurridos en la Villa? Las figuras de la escuela, los maestros, los amigos se hicieron amarillas, desvaídas, lejanas. Quedó ciertamente el paisaje, como trasfondo remoto, triste y profundamente mexicano y sobre todo, el espectáculo de un pueblo, que yo sentía que era mi pueblo, infinitamente pobre, que se acercaba en oleadas cada año a la iglesia, como a una última absurda e imposible esperanza.

### *Hermosillo, Los Angeles, Cananea*

Mi padre estuvo dos veces preso durante el huertismo. Sus ideas y sus relaciones con los revolucionarios lo hacían peligroso. Cuando fue puesto en libertad ofreció sus servicios como médico a los revolucionarios. Entiendo que con ese carácter estuvo en Zacatecas y otros estados de la república. Más tarde, en Sonora, llegó a ser director del Hospital Militar de Hermosillo y, al mismo tiempo, maestro en la escuela Cruz Gálvez que habían fundado los revolucionarios. Mi hermana, mi madre y yo pronto nos reunimos con él. Hicimos un viaje larguísimo cruzando campos todavía azotados por la lucha revolucionaria. Vi, con espanto, cómo de los postes del telégrafo colgaban los cuerpos de los ahorcados. Embarcamos en El Bonita, una pequeña nave sobrecargada y casi a punto de zozobrar. Así llegamos a Mazatlán para tomar el tren hacia Hermosillo; esa parte era peligrosa porque la tribu yaqui, todavía beligerante, asaltaba con frecuencia los trenes y cometía actos de extrema crueldad.

El viaje dejó en mí profundas huellas: ver la Revolución

en su exacta medida de tragedia y la tierra abandonada y estéril. Pero, en cambio, algo se fijó con belleza deslumbrante, la mayor experiencia que un niño pueda tener: conocer el mar. Llegamos a Hermosillo. Nos recibió un calor de fuego. Un clima de terror. Por las noches una calma pesada paralizaba todo. Las ramas inmóviles de las palmeras eran de un metal ardiente. Nuevo hogar en Ocampo número uno, frente a la plaza, el bello jardín de grandes ceibas; del otro lado del Palacio de Gobierno, en una esquina, vivía el gobernador don Adolfo de la Huerta; ciertas noches de silencio, abiertas las ventanas de su casa, como todas en Hermosillo, se le oía cantar.

Al principio no fui a ninguna escuela. Más tarde me inscribieron en la Academia del profesor Aja, maestro de varias



Campesinos comiendo

generaciones. En su academia se preparaban jóvenes para ser secretarías o empleadas de comercio; era una modesta pero útil institución educativa. Tengo entendido que una calle de Hermosillo lleva, en justo homenaje a su memoria, el nombre del profesor Aja. Al mismo tiempo que en la Academia yo recibía, en mi casa, lecciones del maestro Ángel Arriola. Eran pláticas en las que me enseñaba un poco de todo. Don Ángel era un excelente gramático y preparaba entonces un libro sobre el español de Sonora.

Después se fundó una escuela de agricultura en la hermosa finca de un antiguo gobernador porfirista. Los maestros eran agrónomos o estudiantes de la Escuela Nacional de Agricultura en Tacuba, que la abandonaron para sumarse al movimiento revolucionario. También algunos profesionistas radicados en Hermosillo, como el doctor Paliza, médico eminente. La escuela estaba en la Villa de Seris, separada en aquel tiempo de Hermosillo por el río. De ella recuerdo sus avenidas de chopos centenarios en los que vivían iguanas de pieles esmeralda, azules y amarillas, y de sus ramas colgaban los asombrosos nidos de las calandrias. Era ingrato estudiar ciertos textos como la física de Ganot, la química de Victoria o las matemáticas de Wenworth y Smith. En cambio me encantaban los libros de botánica y zoología y las prácticas escolares. Cultivábamos en pequeñas parcelas, verduras. Partíamos los jitomates y los extendíamos en grandes

tablones para que el sol los deshidratara. Ahora todo eso ha desaparecido, mi casa, la escuela, las ceibas de la plaza.

Los días transparentes terminaron. Mi padre pidió su baja. Mi madre enfermaba por el clima durísimo. Nuevamente huimos. Mi madre, mi hermana y yo a Los Angeles, en California. Otra casa, hacia el oeste de la ciudad, un bungalow viejo y precioso ¿cerca de la Avenida Normandie? Todos los días iba al centro, a una escuela más, en Hill Street. Allí un maestro, en un inglés un poco despeinado, nos contaba sus aventuras en Sudamérica como agente de Sherwin Williams.

El cine principiaba su fantástico despegue. Si se visitaban los estudios podía verse de lejos a las estrellas: Chaplin joven manejando su Stutz rojo, Mary Pickford, las hermanas Gish, Dorothy Phillips, Mae Marsh. Las columnas y los elefantes colosales de cartón y yeso se deshacían con el sol y la lluvia, los escenarios de *Intolerancia*, una de las gigantescas producciones de Griffith.

Volvimos a México pero no a Hermosillo sino a Cananea. Mi padre instaló su consultorio en el único edificio para despachos que entonces existía, en el Ronquillo. Desde las ventanas se veía el Banco y enfrente grandes bodegas con un estribo alto para facilitar el manejo de las cargas. En él, según una fotografía histórica, se formaron algunos de los *rangers* que el gobernador Izabal llamó de Estados Unidos para ahogar la huelga.

Llegamos a Cananea tal vez a principios de 1918. Un cambio absoluto. Las montañas, impresionantes, parecían metálicas. Al principio vivimos en un pequeño hotel, el Sonora; era una construcción de madera de dos pisos. En el primero una pequeña estancia con una mesa de billar, el comedor, la cantina y la cocina. En el segundo las habitaciones. Un hotel del lejano oeste. A menudo llegaban gringos que se atrevían a venir de Naco o de más lejos, en sus Pathfinder, sus Pierce-Arrow, sus Dodge o sus pequeños Overland. Después nos cambiamos a un bungalow que tenía una preciosa chimenea. Quemábamos trozos de encino que llenaban la casa de un perfume seco y amargo.

El Hotel Sonora, tan pobre, es, no obstante, un episodio inolvidable. Una mañana, por ejemplo, al correr la cortina de la ventana de mi cuarto, vi que todo había cambiado. Las casas, las calles, los árboles, amanecieron cubiertos de un pesado manto blanco. Había nevado toda la noche. Conocer la nieve para un muchacho del sur, es una fecha en su vida: ¡lo que había leído en los libros y visto en las películas existía, frente a mí, con su imponente, infinita, ondulante blancura!

En Cananea, mi madre tenía una amiga norteamericana que vivía del "otro lado"; hacía viajes con frecuencia y traía cosas, telas para vestidos, estambres, revistas y algunos libros, lo que no se podía comprar en Cananea. No sé por qué me tomó cariño. Un día me regaló un libro, la *Spoon River Anthology* de Edgar Lee Masters. Fuera de los poemas de los textos escolares, no había leído poesía y mucho menos en una lengua extraña. ¿Qué importaban a un muchacho solitario las vidas de Herman Altmar o Sarah Brown, figuras oscuras de un pueblo insignificante? Sin embargo leí el libro sombrío.

Vivíamos contraesquina de una iglesia protestante; por un



lado la casa daba a unos terrenos baldíos, a lo lejos uno de esos panteones de los pueblos mexicanos, olvidado y ruinoso. Cuando volví a Cananea, muchos años más tarde, aún quedaban el bungalow y la iglesia de ladrillo rojo pero ya no podía verse el antiguo cementerio. Frente a nuestra casa como camino obligado pasaban los cortejos fúnebres. Recuerdo uno que se enlaza con la experiencia que ya he contado de la Hacienda de Aragón. Todo pasó como un relato de Bret Harte o mejor como uno de esos juicios, sin instancia, tan frecuentes en la Revolución Mexicana: asaltaron el Banco. El presidente municipal mandó imprimir unos volantes en papel para cigarros, pidiendo voluntarios para perseguir a los asaltantes. Quienes acudieran debían presentarse con sus armas y caballo. Muchos obedecieron. Alcanzaron a los asaltantes. Los vi pasar. Los delincuentes atados los brazos a la espalda. Oí, a lo lejos, los disparos.

Llegó el otoño y el aire fino y ya frío de la sierra barría suavemente Cananea. Por ese tiempo y con un amigo, el hijo de un dentista gringo, salía al campo a recoger bellotas, unos pequeños frutos que una especie de encinos enanos dejan caer. La tierra se cubría al atardecer de flores blancas, estrellas de cinco pétalos que salían de sus minúsculos bulbos que con dulzura de jícamas, podían comerse. Vimos conejos, liebres y a menudo serpientes que se deslizaban sonando sus crótalos.

Por aquel tiempo se extendió una epidemia, la mortal influenza española. Muchos de los mineros solicitaron los servicios de mi padre en vez de atenderse con los médicos de las compañías, sin duda por el idioma o por el mal trato que a los mexicanos daban los extranjeros. Mi padre ganó la estimación de los mineros a tal punto que sin ser nativo de la región, sin pertenecer a ningún partido político, lo eligieron diputado federal para la XXVIII Legislatura. No fue fácil: sus contrincantes eran un ingeniero Hoyos y el viejo revolucionario profesor Luis G. Monzón, que se hacía llamar pri-

mer comunista mexicano, hombre pintoresco pero sin duda valioso y prestigiado.

Mi padre dejó Cananea antes que nosotros. Debía presentar en cierta fecha sus credenciales y papeles. Empacamos las cosas en grandes cajas que tardarían meses en llegar a la capital. El bungalow quedó con sus nobles muebles. Iríamos a Nogales, de ahí a Tucson en automóvil y en seguida a San Antonio Texas, en una larguísima etapa. Vi por última vez la iglesia roja, el panteón y el humo de las chimeneas de las Cuatro C. Pero eran otros mis ojos. Los frescos y deslumbrados de la infancia quedaban en esa tierra, para siempre.

Llegamos un atardecer a San Antonio Texas. Se abría una noche de locura. La gente se abrazaba, bebía, cantaba en las calles. El armisticio. La guerra mundial había terminado. La última guerra. No habría más guerras, una terrible e inmensa lección que no se repetiría jamás. Los políticos ideaban ya instrumentos jurídicos que impedirían catástrofes semejantes. Pronto los libros pacifistas estarían en las manos de los jóvenes: *La grande ilusión*, *Las cruces de madera*, etcétera.

De nuevo en la capital nos instalamos en la planta baja de una casa, esquina de Dolores y Nuevo México, hoy Artículo 123. Es decir a dos cuadras de la Alameda, a dos también del mayor mercado de la ciudad, el de San Juan, y a una de la tumultuosa avenida de San Juan de Letrán. El sitio era como el corazón de la ciudad que empezaba a dejar caer sus velos de provincia.

El crucero de Nuevo México y Dolores, fascinante. En una de sus esquinas la célebre pulquería La Paloma Azul. En la otra una botica encantadora con su botamen alemán o francés cubriendo los anaqueles y sobre el mostrador dos de esos grandes frascos de cristal que sostenían, unos sobre otros, a varios más —adorno obligado de las farmacias del siglo XIX— que los boticarios llenaban de agua de colores. Y contra esquina de la botica, La Sevillana, la gran tienda de abarrotes de entonces. Cuando llegó la Navidad se convirtió en

una fiesta. Exhibía sus tesoros: la colación en todas sus calidades y precios, los quesos de Holanda o Francia, los vinos generosos de España en sus botellas doradas y alambradas y en el cuello borlas de seda amarillas y rojas (quienes no las conocieron no pueden entender el sentido del verso de López Velarde: “pasaban como botellas alambradas y destilando un invisible alcohol”) y también, por supuesto los vinos del Rhin en sus botellas alargadas y altas, las ginebras en sus porrones de barro y, rojas o blancas, las cosechas ilustres de los castillos de Francia, y por supuesto, los mazapanes de Toledo en sus estuches, como si fueran joyas. El barrio chino estaba a espaldas de nuestra casa. Era una calle y un angosto callejón con sus cafés pintados de ese rojo opaco típico y las tiendas que en sus aparadores enseñaban muñecas, porcelanas, tés y perfumes misteriosos.

Me inscribieron en la preparatoria, pero no asistiría al edificio grande sino a la “perrera” en el viejo edificio —cuyo primer piso estaba semi hundido— de San Pedro y San Pablo. Los Olmedo Agustín y Álvaro, posteriormente brillantes ingenieros, pasaban por mí y los tres llegábamos a la perrera. A veces en la Avenida Juárez o en Madero, supongo que cuando tenía que asistir a una ceremonia importante, veíamos al presidente de la República rumbo al Palacio Nacional, en su landó tirado por caballos relucientes. Un piquete de guardias presidenciales cubría el frente y otro la retaguardia, el mausser corto a la espalda y en la mano izquierda una lanza en cuya punta ondulaba un banderín morado y negro. A su paso la gente aplaudía y Carranza se tocaba levemente el sombrero alto de seda.

De mi paso por la perrera guardo pocos recuerdos. Formé parte del grupo 1-F que era el de los mayores a pesar de que yo era casi un niño. Cuando terminó el curso nos retratamos. Éramos once; en la foto ya amarillenta rodeamos al prefecto de la escuela don Daniel Huacuja, masón de muy alto grado y académico de la lengua. Tres, cuando pasaron los años, González, Pazy y mi entrañable amigo Luis Pérez Reguera optaron salir de la vida por la puerta falsa, pero en el tiempo que relato todo era para ellos distinto.

Huimos del barrio alucinante. Las ratas y el ruido nos empujaron hasta San Rafael. Una colonia en rápida decadencia, pero en sus calles principales se conservaban muchas de las grandes residencias porfirianas, en Sadi Carnot, Gómez Farías, Manuel María Contreras, las Artes se levantaban las casas de Ramón Corral, Porfirio Díaz Jr. y en una esquina de las Artes la enorme mansión del general Manuel González, presidente fantasma de México.

También en Artes y Rosas Moreno estaba la residencia de piedra rosa que mucho tiempo más tarde de la época que cuento, habitó Renato Leduc. En su fachada, por Rosas Moreno, tenía esculpido en grandes letras el nombre de su constructor y primer propietario, Barón Gregoire de Wollant, personaje pintoresco, marino de brillantes uniformes y embajador del Zar de Rusia ante el dictador mexicano. Me detengo a hablar del San Rafael que conocí porque fue uno de los tantos escenarios de mi vida que se han desvanecido. Ahora es una colonia sin rostro y poco queda de su antigua dignidad.

Volví a la preparatoria pero ya no a la perrera sino a la

Preparatoria, al palacio de fachada de piedra y tezontle que cuando llovía era como un tapiz de terciopelo rojo llameante. La de los grandes patios y corredores de imponentes arquerías, la de los espacios abiertos imaginados para levantar el ánimo, pensar pensamientos y soñar sueños. Nada en mi pasado era semejante.

El horizonte era otro. Entraba a un mundo nuevo. En la Preparatoria enseñaban los maestros famosos. Se podía escuchar a Antonio Caso, a Lombardo, a Sotero Prieto, a López Aguado, a Isaac Ochoterena, a Erasmo Castellanos Quinto, a tantos más. Y fuera de sus muros, las conferencias, los conciertos, los teatros, las revistas y los libros. Los jóvenes leían los cuadernos de la editorial Cultura, las colecciones como la Universal, uno de cuyos títulos, el *Sashka* de Andreiv, dejó una profunda huella en el alma romántica de muchos de mis compañeros.

La Revolución, más sangrienta que nunca, no apagaba sus fuegos. Pero ya no era una lucha por vengar la muerte de Madero y el sacrificio de Pino Suárez, ni por castigar al usurpador, sino por el poder. Las facciones se despedazaban, los caudillos caían uno tras otro. La terrible catarsis que sigue a todas las revoluciones. Esto, por supuesto, se reflejaba en mi escuela. Los jóvenes no eran indiferentes. No pocos —sus hogares se adornaban con el retrato del General Díaz de gran uniforme— afirmaban que todo eso que nos rodeaba era un desvarío, que pronto la república volvería a la razón y que hombres, como en el pasado reciente, inteligentes, decentes, gobernarían en orden a México. Hacían burla de los generales ocultos, de los soldados del sur vestidos de mantas raídas, de los yaquis silenciosos, de los norteños violentos. Eran, en suma, los representantes tardíos de una sociedad muerta, los nostálgicos condenados a desaparecer. Las listas de asistencia estaban salpicadas de nombres de revolucionarios eminentes cuyos orgullosos descendientes empezaban a formar una nueva aristocracia. Aparecían también los estudiantes críticos que imaginaban una organización distinta cuyos apoyos serían obreros, campesinos y estudiantes; en el fondo, en mayoría, quienes pensábamos que la Revolución era una larga y trágica experiencia que no podía perderse, una hermosa y dramática lucha por la dignidad de un pueblo, el nuestro. La Revolución rompió las defensas de cristal que protegían nuestra infancia y adolescencia. Al mover a nuestras familias y deshacer la vieja calma también cambió nuestras vidas, nos arrastró por caminos desconocidos y, por encima de todo, nos reveló al ser mexicano en su dimensión humana y verdadera. Aun cuando no lo quisiéramos marcó indeleblemente nuestras conciencias. Crecimos en medio de sus torbellinos. Fuimos, inevitablemente, los hijos de la Revolución.

Hoy se dice que el tiempo ha pasado, que es preciso aceptar la modernidad que nos empuja, que la tecnología, la economía, las relaciones internacionales son otras; que muchos de los fines y medios que la Revolución creó son ya retórica vacía y que es urgente crecer y formar un Estado y hasta una patria diversos. Sí, tal vez todo eso sea cierto, pero nosotros sabemos que ninguna transformación política, social, puede ser duradera, real, si no se apoya en la clara voluntad del pueblo. Y esa es la interrogación inevitable. ♦



Soldadera. Archivo Salvat

# LA REVOLUCIÓN MEXICANA Y SU IMPACTO EN LA COMUNIDAD CHICANA

Axel Ramírez

La Revolución Mexicana tuvo un fuerte impacto en la comunidad chicana porque colocó a ésta en un grave dilema ya que tuvo que elegir entre dos distintas lealtades. El movimiento armado de 1910 produjo cambios drásticos a lo largo de la frontera y aun dentro de Estados Unidos, afectando las relaciones bilaterales, ya que revolucionarios y contrarrevolucionarios usaron la frontera como base de operaciones; se propició el bandidaje y la depredación, y los pequeños pueblos fronterizos, asentamientos y grandes ranchos, servían como bastión para el aprovisionamiento de armas y víveres. Varios inmigrantes mexicanos se protegieron en los enclaves chicanos y en éstos formaron grupos de presión para apoyar a las diversas facciones en México, influyendo en los políticos anglosajones para que a su vez tuvieran injerencia sobre Estados Unidos frente a su relación con México. Aunque todo parece indicar que nunca existió una simbiosis real entre anglos por un lado, y chicanos-mexicanos por el otro, económicamente el área fronteriza funcionaba como una unidad cohesiva en la que existía un biculturalismo funcional, en el que se movían los tres grupos, porque aun con la llegada de la Revolución, los mexicanos continuaron trabajando en empresas anglosajonas y el ganado mexicano siguió encontrando mercado en el vecino país del norte.<sup>1</sup> En su inmensa mayoría, los mexicanos trabajaban en la agricultura y muy pocos habían desarrollado una conciencia política para participar más allá de las luchas locales, aunque algunos lograron ligarse a radicales anglos. Al estar más interesados en los problemas de México que en su propia situación como trabajadores en Estados Unidos, no es nada extraño que la figura de Ricardo Flores Magón influyera notablemente cuando llegó a ese país en 1904, con el intento de organizar el movimiento armado para derrocar a la dictadura,<sup>2</sup> planeando la Revolución desde San Antonio y San Louis, donde evadiendo a

los agentes del Servicio Secreto mexicano publicó *Regeneración*, que llegó a alcanzar un tiraje de 30 000 ejemplares.

El Partido Liberal Mexicano (PLM), cuya plataforma de principios se basaba en una revolución anarquista, comenzó a organizar a los trabajadores mexicanos y chicanos por medio de líderes singulares, como fue el caso de Práxedes G. Guerrero, ex minero de Colorado y talador en San Francisco, quien organizó la célula denominada Obreros Libres, en Morenci, Arizona,<sup>3</sup> al igual que el Club Liberal, fundado entre otros por el propio Magón en El Paso, integrado por mexicanos de ambos lados de la frontera. Dado el carácter anarquista del PLM, las mujeres tuvieron una participación activa, a nivel de lideresas inclusive. Sara Estela Ramírez, de Laredo, apoyó fuertemente a Flores Magón y fundó la Sociedad de Obreros Igualdad y Progreso; Elisa Alemán, de San Antonio, fue una apasionada oradora que reclutó muchos adeptos para el Partido; Margarita Ortega y su hija Rosaura Gortari, junto con una comadre de ésta, Natividad Cruz, fueron ejecutadas por cruzar las líneas enemigas y ayudar a los heridos,<sup>4</sup> mientras que en El Paso, la organización femenina Cinco de Febrero decidió ayudar a los heridos y familiares de los difuntos, organizando bailables y banquetes para recaudar fondos. Los anarquistas buscaron apoyo en elementos anglosajones de la misma corriente, mientras que los socialistas, como Lázaro Gutiérrez de Lara, formaron alianza con los socialistas norteamericanos.<sup>5</sup> Gutiérrez de Lara fue un personaje muy singular, distinguiéndose por dictar una serie de conferencias en plena calle, como fue su célebre disertación: "Origen de la revolución en América Latina", sustentada cerca del barrio mexicano en El Paso.

Las cifras oficiales señalan que 103 000 inmigrantes entraron a Estados Unidos en 1900, aunque la cantidad se antoja sumamente desproporcionada, ya que para 1910 se estima un total de 22 000, pudiendo ser, de acuerdo con los expertos, hasta de 500 000.<sup>6</sup> Aunque Gamio especifica que de 1899 a 1921 fueron admitidos en Estados Unidos 278 038 inmigrantes mexicanos,<sup>7</sup> y Meyer calcula para el periodo 1910-1920, 300 000,<sup>8</sup> no cabe la menor duda de que esa mi-

\* La palabra "chicano" se empleó durante muchos años como un término peyorativo de origen desconocido; fue popularmente utilizado a principios de siglo por la clase trabajadora para autodesignarse, y en la década de los 60 el movimiento estudiantil y los activistas otorgaron a "chicano" una connotación política. El término "mexico-americano" ha sido el tradicionalmente utilizado por el gobierno para neutralizar al Movimiento Chicano, y los que lo aceptan como sello distintivo, no se comprometen con él.

<sup>1</sup> Véase García, Mario T. *Desert Immigrants; the Mexicans of El Paso, 1880-1920*. New Haven, Yale University Press, 1981.

<sup>2</sup> Acuña, Rodolfo. *Occupied America; The Chicanos Struggle toward Liberation*. Harper and Row, New York, 1972, p. 150.

<sup>3</sup> *Ibidem*. p. 151.

<sup>4</sup> *Op. cit.*

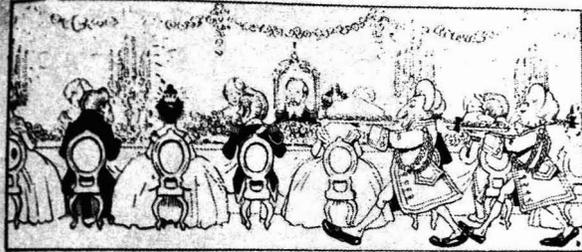
<sup>5</sup> *Ibidem*.

<sup>6</sup> Bustamante citado por Acuña, p. 50.

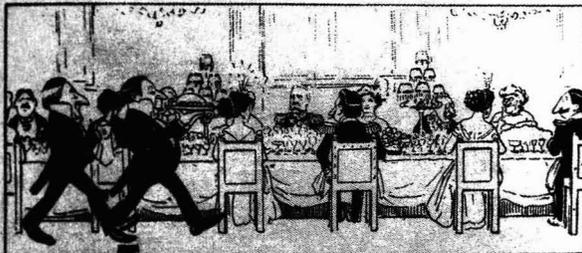
<sup>7</sup> Gamio, Manuel. *El inmigrante mexicano*. México, Porrúa, 1967, p. 11.

<sup>8</sup> Meyer, Jean. *La Revolución Mexicana*. Barcelona, DOPESA, 1975, p. 96.

## LAS RECEPCIONES DEGENERAN



En tiempo de Maximiliano



En tiempo de Don Porfirio



En tiempo de Madero

"Las recepciones degeneran". Caricatura de *La Risa*, CESU-UNAM

gración masiva dejó impreso su carácter en la comunidad chicana, porque aumentó demográficamente la población mexicana, y por otro lado, reforzó el sentimiento de pertenencia a una mexicanidad que estaba nebulosa entre los chicanos. A su vez, dicha migración generó un grave problema, ya que los chicanos fueron prácticamente incapaces de controlar la inmersión de estos elementos en el seno de su sociedad.

La Revolución captó inmediatamente la atención de los chicanos y acrecentó el nacionalismo de los mexicanos, quienes se vieron obligados a asumir diversas actitudes por la posición eminentemente estratégica del área Ciudad Juárez-El Paso, que fue una de las más involucradas, ya que también constituyó un refugio lógico para exiliados políticos, algunos de los cuales recibieron ayuda de la comunidad chicano-mexicana, y llegó a constituir el principal foco de abastecimiento de municiones.

La depresión económica de 1907 creaba en Ciudad Juárez un medio de cultivo fértil para las actividades revolucionarias, lo que propició que un rebelde mexicano de apellido Luján se introdujera a El Paso, procedente de Chihuahua, desde donde se trasladó a un asentamiento llamado San Elizario, para organizar un grupo de 65 hombres armados,<sup>9</sup> con la intención de regresar a México y combatir a las tropas federales. Los "pelones" estacionados en Juárez anuncian la llegada de más tropa para reforzar la plaza, lo que provoca

una serie de airadas protestas por parte del cónsul norteamericano en Juárez, quien alega una flagrante violación a las leyes de neutralidad de Estados Unidos por parte del gobierno mexicano y ordena una serie de investigaciones acerca de las actividades de los rebeldes en la zona, encontrando que Lauro Aguirre y Víctor L. Ochoa enviaban armamento a México. Ochoa fue capturado en el condado de Pecos, al sureste de El Paso, bajo el cargo concreto de organizar una fuerza armada en territorio norteamericano, violando la neutralidad.

Lauro Aguirre, un ingeniero civil de Chihuahua, fue arrestado junto con el periodista Flores Chapa, acusados por el cónsul mexicano de hacer planes para iniciar en México un movimiento armado.<sup>10</sup> Una vez puestos en libertad, se dirigen a El Paso para apoyar a Flores Magón y retroalimentar al Partido Liberal. Los magonistas establecen su cuartel general en Chihuahuita, uno de los barrios más famosos de El Paso, situado en el distrito mexicano. Fundan allí el Club Liberal, del que fue presidente el propio Aguirre, pero ante las constantes redadas por parte de la policía, se vieron obligados a desalojar el cuartel, trasladándose en ferrocarril hasta Los Angeles. En su precipitada huida, abandonan documentos comprometedores que los ligan con células en Laredo, Brownsville, Eagle Pass, Del Rio, San Louis y Douglas, que conducen a la captura de sus principales lugartenientes: Aguirre, Villarreal y Carmona.<sup>11</sup>

Cuando abortó el movimiento magonista, Francisco I. Madero obtuvo un éxito inesperado entre los habitantes de El Paso. Después de haber sido bloqueado por Porfirio Díaz para llegar a la presidencia en 1910, Madero lanza desde su cuartel, en San Antonio, un llamado a las armas que se conoció como el Plan de San Luis Potosí, en el que demandaba reformas políticas y la revitalización de la Constitución de 1857, obteniendo notoriedad, especialmente a lo largo de la frontera. Poco tiempo después, Madero se traslada a El Paso estableciendo su cuartel general en el Hotel Planters, y envía agentes a Denver, Oakland, Kansas City y Chicago para reclutar hombres y conseguir armamento. Por fortuna Madero encuentra apoyo y simpatía entre algunos políticos exiliados mexicanos, trabajadores inmigrantes, varios chicanos, e inclusive algunos anglosajones que le proporcionaron armas y municiones.

Parte significativa de la comunidad chicana ayudó a la causa colectando fondos y estableciendo un hospital para los revolucionarios en Chihuahuita, dirigido por el médico anglosajón I.J. Bush. Chicanos y mexicanos organizaron kermeses y bailes en el local de la logia La Protectora, cuyos fondos también estaban destinados a la causa. El 8 de mayo de 1911 los insurrectos inician su ataque sobre Ciudad Juárez; dos días después cae la estratégica ciudad fronteriza y Madero la proclama capital provisional de México. Durante la batalla, los curiosos habitantes de El Paso se peleaban entre sí para obtener posiciones clave en techos y azoteas de los edificios más altos y poder ser testigos oculares de la batalla, lo que a muchos les costó la vida debido a proyectiles extraviados. Al término de la batalla, cerca de 10 000 mexicanos, inclui-

<sup>9</sup> Maciel, David y Patricia Bueno. *Aztlán; historia contemporánea del pueblo chicano*. México, SepSetentas, 1976, No. 245.

<sup>10</sup> García, Mario. *Op. cit.*, p. 174.

<sup>11</sup> *Ibidem.*, p. 176.

dos varios cientos de chicanos, acompañados de una banda de música, cruzaron el puente para rendir tributo a los maderistas.<sup>12</sup> Cuando Pascual Orozco se revela contra Madero encuentra muchos seguidores en El Paso, los *Red Flaggers*, sobre todo entre los acaudalados exiliados porfiristas, lo que conduce a la creación de grupos de apoyo a Madero denominados Defensores del Orden, algunos de los cuales incluían a chicanos y mexicanos inmigrantes, que coadyuvaron a demostrar que la ciudad fronteriza permanecía totalmente maderista.

A más de un año de haber sido electo presidente, Madero es traicionado por "El Chacal" Victoriano Huerta durante la Decena Trágica, siendo asesinado. La guerra civil entre los constitucionalistas de Carranza contra Villa, por un lado, y Huerta por el otro, se convirtió en una gesta sangrienta usando El Paso como base de operaciones de ambas facciones, aumentando la tensión en toda la frontera que se torna aún más peligrosa con el incidente de Tampico y la invasión de Veracruz en abril de 1914. Los cuerpos de infantería y caballería destacados en Fort Bliss comenzaron a patrullar Chihuahuita, a pesar de que la población residente no demostró abiertamente ninguna inclinación para otorgar apoyo a Huerta o Carranza. Ante el giro que estaban tomando los acontecimientos, el alcalde Kelly tuvo que declarar:

<sup>12</sup> García, Mario, *Op. cit.*, p. 182.

Los mexico-americanos como ciudadanos norteamericanos tienen derechos y obligaciones aquí como cualquier otro norteamericano, por lo que tenemos razón para creer que apoyarán a nuestro gobierno para preservar la paz.<sup>13</sup>

La psicosis de la población anglosajona se dejó sentir inmediatamente: comenzaron a correr el rumor de que los sirvientes chicanos envenenarían a su patrones, ya que la población mexicana se estaba levantando contra los *gringos*, lo que originó un fuerte sentimiento antimexicano en El Paso, y levantó un marcado odio contra los chicanos a quienes los anglos consideraban como traidores. Frente a esta situación, 600 chicanos, bajo el mando de J.A. Escajeda, se ofrecieron como voluntarios para patrullar Chihuahuita como una fuerza de paz. Muchos chicanos otorgaron su lealtad a Estados Unidos y resolvieron pelear a su lado, en caso de guerra con México; Escajeda, personalmente, formó, entrenó y ejercitó una compañía de chicanos para luchar junto a las fuerzas norteamericanas en la eventualidad de un ataque sobre México. Los problemas de identidad cultural florecieron y pusieron a muchos en un dilema, lo que llevó a un soldado mexico-americano a responder, frente a la pregunta de si era mexicano o no:

<sup>13</sup> García, Mario. *Ibidem.*, p. 185.



Madero y el apoyo zapatista. Archivo Juan Sánchez Azcona



Felipe Ángeles con zapatistas y villistas.

No, no lo somos. Somos americanos nacidos y crecidos bajo las barras y las estrellas y con lealtad como cualquier otro norteamericano. Alguna gente en esta ciudad ha dicho que incitará y levantará motines si el presidente Wilson es forzado a llevar tropas a suelo mexicano; pero también estamos dispuestos a empuñar el fusil y marchar junto con los soldados americanos que son de origen anglosajón o céltico.<sup>14</sup>

Ante un supuesto ataque de Francisco Villa a El Paso, las tropas de Fort Bliss comenzaron a movilizarse, y los paseños se vieron obligados a declarar que nunca habían sido hostiles hacia México o hacia los mexicanos. El gobierno de Carranza es reconocido por Estados Unidos en 1915 provocando nuevas tensiones. Villa detiene un tren procedente de Chihuahua matando a 16 anglosajones empleados de la Compañía ASARCO, acto que se conoció como la Masacre de Santa Isabel; el cónsul en El Paso, T.T. Edwards fue acusado públicamente de simpatizar con Villa, llegándose al extremo de que la población anglosajona paseña le gritaba: "*Go back to Juarez with the mexicans!*"

La política que adoptó el gobierno del presidente Wilson fue de *Watchful waiting*, aunque las tensiones provocaron que soldados anglosajones golpearan a varios mexicanos, armándose una verdadera trifulca y generando una brutal cacería, ya que en represalia por la respuesta, los soldados comenzaron a atacar a cuanto mexicano veían en la calle, llegando a usar cuchillos y navajas, por lo que hubo necesidad de declarar la Ley Marcial. La situación se tornó casi imposible

cuando el 9 de marzo de 1916 fuerzas mexicanas, al mando del general Francisco Villa, asaltaron la población de Columbus, Nuevo México, provocando la entrada a territorio nacional de una fuerza expedicionaria de 12 000 hombres bajo el mando del general John J. Pershings, capturando a 22 soldados villistas, los cuales fueron entregados a las autoridades civiles de Nuevo México. En la mayor manifestación violenta de racismo, la policía de El Paso levantó barricadas en las que destacó entre 800 y 1 000 efectivos de la Guardia Nacional. El *Herald*, en su edición del 14 de enero de 1916, publicó lo siguiente:

Hay miles de personas de origen mexicano en El Paso, que son nuestros vecinos y varios de ellos han sido nuestros amigos; trabajan para nosotros, tienen propiedades aquí, patrocinan instituciones educativas y toman parte en la vida de la ciudad. Sus vidas, actos, pensamientos e intenciones son ordenadas; son ciudadanos, o a fin de cuentas, residentes de El Paso y comprendidos dentro de las mismas garantías que tiene cualquier otro ciudadano o residente. No tienen sentimientos hostiles hacia Estados Unidos o hacia los norteamericanos, y deploran el terror y los crímenes de los mexicanos en México, como lo hacemos nosotros.<sup>15</sup>

A pesar de todo, la agresión se volvió más violenta. Un grupo de anglosajones atacó a varios mexicanos en la calle Santa Fe, propiciándoles una terrible golpiza, al extremo que uno de ellos, para evitar el suplicio, gritaba angustiosamente: "*I am not a mexican, I am a nigger!*" Los *Texas Rangers* encarcelaron a gente sospechosa de ser villista, por lo que la represión se generalizó.

Durante la etapa revolucionaria, el gobierno de Wilson envió a México agentes del Servicio Secreto pertenecientes al Departamento de Estado, destacando el mexicano-americano Reginaldo F. Del Valle, descendiente de una vieja familia de *californios*, y un acreditado demócrata. Llegó al país con la finalidad de ayudar a Estados Unidos a elaborar decisiones políticas acerca de cómo afrontar la conflagración. A pesar de su español fluido, Carranza lo rechazó de inmediato porque era solamente "un gringo que hablaba español". A Del Valle le horrorizó Villa, y para él, Obregón era un mediocre, por lo que ambos le parecían incompetentes e incapaces de hacer la democracia, ya que pensaba que un gobierno libre sólo es posible forjarlo con la clase media. Para los chicanos militantes, Del Valle aparece hoy en día como un *vendido* y como parte del mundo psicópata anglosajón, simbolizando la forma en que muchos mexicano-americanos se adaptaron al sistema dominante.

La Revolución Mexicana motivó a los chicanos para volver la mirada sobre sí mismos y encontrar a los héroes más representativos de su grupo. Con esto, México les estaba otorgando el refuerzo básico para la cultura chicana, aunque jamás les proporcionó sustitutos para lograr su verdadera autonomía. ♦

<sup>14</sup> García, Mario. *Ibidem.*, p. 186.

<sup>15</sup> García, Mario. *Op. cit.*, p. 191.

---

# Independencia cultural en la REVOLUCIÓN MEXICANA

*Leticia Santín del Río*

---

En la historia de México han existido discusiones en torno a la búsqueda de una identidad nacional e individual. Identidad como una expresión del ser nacional para afirmar lo propio, el carácter nacional de México y de los mexicanos.

Podemos situar, a fines del siglo XIX, algunos de los orígenes de estas discusiones con la introducción de las ideas de la Ilustración en México, las cuales posibilitaron cambiar la visión que del mundo tenía la sociedad colonial. Se introdujeron conceptos fundamentales con los que se dio un impulso para promover la emancipación de la Nueva España; uno, la idea del progreso, que permitió considerar la posibilidad de lograr el mejoramiento de las sociedades y, otro, la idea de que la existencia podía iluminarse por la razón; así, la fe en la razón hacía factible pensarse a sí mismos como una sociedad y un territorio independiente y crear los propios destinos a partir de las propias circunstancias. Con la asimilación de las ideas del racionalismo ilustrado se posibilitó declarar una independencia intelectual que preparó el terreno para emprender un movimiento de emancipación política, social y cultural de la sociedad colonial mexicana.

Francisco Javier Clavijero (1731-1787), uno de los miembros de la Compañía de Jesús más influyentes del periodo, inicia un examen de conciencia al valorar la historia de México dignificando las capacidades de los mexicanos. Critica a la cultura occidental por ser el centro y América su reflejo; hace un inventario de las riquezas del país redescubriendo sus potenciales así como la valoración de la cultura antigua de México; da los elementos de apropiación indispensables: el pasado y sus recursos, lo que permite asumir una cultura mexicana. Esta valoración es el origen de una dignificación

de lo propio, de la capacidad de cada individuo y de la sociedad para crear el propio destino frente a la servidumbre colonial. Con esta concepción la búsqueda de una identidad se inicia al reconocer lo nuestro, el potencial humano y material, para aprovecharlo en beneficio propio.

El cambio de mentalidad fue propicio para que una minoría ilustrada creara una nueva concepción de México y de los mexicanos. En ella se despertó un interés por la búsqueda de una independencia y una identidad distinta a la de otras sociedades. Esta lucha por la emancipación, principalmente política, condujo en el siglo XIX a los movimientos de Independencia y de Reforma, los cuales reivindicaron la idea de dignificar lo propio así como la afirmación de búsqueda de una identidad. Frente a este espíritu de emancipación las minorías ilustradas no dejaron de interesarse y apreciar la cultura europea. Sin embargo, el deseo de conformar una identidad al construir y afirmar lo propio y responsabilizarse de hacer su propia historia estuvo permeado de un espíritu de imitación de lo europeo. La búsqueda de una identidad se dio tanto en la afirmación de lo propio como en una imitación, y la emancipación cultural no fue tan apremiante como el logro y conformación de una emancipación política.

Con el triunfo del Partido Liberal al ser restaurada la República, en 1867, el país entró a una etapa distinta. Para consolidar la emancipación política así como conformar un Estado-nación fue indispensable constituir una unidad nacional para propiciar un equilibrio político, social, económico y cultural. El pensamiento liberal ganaba terreno en la medida en que se consolidaba la República y con ello se fortalecía la idea de apropiación de nación. La racionalidad ilustra-

da que se fundó en la idea del progreso y en la fuerza de la razón, dio lugar a la introducción de la filosofía positivista, la cual fue adaptada a la realidad mexicana para consolidar la obra emancipadora del liberalismo. El positivismo reivindicó a la razón como elemento potenciador del cambio, al darle importancia a la actividad intelectual y motivar a los individuos a pensar ordenadamente; se contaba con el instrumental necesario para encaminar racionalmente las acciones, las aspiraciones de un querer ser nacional. Los problemas de México debían resolverse mediante esta filosofía que, aplicada al sistema educativo, así como instrumento de la política, diera cuerpo y organizara a la sociedad. Gabino Barreda introduce el positivismo en el sistema educativo adecuando la divisa comtiana: "libertad, orden y progreso" —sustituye amor por libertad, entendiendo a ésta como parte de un proceso evolutivo de la sociedad que marcha con orden y progreso a lograr el bienestar de la comunidad. Si en el país se intentaba consolidar una identidad nacional así como reconstruir sobre bases sólidas, era necesario acabar con la anarquía. Para Barreda la introducción del positivismo significó entrar a una etapa reconstructiva que le daría una nueva fisonomía al país. La actitud positivista de "hallar la verdad", como lo mencionaba Barreda, se traduciría en hechos útiles y constructivos para la sociedad. Ya no existiría más el riesgo de caer en revueltas violentas pues el método científico del positivismo sustituiría, en la conciencia de los hombres, la idea de revolución por la de evolución. A pesar de los beneficios de esta corriente filosófica, su adecuación tuvo un costo cultural, social y político en México. Alfonso Reyes, al reflexionar sobre este periodo, escribió en su texto "Pasado inmediato": "El loable empeño de salvar a la juventud de toda contaminación con las turbulencias que precedieron a la paz porfiriana y el propósito decidido —una vez lograda la higienización positiva— [...] tuvieron un singular efecto: crearon una atmósfera de invernadero y hasta una rareza de campana neumática. Habíamos superado las revoluciones y habíamos superado la era metafísica."<sup>1</sup>

Para Barreda los principios del positivismo fueron adaptados en el Porfiriato ya que perdían sus valores filosóficos para convertirse en una ideología conservadora con la que se defendían los intereses materiales de un grupo dominante. El conocimiento científico como potencial redignificador de las capacidades del hombre cobró sentido como pragmatismo político para beneficio de una minoría al suponer la superioridad de los hombres que sustentaban el conocimiento, por lo que sólo a este grupo le eran reconocidas sus manifestaciones culturales. A su vez, la educación bajo esta visión científicista, desplazó a las humanidades de la enseñanza, colocándolas en un plano secundario. Alfonso Reyes señalaba que por la "Ayuna de humanidades, la juventud perdía el sabor de las tradiciones y sin quererlo se iba descastando. La limitación europea parecía más elegante que la investigación de las realidades más cercanas."<sup>2</sup> Lo europeo atraía y dis-

traía más la atención de una minoría ilustrada. El constante espíritu por imitar y la falta de crítica y discernimiento por lo que podía ser asimilado del exterior, repercutió para que un grupo crítico del positivismo porfirista expresara su descontento por estas carencias, las cuales no permitían conformar una independencia política y cultural.

Por las características adquiridas del positivismo en beneficio del régimen dictatorial, el ambiente político y cultural que dominó durante el porfirismo inmovilizó e impidió, durante varias décadas, el rescate del espíritu de dignificación de lo propio.

El pensamiento propiamente mexicano, el que permite dignificar lo propio de México y los mexicanos, fue, en gran medida, mantenido y valorado por Justo Sierra durante este periodo. Por su postura crítica, el espíritu de dignificación de lo propio fue madurando ideas que hicieron posible lograr la ruptura con la rareza de "campana neumática" que se vivía en el Porfiriato.

La ruptura, mediante la crítica, apareció primero en las conciencias. Ciertos actores sociales como Justo Sierra y el grupo del Ateneo de la Juventud hacen la crítica a lo establecido y llevan su acción hacia una ruptura con el antiguo régimen. Este grupo de intelectuales avisó el rompimiento. Su atrevimiento crítico al sistema tuvo como función reimpulsar lo que para ellos se había mantenido inerte; y, frente a una inmovilidad en todos los ámbitos, se gestó el espacio que permitió poner las armas en la sociedad, esto es, las ideas en las conciencias de aquellos individuos que se encontraban fuera de la esfera del poder. Por la distancia que existía entre quienes gobernaban y la sociedad, durante el Porfiriato, amplias capas de ésta reclamaron un espacio de dignificación individual y social para un desarrollo que les era negado. Este espacio se construyó en las ideas dando, así, un espíritu de ruptura que precedió a la Revolución de 1910.

Este cambio en las ideas, al que denominamos como espíritu de dignificación en la conciencia, se tornó, en la primera década del siglo XX, en la necesidad de promover, mediante la crítica, una redignificación de los individuos y de la sociedad, ante un orden establecido, ante un proyecto nacional, ante la resignificación de un nacionalismo, ante la posibilidad de dar una identidad propia a la cultura nacional mexicana. Por ello, la concepción de identidad que promueve un grupo de intelectuales en la Revolución Mexicana se funda en la idea de la dignidad.

El Ateneo de la Juventud, constituido por filósofos, ensayistas, artistas, humanistas y profesionales, entre ellos Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Julio Torri, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Martín Luis Guzmán, Jesús Acevedo y Diego Rivera, emprendió la crítica y el derrumbe con el pasado inmediato. La ruptura generada por ellos incidió en el ámbito político. Sin embargo, la emprendieron desde la instancia de la cultura. Esta incidencia la lograron mediante conferencias que organizaron, desde 1906, en las cuales atacaron al positivismo porfirista desde el campo filosófico, no el político; con ello propiciaron crear las condiciones para ser los redignificadores pragmáticos de la dignidad y de una identidad nacional, al pensarse a sí mismos y no por medio de

<sup>1</sup> Alfonso Reyes. "Pasado inmediato", en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Prólogo, notas y recopilación: Juan Hernández Luna, UNAM, México, p. 199.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 196.

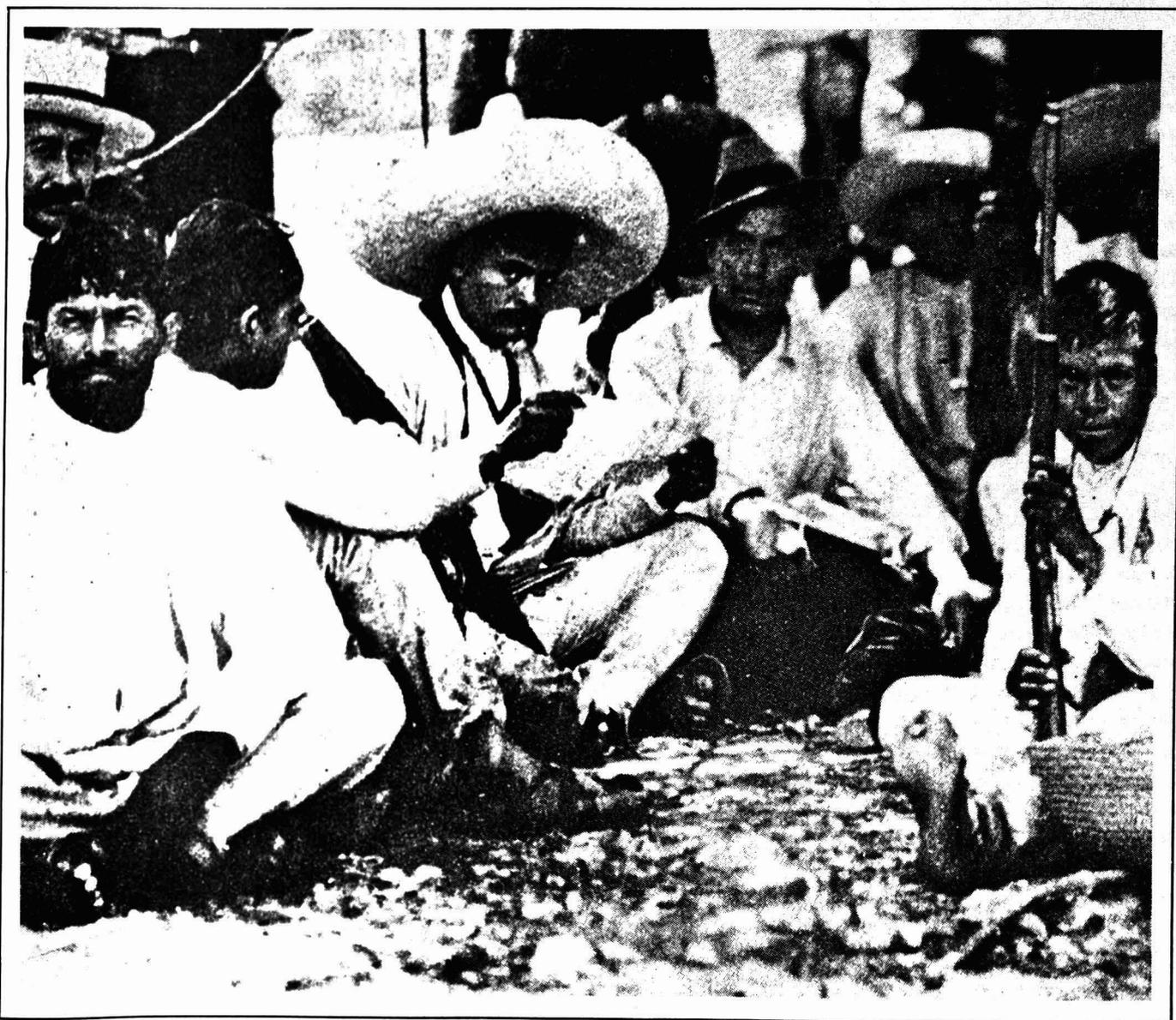
imitaciones. Las ideas críticas, las ideas de ruptura y a la vez de dignificación, tuvieron una estrecha relación con la valoración de las potencialidades de la sociedad para inventar soluciones a sus propios problemas.

Aparecen en el grupo del Ateneo aspiraciones humanistas. Mediante sus series de conferencias y sus círculos de lectura se abren a nuevas perspectivas de conocimiento de la realidad más allá del positivismo. Autores como Bergson, Boutroux, Kant, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Schiller, entre otros, así como el retorno a los clásicos griegos posibilitaron rescatar y fundamentar mejor la cuestión de la tutela de la dignidad del individuo. El humanismo clásico les permitió concebir al hombre como el sujeto que vive en busca de su evolución gracias a la libertad y la creación así como la constante inquietud por el progreso; a decir de Henríquez Ureña, el hombre puede ser individualmente mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de como vive. Asimismo, los ateneístas, al considerar la posibilidad de perfeccionamiento de los hombres (principalmente expresado en la obra de Vasconcelos, Caso, Reyes y Henríquez Ureña) mediante la idea de la "evolución creadora", es decir, de la transformación,

podían inventar y pensarse a sí mismos de manera libre y creativa. De la noción de progreso se desprende la cuestión de que es el pueblo quien hace la discusión, la crítica, con la cual los individuos juzgan, confrontan, tienen una actitud de búsqueda motivada por la creencia de que el hombre está en constante perfeccionamiento. Esta concepción es volver la vista al hombre en tanto creador y, mediante la actitud crítica, las ideas y las doctrinas se someterían a discusión.

Con estas ideas, delineadas a grandes rasgos, los ateneístas pudieron establecer una cultura crítica, elemento fundamental para poner a discusión el sistema filosófico dominante, y fundamentalmente declarar una *independencia cultural*. Los elementos para definir una identidad individual y nacional nacían del espíritu crítico ante las doctrinas filosóficas, ya que eran consideradas como modos de vida.

El aporte sustantivo de los ateneístas en torno a la concepción de dignificación de lo propio, de México y de los mexicanos, durante el periodo que precedió y durante la Revolución Mexicana, fue tratar de definir el sentir de una cultura naciente conforme a su propio desarrollo; la condición para ello fue liberar el pensamiento, no negando lo extraño pero



Zapata con seguidores y periodistas. Archivo Salvat

sí construyendo lo propio. Los jóvenes de esta generación tuvieron un espíritu de apertura a una nueva etapa, de cambios y de dignificación de potencialidades creativas en los hombres frente a actitudes anquilosadas y tradicionales: "México se ha decidido a adoptar la actitud de discusión —nos dice Henríquez Ureña— de crítica, de prudente discernimiento, y no ya de aceptación respetuosa, ante la producción intelectual y artística de los países extranjeros; espera a la vez encontrar en las creencias de sus hijos las cualidades distintas que deben ser la base de una cultura original."<sup>3</sup>

Justo Sierra, en el discurso inaugural de la Universidad Nacional, en septiembre de 1910, manifestó ideas trascendentes para comprender esta valoración. Para consolidar una independencia cultural así como la "determinación de un carácter" —como él lo expresó—, propuso "adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber", vinculando la cultura mexicana a la universal. Con estas ideas se establece, con gran claridad, que la libertad para crear lo propio es también la libertad para reconocer lo ajeno, sin contraponerse el saber mexicano con el saber universal.

La victoria de una emancipación cultural, de la conciencia de que México es para los mexicanos, de la posibilidad de apropiación de la idea de nación que fue conformándose a través del siglo XIX, de una Independencia y de una búsqueda activa de un espíritu liberal desde la República juarista, se consolida cuando se obtiene la dignificación de lo propio y de los valores universales.

En la Revolución de 1910 los actores pensaron en su tiempo, recuperaron un pasado y gestaron un nuevo espíritu y una nueva pasión que permitió la formación de una identidad nacional.

Contra el régimen de operación dictatorial se levantó el pueblo, pero quienes encauzan con claridad crítica, en el período de la Revolución Mexicana, el rescate de la dignidad y un reconocimiento de México y de los mexicanos fueron especialmente los intelectuales del Ateneo de la Juventud, cuya obra trascendió en la cultura de México. Este espíritu de dignificar lo propio, de pensarse a sí mismo con potencialidad creativa, de descubrir el olor, el paisaje, el color, las tradiciones, etcétera, permitió orientar las ideas éticas y estéticas de su tiempo, y significó, también, el reconocimiento de que los hombres y la sociedad contaban con algo muy preciado: su destino de creadores.

En la Revolución Mexicana el espíritu de dignificación restituyó, revaloró como una necesidad histórica y una urgencia nacional, recrear la cultura, modificarla, hacerla nuestra en forma viva; que los actores del momento fueran sujetos actuantes en la conformación de una cultura universal propia.

Buscar la expresión del ser nacional a partir de la dignificación de lo propio permitiría, como lo afirmó Samuel Ramos reunir "lo específico del carácter nacional y la universalidad de sus valores... acendrar nuestra vida propia, sin menoscabo de acercarla al plano de las formas universales."<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Pedro Henríquez Ureña. *Obra crítica*. México, Fondo de Cultura Económica, p. 611.

<sup>4</sup> Samuel Ramos. *El perfil del hombre y la cultura en México*. Buenos Aires-México, Espasa-Calpe, 1951, p. 98.

Este encuentro de lo nacional y lo universal al que Ramos se refiere se inició con los intelectuales y artistas del Ateneo, y lo continuaron los miembros de la generación de 1915, así como los artistas que pertenecieron al movimiento muralista mexicano; el cambio gestado permitió renovar y extender la cultura, resignificarla en el plano nacional, captar los elementos más propios de ella y emprender así una obra de trascendencia universal. Una identidad de carácter nacional con la universalidad de sus valores.

Los signos de revitalización de búsqueda de una identidad nacional que se promueve por la idea de la dignidad comenzaron a manifestarlos los intelectuales que no se cerraron al dogmatismo del positivismo porfirista e intentaron recobrar los elementos para conformar una personalidad y un pensamiento propiamente mexicanos. La idea de pensarse a sí mismos como país y dar respuesta a los problemas nacionales tomando en cuenta las propias circunstancias, preparó el terreno para la irrupción de una emancipación no sólo política ante un régimen dictatorial sino una emancipación social y una independencia cultural.

La posibilidad de construir un destino propio, de hacer la historia a partir de nosotros mismos, se dio en el momento de fortalecer un espíritu de renovación. La apertura a nuevas ideas, y la actitud crítica posibilitaron dignificar las potencialidades de un querer ser nacional.

A partir de la idea de investigar nuestra realidad mexicana, inventar soluciones a nuestros propios problemas y mexicanizar el saber sin desvincularnos de los valores de la cultura universal, se revitalizó la búsqueda de una identidad de México y de los mexicanos.

La generación precursora intelectualmente de la Revolución Mexicana es la que crea las condiciones del resurgimiento no sólo de una pasión ética, de un querer ser nacional, al proclamar y reclamar una forma de vida distinta, sino también al integrar, en la búsqueda por la definición de una identidad nacional mexicana, la defensa de una estética distinta con carácter nacional.

Las ideas filosóficas, los modos de vida, los estilos artísticos de otras partes del mundo fueron considerados, en el período revolucionario, como instrumentos para configurar nuestra realidad. Dar cabida a la libertad de expresión de ideas y de instrumentar las acciones con un espíritu de apertura, redignificó la posibilidad de conformar una identidad propia, recuperar lo nuestro sin imitación.

Los intelectuales y artistas que promueven esta identidad como nación, a partir de la idea de dignidad, cumplen con una necesidad histórica al tener una posición y una necesidad de posesión de la cultura para recrearla, modificarla, hacerla nuestra de manera viva.

A partir de la Revolución Mexicana cambia la perspectiva y la forma de relacionarse de los sujetos con su obra ya que se redignifica la capacidad de explorar, como sujetos actuantes, la historia, las tradiciones, las costumbres, los colores, las formas, las ideas, las imágenes y los mitos.

Este período de atrevimiento por explorar las potencialidades de México y de los mexicanos permitió la conformación de una identidad genuinamente mexicana. ♦

# LOS LABERINTOS DE LA DIALÉCTICA EN LAS NOVELAS DE JOSÉ REVUELTAS

Evodio Escalante

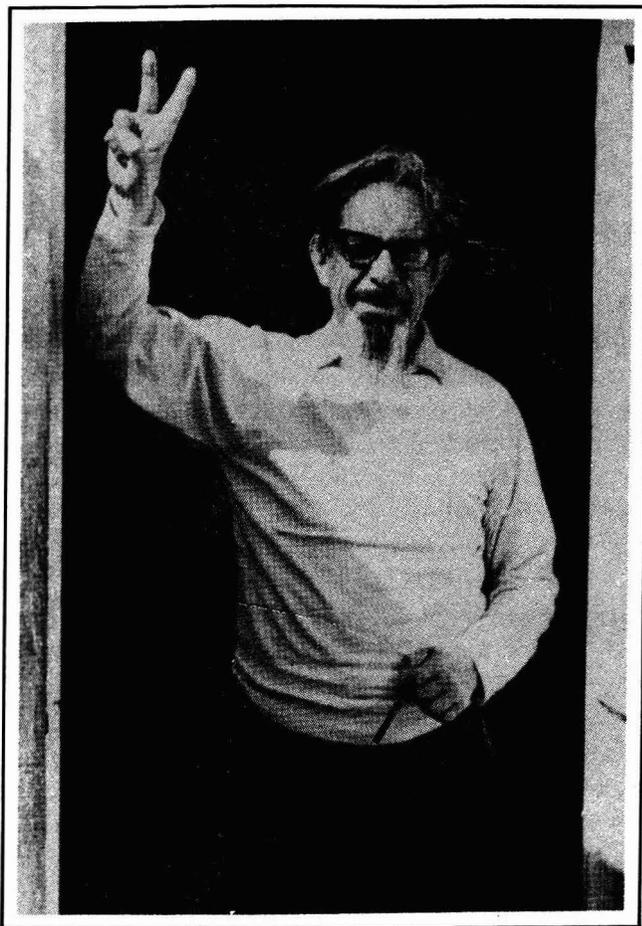
El uno significa el otro y es significado por él, cada uno es signo del otro, renunciando a lo que Jean-François Lyotard llama su figura para morir en el otro.

Emmanuel Levinas

Disposición de nudos, crestas, sesgos y turbulencias, la máquina literaria de José Revueltas no sólo remite al contexto histórico-social, es decir, a coyunturas específicas en la historia del país, a las que correspondería, en cada caso, una cierta organización de las fuerzas del comunismo mexicano; hay en ella también una notable *trenza* discursiva. De tal suerte, la reflexión política y la reflexión filosófica se “empalman” al signo literario para dar un tejido peculiar. La publicación de las obras completas de Revueltas, que hizo accesibles textos agotados y dio a la luz valiosos materiales inéditos, permite comprobar lo que antes podía pasar por una simple sospecha: sólo se puede comprender a Revueltas, en el sentido cabal del término, si se atiende a lo que se dice en sus textos políticos y filosóficos. Hay entre ellos y su *corpus* narrativo una íntima trabazón que no puede continuar ignorándose, a riesgo de permanecer dentro de una limitada y deforme óptica interpretativa.

Los planteamientos que la escritura avanza en una novela como *Los días terrenales* (1949), adquieren su explicación y su formulación teórica en el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* (1962), verdadero manifiesto político-filosófico de la Liga Leninista Espartaco. Del mismo modo, el trasfondo argumental de *Los errores* (1964), se torna más evidente si se confronta con algunos pasajes de la *Dialéctica de la conciencia* (1982). Con este paralelismo, sin embargo, no quiero sugerir que la “verdad” de ambas narraciones hay que ir a buscarla en otro lugar, ni que su significación última, en caso de que ésta exista, deberá desgranarse de lo que se dice en los textos políticos o filosóficos. Lo que digo es que el trenzado del signo se corrobora y clarifica en la proximidad de estos otros textos que no han sido pensados para ser consumidos como literatura. Y que, por tanto, esta proximidad es ventajosa.

*Los días terrenales* ha sido sin duda la novela más polémica de Revueltas. Aunque elogiada por algunos de los críticos más destacados de la época (Alí Chumacero, Salvador Novo), su publicación suscitó una violenta andanada de críticas y repriminaciones por parte de lo que sería el público “natural” de la obra: los intelectuales de izquierda. El episodio termi-



José Revueltas en Lecumberri, 1970

nó cuando el autor, que había sido acusado de “decadente”, de “existencialista”, y de haberse pasado al bando de la burguesía, retiró el libro de la circulación y entró en una fase de profunda autocrítica. Menciono esta turbulencia de neto carácter inquisitorial, con su profesión de “arrepentimiento” por parte del acusado, porque me parece que el inmediatismo de estas reacciones ha impedido ver la complejidad estructural de la novela. Mejor dicho: la novedad que aporta en términos de estructura.

Nadie duda que *Los días terrenales* es una novela política. Tan es así que, podría decirse, parte de una pregunta básica que muy pocos tuvieron la osadía de poner en palabras (el sólo hecho de insinuarla, por supuesto, hacía de Revueltas un “perro del mal”): ¿Se puede ser comunista sin pertenecer a la organización que lleva ese nombre? Esto es, ¿se pue-

de ser comunista fuera del partido? El drama de Gregorio, el personaje central de la novela, no es otro sino éste. El partido se ha convertido en una secta, o quizá no ha podido ser sino una secta, una burocracia fanatizada que oficia en las catacumbas y que guarda la "pureza" de la doctrina con un celo enfermizo. Dominado por el dogma y por el sectarismo, el partido se ha convertido en una iglesia ridícula que ha perdido el contacto con la realidad y que está dispuesta a devorar a sus propios fieles si ello conviene a los intereses de "la causa".

Gregorio, cuyos planteamientos al interior del partido se han vuelto molestos, es enviado así a una misión "suicida". El partido sabe con anticipación que la policía reprimirá y que Gregorio será objeto de esta represión. Es probable que muera; por lo menos, será llevado a prisión. Mecánica prodigiosa: se le quita de en medio y se obtiene —por el mismo precio— un mártir que ha de servir de bandera agitacional. El partido se convierte en una máquina enloquecida que devora a sus mejores hijos. Es decir: a los que le estorban.

Pero el planteamiento de Revueltas está lejos de ser un planteamiento moralista. De lo que él da testimonio es de una deformación esencial. Éste no puede ser, por más que así se llame, el partido del proletariado. Y no lo puede ser no por un defecto o una tara mental atribuible a sus dirigentes, sino porque como aparato político arrastra deformaciones muy difíciles de superar. Deformaciones que provienen de su historia y de su subordinación a las directivas de la Internacional Comunista. No es que las personas fallen; es que las circunstancias no han permitido que nazca el partido de la clase obrera. Aunque la novela de Revueltas no llega a decirlo en estos términos, es claro que lo que el narrador ha advertido no es otra cosa que lo que diez años después será conocido como la tesis de la "inexistencia histórica del Partido Comunista", tal y como se formula en el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*.

De esta inexistencia deriva una situación fundamental que atañe a los personajes: ninguno de ellos es, aunque lo parezca o lo pretenda, un comunista real. Si el partido no existe como tal, entonces lo mismo los dirigentes que los militantes de base se tornan tan "irreales" como lo es la organización en la que militan. Así se lo dice Revueltas a Luis Mario Schneider en la que es quizá la mejor entrevista que se le hizo al narrador: "... los comunistas de *Los días terrenales* no eran comunistas verdaderos porque en México no existía un verdadero partido comunista."<sup>1</sup>

En el mismo sentido y en el mismo lugar, agrega: "Los personajes de *Los días terrenales* [...] no ven su propia solución, como individuos, sino en una especie de autoacabamiento, de autofagia moral, catarsis que les permite no dejar de ser comunistas ante sus propios ojos, aunque sin ellos mismos darse cuenta, en la vida sean unos *comunistas deformados*, con una mente deformada por su concepción dogmática del ser de un comunista."<sup>2</sup>

Traigo a colación estos pasajes porque me parece que aquí aflora lo que podríamos llamar la *espiral de la alienación*, y por-

que creo además que dicha espiral está en el centro de la novela. Puesto que el partido es irreal, sus militantes no pueden ser sino personajes fantasmáticos, grotescos, esto es, condenados a vivir en la sombría gruta de la irrealidad, deformados como lo están por la carencia de su ser histórico. Pero aquí no termina el proceso de la alienación. Esto que-rrá decir, continuando con ella, que tampoco el narrador escapa a esta determinación. El narrador es también un sujeto alienado que observa y describe la alienación de sus personajes desde su propia alienación originada en una carencia.

Esto relativiza las posiciones de Gregorio y su antagonista, Fidel. A la luz de las anteriores afirmaciones, no se puede decir que en el debate entre Gregorio (el militante que duda y que cuestiona) y Fidel (el burócrata filisteo) hay uno que tiene la razón, por más que el que parezca tenerla —representando en este sentido la posición del narrador— sea Gregorio, pues, a su vez, como ya se dijo, también el narrador es sujeto alienado.

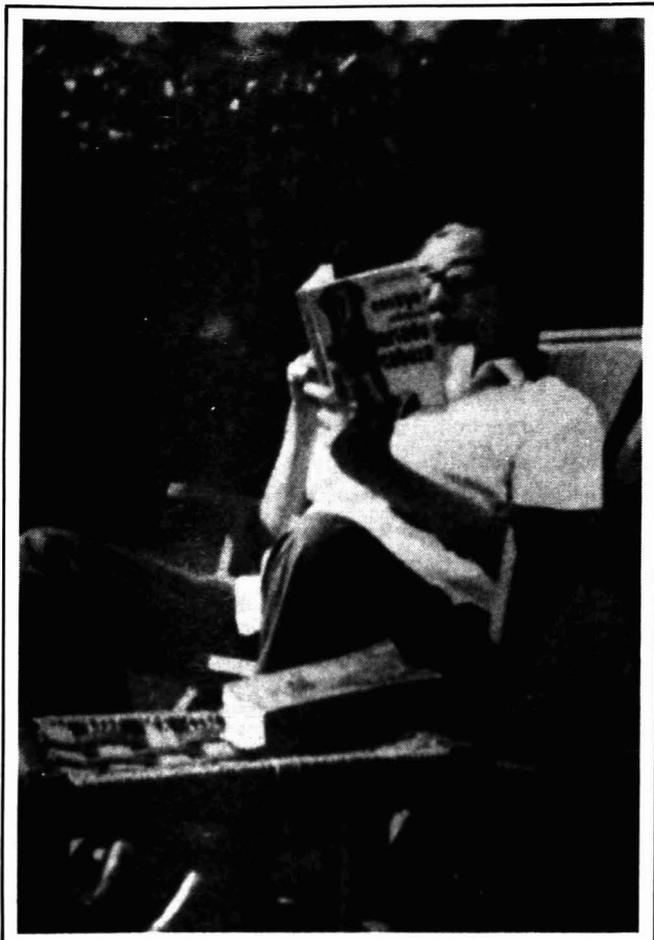
¿Laberinto de la verdad, en el que el que parece tener la razón se revela en el siguiente paso como vaciado de ella? Sin duda. Lo más interesante es que la espiral de la alienación, antes que deducida de una entrevista con Schneider, está incorporada en el texto novelesco a través de un dispositivo muy original. Esto tiene que ver, por cierto, con un aspecto que me parece ha pasado inadvertido de la novela de Revueltas, a saber: el hecho de tratarse, a su modo, de una novela *de artista*.

Como lo ha hecho la novelística europea de Thomas Mann a Kundera, José Revueltas trabaja *Los días terrenales* como si se tratara de una novela de artista. Entiendo por novela de artista aquella en cuyo argumento juegan un papel decisivo las reflexiones que acerca del arte y de la actividad artística en general llegan a suscitarse a propósito de uno o varios personajes. Revueltas logra un interesante equilibrio entre la novela política que todos han visto y la novela artística que ha sido inadvertida por todos gracias a que caracteriza a Gregorio como un ser bifronte. Es, por un lado, un militante del partido, que cumple una misión entre los campesinos de Aca-yucan, en el estado de Veracruz. Es, por el otro, un antiguo estudiante de pintura en la escuela de San Carlos. Así, el personaje recuerda los viejos pasajes de una lección sobre El Greco y la "revive", por decirlo así, al mirar los torsos desnudos de los campesinos durante la sesión de pesca en el río Ozu-luapan.

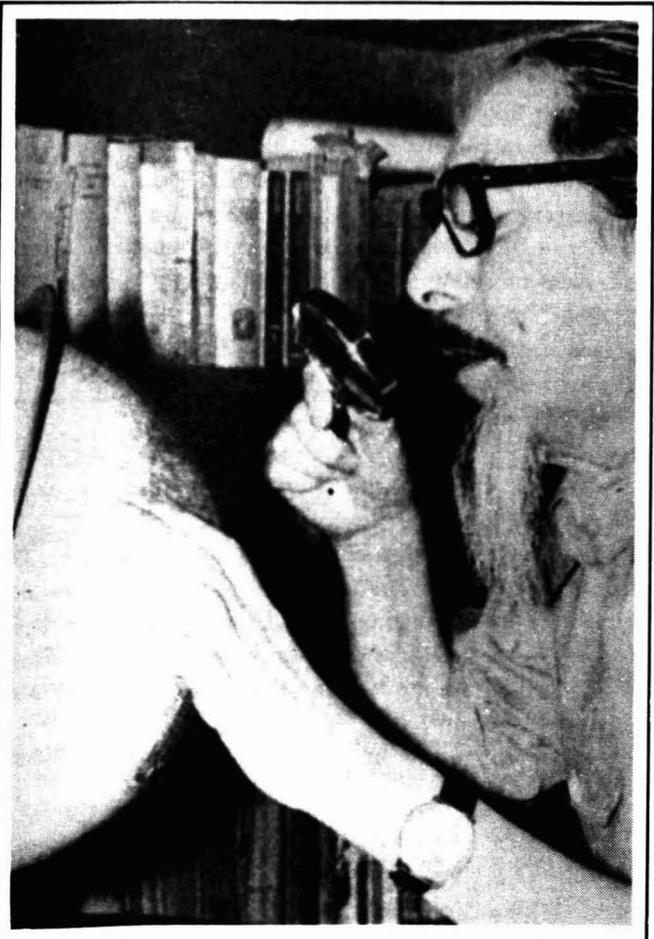
Esta evocación de El Greco se torna decisiva. Quiero decir: aporta una verdadera clave de la lectura. ¿Qué es lo esencial en El Greco? Hasta donde se sabe, la deformación. Esa sublimación, ese gótico crecimiento que alarga los rostros y los cuerpos como si trataran de ascender al cielo y estar en contacto con Dios. Rodeado de campesinos, Gregorio recuerda el *Entierro del conde de Orgaz* y encuentra ahí un dato que modifica su lectura de la realidad. Así como los personajes del pintor parecen deformados por esa aspiración a la verdad de Dios (que para un ateo será una aspiración hacia la Nada, hacia la pura ausencia de ser), así Gregorio, del mismo modo que el narrador, verá a todos los hombres deformados, cada quien por su verdad particular. "Seres a los que nunca

<sup>1</sup> José Revueltas. *Cuestionamientos e intenciones*. México, Ediciones Era, 1978, p. 111.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 103. Subrayado mío.



José Revueltas en 1974



se les podría comprender del todo, de igual manera junto al conde de Orgaz que en las orillas del río Ozuluapan, aunque ahí estaban sus cuerpos, nocturnos y alargados, con el mismo impulso de sobrenatural crecimiento hacia lo más alto de la noche, hacia el imposible cielo. El mismo impulso de crecer." Para concluir más adelante: "Astigmatismo de Dios. Distorsión del hombre hacia la Nada."<sup>3</sup>

Entrar al reino de los cielos, entrar con pie derecho en el socialismo. Todos los hombres están poseídos por la verdad, esto es, por un puñado de convicciones en las que creen y por las que pueden llegar incluso a entregar la vida.

Todo rostro humano está entonces deformado por verdades o por creencias particulares. De tal suerte, cada quien aparece convertido en su propio monstruo, aunque no se dé cuenta de ello. Por eso el único personaje que pone una distancia frente a las verdades y su necesaria carga de fanatismo es Gregorio, el héroe trágico de la novela, que sabe que la medida del hombre la da su capacidad, muy nietzscheana, de soportar, más que una verdad, la *ausencia* de cualquier verdad. Este es el sesgo que consume (y que consuma) la última aparición del personaje al concluir el texto. El problema es, entonces, ¿cómo escapar a la deformación? ¿No estamos todos atrapados en un cierto tipo de alienación que nos hace sentirnos diferentes frente a los demás sin que advirtamos de qué modo asumimos en carne propia una deformación específica?

Incluso Gregorio, que parece un sujeto aparte, puesto que intenta distanciarse de la verdad, termina por reconocer que él también tiene una, aunque ésa sea "la carencia de cualquier verdad". Su sesgo, pues, enfila hacia el vacío, hacia la aceptación de la carencia.

Es así como, a través de una evocación modélica de El Greco, esto es, a través del rodeo que significa montar una reflexión de la más pura naturaleza estética, Revueltas suscita en el centro de su novela la espiral de la alienación.

Por eso, acaso, cuando los furiosos ataques de la izquierda "bien pensante", el autor no pudo defender su texto. ¿Cómo? ¿De qué modo, si todo dentro de él pertenece al orden de la relatividad? ¿Con qué argumentos defender una tesis novelística que se sabe ella misma la encarnación de una mentira, de una verdad particular, que es también decir, de una deformación específica?

El suelo de la alienación, quiero decir, su sustrato, como ya se vio, es, según Revueltas, la "inexistencia histórica" del partido. Mientras este organismo no exista, la figura del comunista (cuando menos en México) será la del hombre de paja; su realidad, la del simulacro. Si *Los días terrenales*, como se ha visto, se fundamenta en esta carencia que todo lo deforma, *Los errores*, que en gran parte parece una reescritura de la novela anterior, se funda en una pregunta todavía más radical. La pregunta diría así: ¿Es posible ser comunista en la época del socialismo *real*? Esto es, ¿se puede ser comunista sobre la base de que el socialismo, en el sentido neto del término, no existe en ninguna parte?

La pregunta, por sí misma, es traumática. Si la novela anterior se colocaba en el contexto de la inexistencia del Parti-

<sup>3</sup> José Revueltas. *Los días terrenales*. México, Ediciones Era, 1973, p. 23.

do Comunista Mexicano, lo que señala el anclaje local del texto, su territorialidad limitada, *Los errores* invoca un ámbito planetario. *Los errores* ha sido escrita porque el comunista que es Revueltas se encuentra de pronto al borde del abismo. Ese abismo es la *inexistencia* del socialismo; ese abismo es la usurpación del nombre del socialismo por modernos estados despóticos que perpetúan, en el momento en que dicen abolirla, la añeja opresión del hombre por el hombre. El fracaso histórico del proyecto marxista-leninista, cuando menos en lo que va del siglo y atendiendo a los estados que dicen regirse por este pensamiento, es lo que determina esta cresta en la novelística de Revueltas.

En la *Dialéctica de la conciencia* el trauma se expresa a través del concepto de la negación *alotrópica*. Revueltas siente que la dialéctica del marxismo, que no es, en gran parte, sino una "adaptación" de la dialéctica de Hegel a las necesidades del "socialismo", es insuficiente por no decir que mitificadora. La *superación*, la famosa *Aufhebung* hegeliana, no sólo avanza hacia adelante, también lo hace hacia atrás. La negación, que sirve para tener acceso a estadios superiores, puede ser engañosa. Se supone que el socialismo es la negación del capitalismo, o sea, la superación de sus contradicciones. Esto es lo que puede uno aprender en los manuales. Pero puede tratarse (aquí está el *quid* del asunto) sólo de una negación *aparente*, que atañe a la forma pero no al contenido.

La negación *alotrópica*, en el lenguaje de Revueltas, es aquella "que cambia la forma pero conserva el contenido." La forma es socialista pero el contenido sigue siendo la opresión, la explotación capitalista. Así lo entiende Revueltas: "Las formas socialistas en los países de Estado obrero no vienen a ser... sino formas mitificadas del capital."<sup>4</sup>

Los *Estados del trabajo*, como también los llama Revueltas, no han hecho sino reciclar los temas del capitalismo, no sin antes disfrazarlos, con tal de que parezcan otra cosa. O sea: han reinstalado la alienación del hombre a la *economía*, cuando se supone que se trataba de liberar al hombre, por primera vez en la historia, de estas ataduras.

Cito de nuevo la *Dialéctica de la conciencia*: "El hecho de que las formas *mercancía* y *valor-trabajo* ya hayan existido en otras sociedades *económicas* no capitalistas (y aquí cabe bien el tan pobremente estudiado *modo de producción asiático*) quiere decir, en lo más profundo de su esencia, que el proyecto humano, ante todo, es su desenajenación de *toda* economía, precisamente cuando el proyecto socialista moderno no es otra cosa que la sujeción de todo el hombre a la economía."<sup>5</sup>

La inexistencia histórica del socialismo impone un nuevo sesgo en la literatura revueltiana. Confirma, mejor dicho, algo que el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* había enunciado desde sus páginas iniciales: a saber, que el hombre es por sí mismo un acontecimiento revolucionario. Para Revueltas este es un "principio básico de las leyes del desarrollo". El hombre reitera, a cada momento, "el abolengo de haber aparecido en la naturaleza como *el más grande de los acontecimientos*

*revolucionarios*, como el acontecimiento revolucionario supremo".<sup>6</sup>

Enunciado optimista que augura, sobre la inercia de las estructuras históricas, una eterna alborada revolucionaria. En *Los errores*, este humanismo de cierto modo ingenuo adquiere una malicia que viene a ser como el otro rostro, como el enunciado gemelo, de la negación *alotrópica*. Se trata de la postulación del hombre como un ser erróneo. Un ser condenado a equivocarse y a medrar en los errores de la propia materia. Un ser que no puede establecerse en ninguna verdad porque las verdades se le vacían constantemente hasta que quedan sólo sus inútiles cascarones. Condenado a no acertar nunca, esta *equivocidad* esencial es lo que garantiza, a través de una negatividad asumida, que el hombre siga siendo, fuera o dentro del supuesto sistema "socialista", un acontecimiento revolucionario. Es cierto: en *Los errores* Revueltas parece evitar el término revolucionario; al menos intenta deslizarlo a un segundo plano; está demasiado cargado de connotaciones. Prefiere enunciar: desapacible, trágico. Condenado, por su ser ontológico, a fallar y a fallar otra vez. Siempre, sin remedio posible.

Así lo dice el texto: "El hombre es un ser erróneo... un ser que nunca terminará por establecerse del todo en ninguna parte: aquí radica precisamente su condición revolucionaria y trágica, inapacible."<sup>7</sup> La moraleja es ésta: la negación *alotrópica* puede imponerse en todas partes (así se enuncia en los torvos manuales de marxismo), pero la rebelión del hombre continuará. La división en clases puede desaparecer de la faz de la Tierra, pero la rebelión del hombre continuará. El Estado puede ser eliminado, tendría que ser eliminado, si hacemos caso de las promesas que fundaron el movimiento, pero la rebelión del hombre continuará.

De *Los días terrenales* a *Los errores* hay, pues, una continuidad y una variación. La primera novela termina con un sesgo: vemos al personaje, Gregorio, enunciar su carencia y desvanecerse en el infinito. *Los errores* presenta un cuadro mucho menos simplista. No por nada la novela comienza y termina con elementos de una trama de nota roja. A través de este "enmarcamiento" la novela crea un efecto de estructura. La presencia de la policía, o mejor, de la lumpen-policía, es lo que aporta el trasfondo sobre el cual ha de pensarse y actuar-se en este país. Igual que Salazar Mallén en *¡Viva México!*, o que Josefina Vicens en *Los años falsos*, Revueltas evoca en este libro la *miseria política* sobre la cual se asienta todo lo demás.

¿Por derrotismo? No, de ninguna manera. A fin de cuentas, lo que él hace, como novelista, es traducir la realidad. Ubicar, de otro modo, la plataforma sobre la que han de crecer nuestras sublimaciones, nuestras idealizaciones. El sustrato, en fin, sobre el que cada hombre ha de volverse un signo para el hombre. ♦

A Enrique González Rojo

<sup>4</sup> José Revueltas. *Dialéctica de la conciencia*. Prólogo de Henri Lefèvre. Recopilación y notas de Andrea Revueltas y Philippe Cheron. México, Ediciones Era, 1982, p. 161.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 158.

<sup>6</sup> José Revueltas. *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*. Prólogo de Andrea Revueltas, Rodrigo Martínez y Philippe Cheron. México, Ediciones Era, 1980, p. 49. Subrayado mío.

<sup>7</sup> José Revueltas. *Los errores*. México, Ediciones Era, 1979, p. 69.

# Libros

**LAS IDEAS LITERARIAS DE ALFONSO REYES**

## TENTACIONES DE LA CIENCIA

Hugo Padilla

Sobre el otro "regiomontano ilustre", sobre el nacido en el Monterrey germano (Koenisberg), escribió Ernst Cassirer un libro memorable: *Kant: vida y doctrina*. ¿Se podría decir lo mismo de éste, de Rangel Guerra, sobre este —el nuestro— regiomontano ilustre? Creemos que sí, en varios sentidos. En primer lugar, es notoria la gran devoción, si así puede llamársele, (en términos menores, más seculares, puede sustituirse el término "devoción" por el término "entrega") de Rangel Guerra a la obra de Reyes: para justificar el aserto, baste con percatarse del gran número de páginas en que se desarrolla el trabajo y el gran número de años que debió haber consumido su elaboración. Pero no sólo la extensión y el tiempo, la una alcanzada y el otro consumido, son los conceptos destacables en este meritorio trabajo; también lo son la atención meticulosa, el cuidado en los detalles, la amplitud del material revisado, la profundidad del análisis. En segundo lugar, el acierto de entramar vida y doctrina. Que no quede, como en las líneas de Goethe —otra gran pasión de Reyes—, desligada la teoría de la vida: es decir, que lo gris de las teorías no se desvincule nunca del verdor dorado de la vida. Por ello empieza el trabajo de Rangel por una mera referencia biográfica: "El 12 de enero de 1939 zarpa de Río de Janeiro, con rumbo a Nueva York, el barco Argentino. Alfonso Reyes viaja en este barco..." Y también por ello, después de enviar la lanzadera múltiples veces de un lado al otro, entre vida y teoría, concluye: la teoría y la práctica "de la literatura son finalmente las diferentes manifestaciones del amor a las letras, de la profunda con-

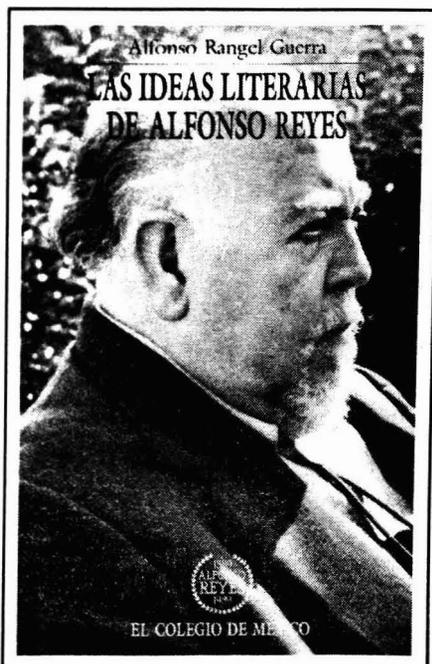
vicción de esa inagotable capacidad para revelar al hombre su propia imagen, y en ella su naturaleza y destino". Nada más cercano al espíritu de Reyes que este enfoque. Nada más propio para acometer la tarea que emprendió y, para nuestra buena suerte, concluyó Rangel Guerra.

Reyes hizo girar su vida entera sobre el gozne de la literatura. Habrá quienes puedan entender el acto de la creación literaria como un momento de solaz, y a la lectura —recreación— como un modo de esparcimiento. Pero la literatura, bien entendida, aunque no excluya esto, tampoco consiste en esto solamente. Es algo más profundo: sus raíces conducen hasta un sustrato constituido de necesidades inseparables de la naturaleza humana. Y hasta el centro mismo de este plexo, la necesidad misma de expresión. Esta necesidad se le afianzó a Reyes, "como la yedra al muro de la vida", desde temprana edad, y no lo abandonó hasta su muerte. Pero, ¿por qué elegir —o ser elegido por— la expresión literaria, precisamente, y no algún otro modo de expresión, que los hay, diferente? Porque sólo la expresión literaria expresa al hombre entero, sin parcialidades y sin regateos. Toda expresión es una especie de saeta que se lanza al prójimo para que, de alguna manera, queden vinculados el tirador y el blanco. Y en estos ejercicios de arquería nadie queda sin arrojar sus flechas: todo mundo asume el doble papel de origen y destino. Por ello, cada quien queda vinculado a los demás dentro de este enjambre de expresiones que, con otro nombre, conocemos como cultura. La cultura cumple, así, una

función (a veces, dolorosa: por eso la metáfora) de comunicación, de comunión y de vínculo, una "función unificadora", como dice Reyes (véase su *Homilla por la cultura*). Si la cultura, en su totalidad, cumple esta función, mucho más la ha de cumplir aquella parte en que se asienta su meollo, la literatura, donde el hombre no queda expresado de manera unidimensional, sino por entero. Sólo la literatura, dice Reyes, "expresa al hombre en cuanto es hombre". Por esta razón —o justificación, si se quiere— Reyes abraza, y se ve abrasado por la literatura. En todas sus formas y durante todo el tiempo de su vida: poeta, cuentista, ensayista, dramaturgo, quizá la novela fue el único género que dejó escapar. Bien le quedan, por ende, los sacos de humanista y polígrafo.

Por ser la literatura expresión que expresa al hombre en cuanto es hombre, resulta espejo idóneo para que éste se contemple a sí mismo, es decir, para que el creador pueda mirarse reflejado en el azogue —o en el charco— de su propia creatura. Pero no le basta al creador con verse reflejado en su creatura. Ha de intentar entenderla y entenderse. Comprender su papel de creador y la función de su creatura. ¿Qué significa esto? Una invitación a teorizar; el reto a subir a un trampolín más alto y desde ahí contemplar (*theorein*) la relación creador-creatura. Esta invitación y este reto fueron también aceptados y asumidos por Reyes. *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*, título y sustancia del libro de Rangel, no son otra cosa sino el tupido despliegue de atisbos con los que don Alfonso intentó, a lo largo de la trayectoria de su preocupación, acosar el problema. El asunto, por su parte, se presenta con variados rostros. ¿En qué consiste el acto de la creación literaria? ¿Cuál es la esencia de la creatura literaria? ¿Cuál es la naturaleza de cada uno de sus géneros? ¿Qué parentescos guardan, entre sí, la crítica literaria y la teoría literaria? ¿Cómo se da la relación entre el fenómeno de la literatura y el resto de los productos culturales? Baste. Estos son únicamente algunos ejemplos de las preguntas que Reyes enfrentó. Una pregunta adicional se impone, sin embargo. ¿Cómo fue que les hizo frente?

Varios fueron los miradores desde los que Reyes enfocó el problema. Algunos lo condujeron a descripciones colindantes con algo que, quizá, se podría denominar "apuntes para una psicología del proceso creativo en la literatura" (véase su *Etapas de la creación*). Entre todos, dos, sin embargo, parecen destacarse por su ge-



neralidad: uno que queda muy confundido, sin línea de delimitación precisa, con el ensayo literario; el otro, que pretende rebasar el nivel mismo de la literatura y colocarse en una cota más alta, más allá que el asunto que pretende escudriñar. El primero se podría ilustrar con el arquetipo de la víbora que se muerde la cola: se intentan digerir los problemas de la literatura con los recursos de la literatura. Al hacerlo, irremediablemente se cae en el ensayo y, con ello, en una suerte de círculo vicioso. Esta perspectiva, en general, implica un riesgo: el de no mantener suficiente distancia entre el estudioso y el objeto de estudio. Es como esos juegos en los que, por un dispositivo elástico, la pelota vuelve siempre a la raqueta que la arroja. Aunque también, hay que decirlo, caer en el ensayo, en el caso de Reyes, realmente no es caer en él, sino elevarse hasta él. O, de otra manera, Reyes cae en el ensayo, pero siempre con una magnífica elegancia y con los recursos de un acróbata consumado. Sus ensayos contienen una gran cantidad de observaciones sagaces y ciertas y exhiben, en cualquier caso, esa inefable gracia y destreza que caracteriza a los grandes escritores, aquellos que han llegado a un grado tal de perfección que prescinden de toda imitación, que incitan a la imitación y que frustran todo intento de imitación. La inteligencia de Reyes, no obstante, percibía con claridad que con las solas armas del ensayo acaso podría herir a la hidra, pero no sería, finalmente, capaz de darle término. Intentó, por ello, otro enfoque. El de tipo sistemático y magistral; muy de corte alemán, de cuello alto y aspiraciones definitivas, como cuando Kant (otra vez el otro regiomontano) escribió su *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels*, esto es, su *Historia general de la naturaleza y teoría del cielo*, con poca fortuna académica, por cierto. El título de la obra de Reyes, de primera intención suena más bien modesto: *El deslinde*. De no ser por el subtítulo ("Apuntes —Prolegómenos, en la primera edición— para la teoría literaria"), más parecería convenir a un trabajo sobre agrimensura, o alguna otra cosa semejante. Pero sólo de primera intención puede causar esta impresión oblicua: deslindar significa poner términos, fijar límites, establecer fronteras. Esto es, en el fondo: definir. No en balde el epígrafe elegido como pórtico del libro expresa: "No es engrandecer, sino desfigurar las ciencias, el confundir sus límites" (Kant, nuevamente). Es claro, ahora, que no se trata más de hacer literatura sobre la literatura; la



pretensión apunta, en esta nueva empresa, a una meta distinta y desde una perspectiva diferente: el propósito es hacer ciencia, tomando al fenómeno literario, bien de-finido, como el objeto de la indagación.

La primera edición de *El deslinde* tiene fecha de 1944. Sus ideas germinales, sin embargo, parecen datar de 1940, año en el que Reyes impartió un cursillo en la Universidad de Morelia, en torno del tema "ciencia de la literatura". Fueron varios, pues, los años que empeñó en su factura. La obra es, sin discusión, ambiciosa. Es amplia al mismo tiempo que profunda; es detallista a la par que generalizadora; está redactada bajo un esquema severo, sin que estén ausentes la elegancia y precisión del lenguaje y el tino certero en los ejemplos. Pero es un libro difícil y tuvo, desde el principio, una suerte incierta. "La crítica ofreció por igual alabanzas y reparos", dice Ernesto Mejía Sánchez en la "Nota preliminar" a la edición de 1963, tomo XV de las *Obras completas*. Es entendible: Reyes, literato en el nivel de la literatura, cayó en la tentación de la ciencia y en la urgencia del método.

Una de las características del trabajo científico consiste en determinar, con la mayor precisión, el tipo de hechos o fenómenos que se han de someter al estudio. Otra característica, fundamental en el desarrollo de la ciencia moderna, es la elección del método que se ha de emplear en la investigación. *El deslinde* atiende con

profusión a lo primero: para llegar a saber en qué consiste la esencia de la literatura es necesario deslindarla de la no-literatura; de la misma ciencia, de la historia, por ejemplo. Bien decía Spinoza que los caminos para alcanzar una definición se cruzan con los caminos de la negación. En esta tarea de desbroce resulta sorprendente la erudición de Reyes. En los años cuarenta no era usual, en el *milieu* intelectual latinoamericano, la familiaridad con autores como Carnap o Russell, digamos. Sin embargo, son citados con conocimiento y pertinencia por Reyes. De la misma manera lo hizo en otros, muy numerosos, casos. Logró, sin duda, valiosos avances en su propósito de mohonear el territorio de la literatura. Pero, ¿y el método? Adoptó el fenomenológico, de Husserl. En 1939 llegaron de España a México los exiliados republicanos; José Gaos, entre ellos. Gaos trabajaba entonces en su traducción de las *Meditaciones cartesianas* de Husserl. Quizá esto influyó en la elección; o la reafirmó en el supuesto de que Reyes hubiera leído a Husserl con anterioridad, en alguna versión francesa. Es cuestión de precisión biográfica detenerse en el asunto: lo importante es que éste, el fenomenológico, fue el método de investigación que asumió. Tampoco vale la pena discutir, hacia finales del siglo XX, sobre el valor científico de la metodología fenomenológica, que gozó de auge, pero también sufrió su ocaso. Como a otras metodologías de corte filosófico, la terca realidad —siempre un

POESÍA REUNIDA

problema— les cava pronto fosa. Atinada es, sin embargo, la observación de Patrick Romanell, citada por Rangel Guerra en la página 150n. de su trabajo: "(P.R.) afirmó que la intención de que habla Alfonso Reyes no es la misma a la que se refiere la filosofía fenomenológica". Creemos, con Romanell, que don Alfonso interpretó de manera muy personal varios conceptos de la fenomenología; pero también pensamos que esto no desvirtúa el fondo del trabajo. Las nociones fenomenológicas que se apartan de la ortodoxia husserliana, están referidas, de manera principal, a la descripción de la conciencia y a las características de las vivencias, pero no a la descripción de las esencias de los fenómenos literarios. Y, en verdad, esto último es lo que cobra la importancia mayor.

Después de muchos altibajos en el ánimo, en 1957 Reyes se despidió de este proyecto, y de una continuación del mismo, "casi ofrecida". Vuelve al ensayo. "Romperemos, pues, en adelante, el arreglo sistemático de esos capítulos inéditos; les extraeremos la sustancia, y la esparciremos por ahí en breves ensayos más fáciles de escribir, más cómodos de leer, y ojalá no por eso menos sustanciosos. Así acabó, pues, aquella tan ambicionada teoría literaria. *Alas, poor Yorick!*" En el libro *Al yunque*, de cuyo proemio son las líneas anteriores, está esparcida algo de esta sustancia. Reyes muere en 1959, meses antes de la publicación de esta obra.

Ensayo, teoría, vuelta al ensayo: esa es la sinusoide que describe la preocupación vital de Reyes por desentrañar el fenómeno de la literatura. Difícil tarea; pues, ¿no decía que sólo la literatura expresa al hombre entero, "al hombre en cuanto es hombre"? Ensayo, teoría, vuelta al ensayo: esa es la curva que representa la obsesión de Reyes por saber más del hombre-creador cuando éste se ubica en el cuadrante de la literatura. Todo expuesto y analizado en este libro estupendo, *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*, donde queda entramada la aventura de la inteligencia con la pasión por la vida, sin que queden flecos sueltos. El libro de Rangel Guerra será, de ahora en adelante, punto de referencia obligatorio para todo estudioso de la obra de Reyes. Terminamos y reafirmamos: sí, tan importante resulta este libro de Rangel respecto de nuestro regiomontano ilustre, como el de Cassirer en relación con Kant. ♦

Alfonso Rangel Guerra. *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*. México, El Colegio de México, 1989, 320 pp.

## LA MUJER SIN DISIMULOS

*Sergio Monsalvo*

Otra clase de mujer,  
otra clase de amor.

John Mayall

Con la llegada de la Revolución Sandinista la poesía nicaragüense, lo mismo que su país, recobró la vitalidad. No obstante, la génesis de este espíritu se conformó desde algunos años antes y fue desarrollándose hasta explotar de lleno en la lucha y el movimiento revolucionario, cuya labor en pos de la liberación aún no termina. Parte muy activa de todo ello ha sido la poesía, encarnada por poetas de todas las corrientes y dentro de éstas, la aportación de la mujer, importante y vasta. "Lo verdaderamente nuevo —si es que puede establecerse una arbitraria separación— no es tanto lo que aportan por ser ellas poetas —escribió José Coronel Urtecho al respecto—, cuanto por ser mujeres y expresarlo en sus poemas. En alguna medida, es lo que han hecho siempre las mujeres poetas que realmente lo han sido desde Safo hasta hoy. Pero una cosa es, sin embargo, expresarse como mujeres, y otra expresar en su poesía su misma femineidad, tal como ellas la sienten y la viven o la quieren vivir. Este es el caso de Gioconda Belli."

Gioconda Belli (1948) ha participado desde entonces con una visión poética sensible y franca. Su temprana producción comenzó a recopilarse en 1970. Y a partir de ahí su posición no ha cejado en la tarea de recobrar y proyectar el concepto femenino, que no feminista, de la mujer, tanto en el aspecto íntimo como en el cívico de compromiso histórico. En su poesía la mujer no lidia con el hombre, sino que lo ama y acompaña recuperando sus valores al impulso del amor; generosa y abierta en el acto amoroso así como en el impulso libertario: "Voy a escribir la historia de mi cuerpo entre tus manos./Me fue naciendo como una nueva muda de culebra./Floreció bajo el sol y se llenó de begonias, bromelas/y cometas ante tus

ojos y mis ojos asombrados./Mi cuerpo, cuando lo cercan tus brazos, se convierte/en caballo, en yegua y sale a galopar por el placer/de un beso./Se llena de hiedra para escalar las paredes/de tu corazón y cubrirlo de susurros nacidos desde/la misma entraña de la tierra. . ."

Los textos de Gioconda Belli nacen de motivos locales y personales. Sin embargo, trascienden al todo por la sensibilidad poética que les da mayor valor. En ellos la pasión y el sentimiento femenino se conjugan con cierto aspecto de ritual consumado. La poeta nicaragüense tiene muchas cosas que decir de hondo sentido y lo hace cabalmente y sin artificios. Su palabra tiene la sencillez del cotidiano coloquialismo, exaltado a su mayor temperatura expresiva. Cada línea es el justo vehículo, dócil y apropiado a su contenido, donde el lenguaje parece plasmarse sin esfuerzos y con todos sus elementos intocables e insustituibles.

A través de la poesía Gioconda Belli se atreve a hablar como mujer, sin velos ni alegorías, es directa y clara como la libertad de su pensamiento, que reconoce sin ambages que la imaginación y el deseo no son suficientes para satisfacer sus necesidades. Expresa directamente su intimidad sin restringirse a lo abstracto. Traza perfiles o concreta rasgos del hombre con que habla, del que está a su lado o de aquel con quien soñó. La energía natural que emana de su creatividad descifra los nexos inmediatos que atan y desatan su carne y su espíritu revelados en el convivio cotidiano. Como siente con profundidad y pasión, su obra parece recorrida por hondos, apasionados y tiernos latidos. De tal forma que quien lee su poesía no puede menos que convencerse de que la ha inspirado el verdadero amor: ". . . Yo soy el inexplorado camino,/la claridad que rompe la tiniebla./Yo pongo estrellas entre tu piel y la mía/y te recorro entero,/sendero tras sendero,/descalzando mi amor,/desnudando mi miedo./Yo soy un nombre que canta y te enamora/desde el otro lado de la luna,/soy la prolongación de tu sonrisa y tu cuerpo./Yo soy algo que crece,/algo que ríe y llora./Yo,/la que te quiere."

Belli expresa este tópico amoroso eterno, tanto el físico como el emotivo, con una sinceridad tal que sus metáforas son pedazos palpitantes de vida. Los poemas recorren las notas más intensas de su vida emocional. Sus cantos fluyen, espontáneos, como agua impregnada del gusto por hacerlo. No obstante, Belli no sólo transmite ese gusto por todo lo que fluye

## EL LIBRO COMO OBJETO Y ESCRITURA

*Federico Patán*

Hasta donde sabemos, *Humos y dispersos* —ganador del Premio Carlos Pellicer para obra publicada 1989— es el primer poemario de Ignacio Díaz de la Serna. Aparece en una bella edición de la Editorial Quinque, bella por el formato, bella por el papel, bella por la disposición del texto en la página, bella por las ilustraciones. Suele olvidársenos, habitantes que somos de un mundo presuroso y práctico, que el libro debe existir como objeto y como escritura. En cuanto a la escritura, *Humos y dispersos* propone tres grupos de poemas; o, si buscamos la precisión, dos grupos de poemas y una tercera parte formada por pensamientos, por humoradas, por parientes de las greguerías ramonianas.

Es el de Ignacio un libro delgado, escaso en poemas; es, asimismo, un libro de lectura ardua en sus primeras partes. Se diría que el poeta lanza su mirada sobre la materia prima —el mundo— y la traduce en símbolos culturales, de los cuales va destilando verso a verso cada pieza del rompecabezas. Esos símbolos pertenecen a un espacio cultural perfectamente limitado, perteneciente a un tiempo ya pretérito. El ámbito visitado es catedralicio. Sin embargo, aunque el idioma recrea tonos de antigüedad indudable, la visión que cae sobre las venerables piedras del edificio estudiado es moderna. Así, el diálogo que se entabla ocurre entre una propuesta de objeto por observar y el tipo de mirada aplicado. Si no lemos mal, la enorme masa de piedra tan discretamente esbozada en los textos es, sin más, símbolo de la naturaleza humana.

Así las cosas, el libro habla del hombre. Habla, subterráneamente, de la posición del hombre en el mundo. Más subterráneamente, de la necesidad de conocimiento. Hay como figuras centrales de estos poemas un arquero y un esclavo; hay, como figuras complementarias, gárgolas, cardenales y abades. *Humos y dispersos*, libro sobre el conocimiento, plantea preguntas;

sino que además maneja sus recursos con tino, haciendo música de las pasiones y acertando a decir nítidamente cuanto pasa por su ser en esos momentos supremos de concentración y casi inexpresable arrebato.

La poesía de Belli lleva en sí la facultad de lo espontáneo y lo renovador en lo amoroso, que es la que mejor cultiva. En sus escritos se distingue el tono nuevo, el acento convincente, la interpretación verbal de un latido verdadero. En cada línea poética, léase como se lea, encontraremos siempre y antes que nada a una mujer, a la Mujer. Descubrimiento muy poco frecuente en nuestro acontecer contemporáneo plagado de encubrimientos, disimulos o reniegos feministas. Gioconda Belli se descubre y describe como mujer en toda la expresión del término y tan de su tiempo como el medio y la problemática en que se desenvuelve: ". . . Te admiro desde lo más profundo/de mi subconsciente,/con una admiración extraña y desbordada/que tiene un dobladillo de ternura./Tus problemas, tus cosas/me intrigan, me interesan/y te observo/mientras discutes y discutes/hablando del mundo/y dándole una nueva geografía de palabras./Mi mente está covada para recibirte,/para pensar tus ideas/y darte a pensar las mías;/te siento, mi compañero, hermoso,/juntos somos completos/y nos miramos con orgullo/conociendo nuestras diferencias,/sabiéndonos mujer y hombre/y apreciando la disimilitud/de nuestros cuerpos."

En la poesía-vida de esta poeta nicaragüense la individualidad femenina se da sin dogmas ni convencionalismos, buscando con ello su plenitud evolutiva y revelar la savia de su naturaleza. De esta forma, viviendo y alentando la atmósfera que la ha producido, su poesía se fundamenta en el hoy con todos los elementos instintivos y de afirmación de la personalidad femenina en todas las esferas. Y sabemos, de alguna manera, que quien acierta a involucrarse plenamente consigo y con su hoy abre la posibilidad de inscribirse en el mañana. ♦

Gioconda Belli. *Poesía reunida*. México, Editorial Diana, Colección Diana Literaria, 1989, 241 pp.



Manuel Álvarez Bravo

# MUCHO SOL

Presentación  
de Teresa del Conde



### *Colección Río de Luz*

El sentido que tengo del tiempo es con la cámara. Por eso no puedo precisar fechas.

Cuando un artista pinta cosas que parecen adelantarse a su época no destruye las anteriores. Así sucedió con la fotografía, que no atentó jamás contra la vitalidad de la pintura. Todo lo que ha inventado el hombre es eterno.

Compraba desde muy joven libros de segunda mano. Toda las cosas que suceden son de segunda mano.

"El pájaro canta aunque la rama cruja", dijo Salvador Díaz Mirón. Todo se lo lleva el demonio, pero el pájaro canta.

La trascendencia que cualquier hecho pueda tener a través de la fotografía, se la da el fotógrafo.

Mi obra es de encargo. No es un encargo explícito, sino implícito de la sociedad en la que estoy viviendo.

*Manuel Álvarez Bravo*

libro sobre el conocimiento, no considera imprescindible contestarlas o incluso hallarles respuesta. "El enigma de perfil es la locura" asevera uno de los versos. Indudablemente, en el meollo de la cuestión, tal vez escriturable de la siguiente manera: lo importante es la búsqueda del conocimiento; hallarlo es un premio adicional, rara vez obtenido. O si lo queremos en voz del poeta, dos líneas lo expresan: "Lo que nos tienta, engaña./ No sabemos, entramos o salimos."

El poemario propone un mundo en el cual cada partícula tiene su función. La tienen, por tanto, esclavo y arquero. El primero es constructor por excelencia y de sus manos salen catedrales y pirámides; el segundo "desde la eternidad... fundamenta sus delirios". No parecen necesitar de la curia y antes parecen evitarla. Entablan relaciones entre sí, marginando al aparato eclesiástico.

Este gusto por los ámbitos antiguos surge asimismo en la segunda parte, donde una partida de ajedrez es hermana gemela de la catedral, en el sentido de que representa al mundo y sus complicaciones. El mismo sentido hallamos en el poema donde Nefertiti aparece o en aquel otro con aire de canción popular, llamado "Rondas tempranas". Es hora de informar que el libro de Ignacio está lleno de intertextualidad. Aquellos símbolos culturales mencionados párrafos arriba nos llevan de propósito a situaciones que provocan ecos. Sirven éstos, porque tal es su papel, para ahondar el significado de los poemas mediante enlaces con otros puntos de la literatura. Así, el simple título de "Cronicón a cañas de moros y cristianos" habla de la Edad Media, establece el encuentro de ajedrez desde el primer verso, plantea un enfrentamiento de orden personal entre el poema y el Juan de la dedicatoria, pero también las viejas batallas históricas entre moros y cristianos y, nos atrevemos a proponer, un asomo de filosofía en el manejo de las piezas de ajedrez y en el resultado del juego. Como base de sustentación de todo esto, un buen humor que se entretaje a los fundamentos de esta poesía, no sin su asomo de burla ante ciertos absurdos del mundo.

De lo anterior se deduce lo siguiente: no es la de Ignacio una poesía escrita para las emociones. Se la crea con un propósito muy distinto, expresado en la sobriedad de tono en la carga intelectual de cada poema, en lo intrincado de la trama lingüística y en el rechazo de lectores que busquen el verso fácil. Se escribe, pues, para la inteligencia. Se quiere nuestra par-

ticipación con la mente, no con el corazón. De aquí cierta sequedad ocasional de las líneas, cierto desvanecimiento del ritmo en algunas zonas.

Pero aclaremos, lo anterior es válido para el primer poema del libro, dividido como está en nueve secciones, y para el grupo segundo. No vale para el conjunto titulado "Dispersos del mar", donde el buen humor brota a la superficie y señorea sobre los textos. Aquí tenemos a la ligereza como tono. Por ello hablamos de humoradas. Se trata de afirmaciones expresadas en una línea o, cuando se llega al exceso, en tres y en algún caso hay de cinco y hasta de once, que tocan ya la desmesura. Aquí se revela un Ignacio gastronómico, amigo del buen yantar y compañero del goce de vivir. Por ello nos dirá "prefiero la merluza por su sabor enciclopédico" o bien "In nomine Patris, Filii et Mariscus Sancti". Claro, la brevedad exige purificación y no siempre alcanzan los textos la altura necesaria. Sin embargo, la atmósfera general es lúdica y muchos de los pensamientos sabrosos.

Al lado de lo anterior topamos con puntos donde brevedad y hondura comulgan en provecho del lector. Cuando leemos "Todo océano posee sus puntuaciones" o "sombra de pájaros y graznidos nos habita", el temblor de lo secreto, el sacudimiento de un íntimo contacto con el misterio nos llena.

Ignacio es un poeta de escritura ardua en dos sentidos: las dificultades que plantea al lector y las dificultades que plantea al escritor. Sentimos en los poemas de Ignacio la lucha terca que emprende la necesidad de expresión para volverse existencia. Da la impresión de que Ignacio va a ser un creador parco en el manejo de sus elementos poéticos y parco en el volumen de su producción. *Humos* y *dispersos* nos ha dado un mero muestrario de habilidades, sin duda alguna de buena calidad. Nos deja a la orilla de la espera, llenos de curiosidad. ◊

Ignacio Díaz de la Serna. *Humos y dispersos*. México, Editorial Quinque, 1989, 44 pp.



## GROSSO MODO

### EN OFRENDA DE MÍ MISMO A MÍ MISMO

José Homero

Gerardo Deniz ha hecho de la marginalidad su decir esencial. Ser marginal es aquí establecer un margen con la realidad y también con la poesía: singularizarse. Para ello el poeta no duda en recurrir a los más variados temas y a los más diversos elementos. En su escritura hay una constante búsqueda, no de la imagen poética agradable, tan cara a una estética de la desmesura y de la metáfora como justificante del mensaje, sino de la imagen insólita por chocante: sabe Deniz que la parodia y la ironía son esenciales en este momento para de nuevo desnudar a la poesía. La imagen no puede ser hija de la comparación, sino del acercamiento de dos realidades más o menos alejadas. "Cuanto más alejadas y justas sean las relaciones de las dos realidades acercadas, más fuerte será la imagen, y más vigor emotivo y realidad poética poseerá", decía Pierre Reverdy. La escritura deniziana nos acerca a estas realidades merced al ejercicio de la ironía, por cuya acidez derrumba mitos y arranca cáscaras al enmohecido cuerpo de la lírica, la temeridad poética y una vasta erudición acompañada no del didactismo común en estos casos sino de una volición hermética que borra las relaciones referenciales entre significante y significado. Con esto Deniz no mata la poesía ni tampoco un discursivo *sentido*, no, Deniz nos muestra que el emperador va desnudo, nos revela lo inconsútil de muchas prácticas poéticas aún vigentes.

Por principio esa temeridad que mencionaba lo lleva a incorporar al poema formas y modos verbales, artificios retóricos y temas que a otros poetas harían enardecer y agitar sus varas de dómines para farfullar —iracundos, moradísimos—: ¡eso no es poesía! Pues bien, Deniz no teme a ello y si las experiencias novelísticas más radicales del siglo, digamos las de un Joyce, un Broch, un Musil, y en nuestra lengua las de un Lezama o un Julián Ríos, no han dudado en incorporar elementos procedentes de otros géneros, de conformar

la novela como un texto literatófago, especie de organismo que todo lo engulle, la aventura poética denicianiana persigue apropiarse de tonos, recursos y atmósferas propias de la narrativa y el mito. Por ello no es de extrañar esa admonición a los poetas que prefieren considerar que como el deporte la poesía tiene no sólo una hora del día sino también un vocabulario especial y otro inutilizable, so riesgo de corromper la pluma:

De ahí que los discípulos se sublevaran todos. (Hay quien ejerce cuarenta y tantos años prosa o verso sin emplear ni una vez el verbo sublevarse. Quien lea, entenderá.)

*Picos pardos*, p. 16.

Esa intolerancia para con los hipócritas, ese arrojito poético lo distingue de otros poetas cuya poesía no existe por sí sola sino en función de una realidad, de una actitud antes que una estética: escrituras espurias como las del peor Neruda, o escrituras sensibleras, demagógicas. Tal cosa ha ocurrido no sólo porque hay ya una gramática-Deniz —enunciados en otros idiomas, paráfrasis de textos famosos, paronomasias, calemburs, incrustaciones de otros textos, metáforas mitológicas, propopeyas, cacofonías, sentencias... mezcladas con una intencionalidad hermética— sino porque tal gramática está supeditada al único amo a quien debe de servir el poeta: el lenguaje. Sabe Deniz que la verdad de la poesía no está en factores externos sino en su propio orden, en su enunciación; de ahí que pueda burlarse de esas oposiciones binarias tan caras a los poetas comprometidos.

Deniz viene de regreso. "Ayer miré con sorna lo que hoy contemplo con ira", dice. No cree que haya un significado trascendental y su actitud se trasluce en una constante mofa de todo poder, de todo absolutismo: Dios, la Historia, el Rey, el Lenguaje y sus mitificaciones: la religión, la política, el compromiso socializante, la escritura *poeticista*. No puede por ello ver con buenos ojos toda esa (falsa) conciencia que late en los poemas de aquellos que buscando ser antirretóricos cayeron en la más peligrosa de las retóricas: la demagógica. Esos poetas que se estremecen como babosas regadas con sal ante el crepúsculo y las injusticias del Primer Mundo, del capitalismo, del racismo y demás *ismos* (incluyendo el sismo, que les dio no pocos pre-textos) son denunciados en toda su cursilería y falaz ejercicio de poseedores de la verdad.

Pero no se trata sólo de abominar de todo significado único, también de buscar una transformación del mundo. Momento, momento, no se emocionen mis queridos poetas y lectores comprometidos, Deniz sólo tiene un compromiso: la poesía, el lenguaje, y bien sabe que finalmente lo que llamamos *realidad* no es sino una articulación del mundo: el lenguaje no copia la realidad, la articula. Por ello la única manera de cambiar el mundo o nuestra visión de éste es cambiando nuestras maneras de concebir tal realidad. No se destruye el lenguaje, se destruye una forma de lengua.

Acaso nuestra crisis se deba a la supervivencia del principio de identidad aristotélico que tiende a oscurecer la diferencia entre palabras y cosas como ha dicho Korzybski; pese a todas las transformaciones ocurridas en el seno de la lógica y de ciencias como la física, nuestra cosmovisión responde más a esa logicidad tradicional que a las nuevas exigencias de una realidad asimétrica, en constante movimiento, en perpetua fuga que nos ha develado la ciencia del siglo XX. Quizá por ello la mayoría o al menos la poesía más interesante del siglo se ha situado al margen de esta tradición; con el rostro definitivamente orientado hacia Oriente, con la atención depositada en la cosa y no en la palabra, como recomendaba Pound, o, mejor aún, comprometidos con el lenguaje como si fuese un objeto y no una elección más entre muchas fórmulas estéticas —esta codificación supondría una preceptiva neoclásica.



Deniz, como estos grandes poetas, además de situarse al margen de lo que comúnmente se entiende como poesía —un discurso adornado—, del neoclacismo tan de moda en nuestros días (denunciado valerosamente por Eduardo Milán, uno de los pocos poetas y críticos fieles a la tradición de la ruptura) descrea de esa taxonomía de las oposiciones, que mucho tiene de jurisdicción: aquí los buenos, allá los malos; estas parejas sirven muy bien para edificar sistemas de poder (la Iglesia, el Estado), amén de evitarnos una reflexión acuciosa sobre si en verdad x es malo o y. Son por otra parte puntales de la teología y de esas metafísicas a las que Deniz hace blanco de sus ácidos. No, no hay un sentido al final del discurso: hay un sentido en el discurso, en la relación que se establece entre los elementos de la enunciación. Pensar que un poema significa esto u lo otro es, como diría Deniz, neocursilería pura. Es necesario separar *momentos* y establecer niveles: dentro del texto sólo hay un sentido, extratextualmente uno puede atribuir al texto el significado que guste, para eso son las lecturas hemenéuticas. Éste es un ejercicio de coacción y de poda: elige uno la lectura que se desea, se toman los indicios que posibilitan tal lectura y los otros se omiten, se podan, para que sus ramas no se entrometan en el vallado que le hemos puesto al poema. Sabiendo que el significado se encuentra sujeto a múltiples vaivenes y que cada frase, cada palabra, cada sonido incluso, se opone al precedente, no puede entonces creer en los artilugios de la dialéctica (véase el poema "Redundando", por ejemplo). Como William James, Deniz sabe que la palabra perro no muerde pero sí que el lenguaje es ya un perro cuyas posesiones son un hato de babeados huesos. En este sentido puede decirse que Deniz más que buscar la palabra justa busca la cosa justa:

Ahora bien, hacerse ilusiones, tampoco:

pues nada costaría hornear un vocablo comprensivo (griego, de preferencia). No lo busco. Para qué, si al llegar el momento se grita, lo suyo cada cuál y quien entiende entiende.

Leguemos cosas aún sin nombre a nuestros hijos, a ver si exhiben, saltapatrases, el cínico aplomo de sus bisabuelos.

"Redundando"

## DICCIONARIO DE RETÓRICA Y POÉTICA

### UNA CONSULTA INDISPENSABLE

*José Francisco Conde Ortega*

Todo parecido con la realidad parte de la *apropiación*: mimesis de lo que no es transparente sino oscuro, engaños de la transparencia lingüística. Mejor la oscuridad cuyos misterios son más turbadores; mejor la oscuridad del Mediodía provenzal. Al fin tenemos en nuestra poesía uno de esos lenguajes en los que 2 no es 2 sino un garbato de oca: perfil sin ojos. Como la pintura, la música o las matemáticas, la lengua de *oc* (a) de Deniz es hermética: en fuga hacia su propio centro. El poeta ha puesto el dedo en la llaga al hilar un discurso con formas aristotélicas. Cuando leí *Picos pardos* yo advertía que los fragmentos observaban (¿conservaban?) un orden formal, una suerte de dialéctica. Estaba la sintaxis y también el sabio cumplimiento de las reglas de la retórica pero el perro del lenguaje se ocupaba de otro hueso. Este procedimiento habla muy bien de la mala leche de los formalistas lógicos y muy mal de nuestra capacidad de elección comunicativa. Se dirá: la comunicación precisa de formas. ¿Cierto? Las lenguas no occidentales no se establecen sobre diferencias ni analíticos complementos sino sobre la intuición del ser. Este nominalismo observado por E. Sapir conlleva una visión muy distinta de la occidental: no hay tiempos sino tiempo: circularidad del espacio.

Feria de las palabras o aparición del pájaro en las ramas esta poesía no apunta, se dispersa, se extravía en los meandros del lenguaje, y al hacerlo nos deja en ese mundo primordial en el que no existen principios ni finales, tan sólo seres, tan sólo lenguaje. Deniz no nos aproxima a los objetos, los crea. Aquí las palabras son cosas, estructuras. Como la gran poesía vagesémica ésta quiere llevarnos de nuevo al mundo y para ello se requería de un trabajo demoledor y prófugo de los gastados odres de la gramática cotidiana. Deniz: escritura analógica, voz cuya ironía corroe las anquilosadas formas de la lírica de Occidente. ◊

Gerardo Deniz. *Grosso modo*. México, Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas, 1989, 126 pp.

#### AVISO AL LECTOR

El número de octubre de *Universidad de México* fue elaborado fundamentalmente gracias a la colaboración de la doctora Margo Glantz.

Una preocupación constante, ya antes de Aristóteles, había sido la de distinguir, definir y sistematizar los elementos de la retórica para lograr, sobre todo, la eficacia y la verdad. Y toca a *El Estagirita* ser el punto de partida de los estudios retóricos y, en cuanto a la poética, fijar las normas del clasicismo en las literaturas modernas y los cánones que deben regir la obra literaria.

De acuerdo con la definición más usual, la retórica sería el arte de bien decir, de embellecer la expresión de los conceptos, de proporcionar al lenguaje, escrito o hablado, la eficacia suficiente para deleitar, persuadir o conmover. En una acepción general, la poética es el tratado sobre los principios y reglas de la poesía; también se le ha llamado *arte poética*. Modernamente se fusionaron poética y retórica para formar la preceptiva literaria, que implica un tratado normativo de retórica y poética.

La poética tuvo, durante la Edad Media, un papel insignificante y, en muchas ocasiones, subordinado a la retórica, o simplemente indiferenciado. Algunas de las causas pudieron ser el prejuicio religioso-moral, que veía un peligro en la ficción de cualquier índole, y el tiempo que duró perdida la *Poética* de Aristóteles. Posteriormente, a partir del Renacimiento italiano y con el descubrimiento de la imprenta, la poética griega y la latina cobraron nueva fuerza y aparecen en lengua romance numerosos tratados, bien dedicados a un solo género, o bien, a la versificación.

En la actualidad, con los avances en los estudios lingüísticos y con las diferencias y precisiones que establecen con respecto al hecho lingüístico, se ha distinguido claramente el término *función poética* que consiste en utilizar la estructura de la lengua transgrediendo de manera intencional y sistemática la norma estándar que le atañe, incluso la norma del lenguaje literario instituido.

La poética plantea, en nuestros días, el problema de la creación literaria en los géneros o tipos de discurso identificables por

las características específicas que ofrecen. Además de que si en un principio el estudio del lenguaje poético comenzó basándose en el texto mismo, posteriormente siguió un desarrollo más ambicioso: se encaminó hacia una teoría literaria basada en el contexto. Al pensar que el estudio de la literatura adquiere carácter científico incluyéndolo en las ciencias sociales, se ha logrado una base sólida en cuanto a la búsqueda de la especificidad de lo literario visto como fenómeno social.

Evidentemente no es todo. La preceptiva literaria, poética o retórica encuentran su razón de ser en el hecho poético mismo: en el texto. Cualquier texto con una forma específica es un camino para llegar a la creación: la poesía. Y por otro lado, un hecho literario con una temporalidad y una espacialidad dadas siempre tendrá como fin llegar a la poesía, extratemporal y extrageográfica. En este trayecto el realizador del texto se pretende un demiurgo; y el crítico, un exégeta.

De ahí la importancia del *Diccionario de retórica y poética*, de Helena Bersitáin. Y porque ofrece la oportunidad de acercarse a los entramados del hacer literario, la autora proporciona, asimismo, las herramientas para desmenuzar un texto y compartir con el lector su erudición y su paciencia de investigadora. Muchos méritos tiene el *Diccionario*. . . . pues es ambicioso en sus propósitos y eficaz en sus logros. Alarde de paciencia y sistematización, encomiable acopio bibliográfico y sustancial aporte personal, esta obra es la lectura ineludible y de consulta indispensable.

Con más de 1 300 entradas, el *Diccionario*. . . abunda en referencias cruzadas; cuando es necesario, o posible, en seguida de la entrada, entre paréntesis, va un sinónimo o conceptos colaterales. En muchas ocasiones una entrada remite a otra y, a veces, ésta a otra más; y en las definiciones algunas palabras tienen llamadas que remiten a otras tantas entradas.

Lo anterior en cuanto a una somera descripción formal. Conceptualmente, es importante el hecho de que la autora establece, en la mayoría de los casos, las correspondencias entre los términos de la poética contemporánea (metábola, metaplasmo, metatasa, por ejemplo) con los de la retórica clásica (figuras de dicción, patéticas, de pensamiento, etcétera).

Las entradas "Retórica", "Función poética" y "Géneros" son sumamente enriquecedoras y ofrecen una gran claridad de conceptos. De hecho constituyen la parte central del *Diccionario*. . . . puesto

que al analizar el término "Retórica" y fijar su connotación actual, al ubicar el término "Poética" dentro de las funciones de la lengua, de acuerdo con las últimas corrientes de la lingüística, y al revisar el concepto de "Género", localizándolo desde distintas perspectivas, y ofrecer una posible solución actual, la autora decide —y hace explícito— el criterio con el que elabora su obra; de esta manera guía al lector por un camino que nada tiene que ver con el azar.

Las entradas del *Diccionario* . . . parecen guardar una proporción, pues no todos los ejemplos se encuentran en el mismo artículo, antes bien, se localizan en la entrada a la que se hace referencia. Algunos artículos son particularmente amenos, como los de las entradas "Aliteración", "Metáfora", "Función lingüística" y muchos otros, en los que la fluidez de la explicación y lo pertinente de los ejemplos facilitan la consulta y atrapan al lector.

Finalmente, debe insistirse en que esta obra es sumamente útil; y su consulta, necesaria. Claro que conocer los recursos del creador por medio de la retórica y la poética no hará mejores poetas ni críticos más sagaces; sin embargo, es un instrumento para ignorar menos. ◊

Helena Beristáin. *Diccionario de retórica y poética*. 2a. ed. corregida. México, Editorial Porrúa, 1988. 508 pp.

#### LA FELICIDAD Y OTRAS COMPLICACIONES

## POESÍA TRÁGICA Y DECADENTE

*Salvador Ávila Gil*

La advertencia que al principio del libro nos hace su autor, es que la obra se refiere a una recopilación del pensamiento de "el pequeño filósofo" que es, en última instancia, el mismo Hernán Lavín Cerda. Este conjunto de narraciones breves trata parte de su relación con las experiencias que, tanto su país (Chile) como sus viajes, le han dado. Relaciones que compilan una visión llena de originalidad, dentro de un mundo sin tiempo ni ritmo, en donde sus seres pasan indistintamente de esclavos a amos y viceversa sin que exista un orden que los defina.

Los personajes principales en este libro



son animales, hombres, mujeres y fantasías que mezclan a los tres anteriores. Las analogías que pudieran establecerse entre ellas y la realidad reflejan la mundología de Lavín Cerda como una poesía trágica y decadente, que muestra a la humanidad desnuda, frágil frente a la naturaleza y quebradiza ante sus pasiones. En esta obra la vida no es más que "un caos en equilibrio imaginario".

Semejante a la percepción de un ciego, Hernán Lavín nos muestra un hacinamiento de imágenes imposibles de apreciar en una realidad visible y rutinaria, pero llenas de la máxima capacidad de los sentidos restantes. Lo que les da un sentido único y totalizador, difícil, peligroso, terrible y profundo que inunda las narraciones de este libro, lo que tiene sin cuidado a su autor pues, para él, los libros divagan y mienten como los hombres.

Como ser nonato que se considera en esta obra, Lavín Cerda insiste en designarse a sí mismo mutista y ocultista. Por lo que sus medios de expresión varían y son, al mismo tiempo, objetos de sus reflexiones: las manos, la mente, la boca, la nariz, las uñas y, por supuesto, sus palabras escritas. Nos relata un mundo sensible, convertido en permanente zozobra del intelecto. Para él, la única forma de mantenerse en el lugar de la razón es el olvido, la parte contraria de la locura.

En las escasas ocasiones en que sus personajes entablan diálogos, parecen ser tan irreales como la historia misma, pero penetran en la conciencia del lector y no faltará alguna experiencia que lo identifique con el relato: pletórico de crudeza y crítico de lo convencional conforma una sátira de la vida.

Siendo chileno, amante de su historia e inconforme con la misma, sus palabras representan situaciones que motivan a la reflexión, tanto de su naturaleza latinoamericana como de su condición humana: "Dios creó a los chilenos en momentos de profunda depresión", dice el autor. Los sordos y mudos que invaden el mundo de su obra son políticos y huérfanos respectivamente, imposibilitados para voltear hacia el pasado y observar un presente real, sólo destinados a seguir poniendo en la escena de la vida la comedia de lo escatológico.

Para Hernán Lavín Cerda, quien considera su única virtud reflexionar sobre aquello que se oculta bajo su descubrimiento, en nuestro interior se hallan seres sordos, sin realidad y manipulados por lo que los sexos les dictan. La felicidad es un atentado contra la naturaleza y por ello es tan compleja. ◊

Hernán Lavín Cerda. *La felicidad y otras complicaciones*. México, UNAM, 1988, 176 pp.

## Correspondencia

Las Margaritas, Chiapas, a 16 de septiembre de 1989

REVISTA DE LA UNAM  
Apdo. Postal 70288  
Cd. Universitaria  
C.P. 04510, México, D.F.

At'n. Sr. Fernando Curiel  
DIRECTOR

Distinguido Señor:

La presente es con el objeto de hacer notar que en la Revista de la UNAM, no. 462, Vol. XLIV, de julio de 1989, en la página número 29, al calce de una fotografía de los murales de Cacaxtla, se asienta: "CACAXTLA, PUE...", sin embargo, las ruinas arqueológicas de Cacaxtla corresponden al Estado de Tlaxcala.

Espero que esta bien intencionada observación no se considere demasiado inoportuna, desde el momento en que la dirijo a usted, sabiendo que debe contar con múltiples actividades.

A t e n t a m e n t e

RICARDO HERNÁNDEZ VÁZQUEZ

AMBASSADE DE FRANCE AU MEXIQUE  
Centre D'Etudes Mexicaines et Centramericaines

EMBAJADA DE FRANCIA EN MÉXICO  
Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos

México, 22 de septiembre 1989

REVISTA DE LA UNAM  
04510 México, D.F.

A la atención del Sr. Fernando CURIEL  
Director

Muy estimado Sr. Curiel

Por medio de la presente me permito agradecerle sinceramente la invitación que me hace para participar en su encuesta sobre la historiografía última de la Revolución Mexicana.

Siento mucho no poder contestarla por temor a repetir puras perogrulladas.

Le envío un cordial saludo y quedo atentamente

Jean Meyer  
Director del CEMCA

# Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

publicará en su número de diciembre:

Ensayos sobre

- ◆ José María de Heredia
- ◆ Alfonso Reyes y José Vasconcelos
- ◆ Los 450 años de la imprenta en América
  - ◆ Sor Juana Inés de la Cruz
- ◆ Los 50 años del exilio español en México

## ediciones era

José Emilio Pacheco

CIUDAD DE LA MEMORIA Poesía 1986-1989



Sergio Pitlor

EL DESFILE DEL AMOR  
DOMAR A LA DIVINA GARZA



Augusto Monterroso

VIAJE AL CENTRO DE LA FÁBULA



Arnaldo Córdova

LA REVOLUCIÓN Y EL ESTADO DE MÉXICO



EDICIONES ERA / AVENIDA 182 / 06010 MÉXICO, D.F. ☎ 561-77-44  
EN GUADALAJARA ☎ 12-00-37



Enrique Krauze

## Personas e ideas



Vuelta

“... una aportación a la erótica  
de las ideas.”

J. G. Merquior

EDITORIAL VUELTA S.A. DE C.V.

Av. Contreras 516 - 3er. piso

Col. San Jerónimo Lídice

683-50-08 10200, México D.F. 683-52-13

Mexico and Latin America are changing day by day.  
What do you know about these changes?

# Voices of Mexico

is a space for current opinion  
and reflection.

*Political and economic analysis*

*Special Reports*

*Interviews with Mexican leaders*

*Science and Culture*

## VOICES

### Mexico: What Lies Ahead?

A Conversation with the Press on the Elections



**Quarterly magazine of the Mexican  
National Autonomous University**

All publicity or subscriptions should be sent to:

Hispanic Books Distributors, INC  
1065 West Grant Road  
Tucson, Arizona 85745  
Phone (602) 882-8484

Revista *Voices of Mexico*  
Filosofía y Letras No. 88  
Colonia Copilco-Universidad  
C.P. 04360  
México, D.F.  
Tels: (905) 6-58-58-53  
6-58-72-79



GACETA UNAM



- \* Cursos
- \* Talleres
- \* Seminarios
- \* Congresos
- \* Cátedras Especiales
- \* Convocatorias
- \* Becas

- \* Bolsa de Trabajo
- \* Publicaciones
- \* Entrevistas
- \* Ciencia
- \* Arte
- \* Cultura
- \* Salud



Dirección General  
de Información

Aparece  
lunes y jueves  
550-59-06

# casa del tiempo

LA GRAN  
REVOLUCION

JUAN TOVAR:  
*Aura*  
Entrevista con  
ELSA CROSS



Por sus  
WALLACE STEVENS,  
ANA CRISTINA CESAR,  
FRANCISCO HERNANDEZ Y  
JOSE MARIA ESPINOSA

## CUPON DE SUSCRIPCION

**DICINE** DESEO SUSCRIBIRME  
A DICINE:

NOMBRE \_\_\_\_\_

DIRECCIÓN \_\_\_\_\_

CIUDAD \_\_\_\_\_

PAÍS \_\_\_\_\_

CÓDIGO POSTAL \_\_\_\_\_

1 AÑO \$12,000      EXTRANJERO \$15 US  
EJEMPLARES ATRASADOS \$2,000  
(A PARTIR DEL NÚMERO 9)

**DICINE Leonardo Da Vinci 161 A 01420**  
**México Admón. de Correos No. 19**

# CUADERNOS AMERICANOS 15

Ascensión Hernández de León Portilla, La Universidad Nacional y la España peregrina • Charles Minguet, Influencias, imitaciones, concordancias y factores especificativos en el diálogo cultural entre Francia (o Europa) y América Latina • Alfredo Pérez Sánchez, Crisis internacional de endeudamiento y papel del mercado monetario mundial. Callejón sin salida • Valquiria Wey, Propuesta para un estudio de la posible literatura indigenista brasileña.

### FRONTERA E IDENTIDAD

Oscar R. Martí, Entre la espada y la pared: los trabajadores inmigrantes indocumentados en los Estados Unidos • María Teresa Gutiérrez-Haces, La relación México-Estados Unidos: Crisis interna y reajustes externos • Manuel Lizcano, Los hispanos en Estados Unidos. El drama de Puerto Rico: El Espejo Roto • Andrés Inotai, Las áreas fronterizas en el proceso de integración de América Latina.

### FEDERICO GARCIA LORCA

Jesús Cambre Mariño, El sacrificio de Federico García Lorca en la Guerra Civil española • Rei Berroa, Poesía y pintura: la doble manifestación de símbolo y metáfora en la imaginación lorquiana.

### DESEO SUSCRIBIRME A CUADERNOS AMERICANOS

NOMBRE \_\_\_\_\_

DOMICILIO \_\_\_\_\_ LOCALIDAD \_\_\_\_\_

CODIGO POSTAL \_\_\_\_\_ PAIS \_\_\_\_\_ TELEFONO \_\_\_\_\_

CHEQUE      BANCO \_\_\_\_\_

GIRO      SUCURSAL \_\_\_\_\_ IMPORTE \_\_\_\_\_

REDACCION Y ADMINISTRACION: P.B. TORRE I DE HUMANIDADES,  
CIUDAD UNIVERSITARIA, 04510 MEXICO, D. F. • TEL. 550-57-45 •  
TEL. (FAX) 548-96-62 • GIROS: APARTADO POSTAL 965  
MEXICO I, D. F. • PRECIO POR SUSCRIPCION DURANTE  
1989, (6 NUMEROS), MEXICO \$28,000.00, OTROS  
PAISES 85 DLS. (VIA MARITIMA O TERRESTRE),  
95 DLS. (VIA AEREA) • PRECIO UNITARIO  
DURANTE 1989, MEXICO \$5,000.00,  
OTROS PAISES 17 DLS. (VIA  
MARITIMA O TERRESTRE),  
20 DLS. (VIA AEREA) •  
DE VENTA EN LAS  
MEJORES  
LIBRERIAS



Consejo Nacional  
para la  
Cultura y las Artes



Instituto Nacional  
de  
Bellas Artes

---

# MÉXICO

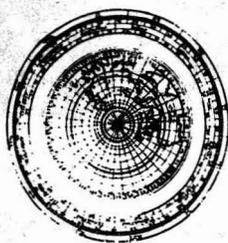
---

EN ARTE EL

# 22

---

- LUIS BARRAGÁN, ARQUITECTO  
▶ FOTOGRAFÍAS DE  
ARMANDO SALAS PORTUGAL
  - ENTREVISTAS A FERNANDO BOTERO  
Y ROGER VON GUNTEN
  - EXILIO ESPAÑOL ▶ FEDERICO ÁLVAREZ,  
DOLORES PLA Y MARTÍ SOLER
  
  - CELORIO, PANI, LEGORRETA  
Y KASSNER ▶ ARQUITECTURA  
RAMÍREZ HEREDIA, ESPINOZA-ALTAMIRANO, SUÁREZ  
Y MAGAÑA ▶ LITERATURA  
MAYA RAMOS ▶ DANZA  
LOURDES GROBET ▶ FOTOGRAFÍA
- RESEÑAS DE MÚSICA, PINTURA, LITERATURA, TEATRO



# Umberto Eco

## El péndulo de Foucault



**el libro más esperado del año**

Una novela sobre un juego perverso en el que intervienen el amor, el intelecto, la pasión, la muerte, el satanismo y el tiempo.

Un relato que supera a *El nombre de la rosa*.



**Bompiani - Lumen - Patria**

**XEYU 860 kHz Amplitud Modulada**

**XEYU FM 96.1 MHz Frecuencia Modulada Estereofónica**  
**XEYU 9600 kHz Onda Corta, Banda Internacional de 31 m**



**CULTURA Y REFLEXIÓN NACIONALES**

Barra de programas en vivo

Conductores: Alberto Dallal, Fernando Escalante,  
Salvador Martínez della Rocca y Verónica Ortiz

Lunes a jueves, 21 h: Teléfono abierto al público: 543 96 17



**VOCES DE CHECOSLOVAQUIA**

Coordinadora: María Teresa Solorio  
Martes 17:30 h: AM y Onda Corta

**EN TORNO A LA MÚSICA**

por Francisco Méndez  
Especial del mes: La música y la muerte  
Miércoles, 9 h: AM y FM

**SEGUNDA ÉPOCA: NUEVAS PARTITURAS**

por Jorge Córdoba  
Sábados, 16 h: AM y FM

**NUEVA EMISIÓN: LA LÍRICA INTERNACIONAL**

Retransmisión  
Domingos, 17 h: AM y FM

**SERIE: LOS CUARTETOS DE CUERDA DE LUDWING VAN BEETHOVEN**

Cuarteto "Voces" de la Filarmónica de Moldavia, Rumania  
Sábados y domingos, 15 h: AM y FM



Del 25 de noviembre al 3 de diciembre  
En el centro de exhibiciones EXPO-Guadalajara

*El libro nos une* ■

## Eres editor, autor, bibliotecario, librero... FIL'89 te espera

- Congreso de profesionales
  - Coloquio internacional de bibliotecarios
  - Seminario de maestros bilingües
  - Encuentro de promotores de lectura
  - Reunión de editores universitarios
  - 400 Stands con más de 50 000 títulos
  - Centro de acceso a la información con bancos de datos en CD ROM
  - Catálogos de la producción editorial latinoamericana, derechos y licencias, oferta viva y próximas apariciones
- 
- Homenaje literario a Edmundo Valadés
  - Homenaje académico a Arturo Roig
  - Primer Festival Iberoamericano de Cuentacuentos,  
70 Cuentacuentos y cuenteros de América y España

### FIL'89

A.P. 39-130

44170, Guadalajara, Jalisco

México

☎ (36) 25 28 17 25 86 62

Fax (36) 25 73 59

GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO

■ UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

**UN ESPACIO PARA LA RECREACION CULTURAL**



**DEL 6 AL 19 DE NOVIEMBRE**

**MUSEO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS Y ARTES  
CIUDAD UNIVERSITARIA**

---

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO  
COORDINACION DE HUMANIDADES  
COORDINACION DE DIFUSION CULTURAL  
DIRECCION GENERAL DE FOMENTO EDITORIAL**



# PEMEX AVANZA...



## EN TODOS SENTIDOS

### Para apoyar a la economía nacional...

Cuenta con 21 complejos petroquímicos, 9 refinerías, 10 centros de tratamiento industrial y casi 53 mil km de ductos; abastece al mercado nacional en todas sus necesidades de energéticos, da empleo a 180 mil trabajadores y exporta más de un millón 300 mil barriles de crudo cada día.

### En la moderna petroquímica...

Produce derivados que son base para cientos de productos que permiten disfrutar más y mejor la vida cotidiana... Los productos del petróleo están en los alimentos, la moda, la música, la televisión, la higiene, la salud, el transporte... PEMEX está con nosotros.

**Cuidar el petróleo es básico para vivir mejor!**



# PEMEX

**ORGULLO Y FORTALEZA DE MEXICO**

# ZACATECAS



# PEMEX AVANZA...



## EN TODOS SENTIDOS

### Para apoyar a la economía nacional...

Cuenta con 21 complejos petroquímicos, 9 refineries, 10 centros de tratamiento industrial y casi 53 mil km de ductos; abastece al mercado nacional en todas sus necesidades de energéticos, da empleo a 180 mil trabajadores y exporta más de un millón 300 mil barriles de crudo cada día.

### En la moderna petroquímica...

Produce derivados que son base para cientos de productos que permiten disfrutar más y mejor la vida cotidiana... Los productos del petróleo están en los alimentos, la moda, la música, la televisión, la higiene, la salud, el transporte... PEMEX está con nosotros.

**Cuidar el petróleo es básico para vivir mejor!**



# PEMEX

**ORGULLO Y FORTALEZA DE MEXICO**